En peligro

RICHARD HUGHES

gatopardo ediciones



EN PELIGRO

RICHARD HUGHES

Traducción de Damià Alou

gatopardo ediciones

Título original: *In Hazard*

Gatopardo ediciones
Rambla de Catalunya, 131, 1º-1ª
08008 Barcelona (España)
www.gatopardoediciones.es

Primera edición: septiembre de 2015

Diseño de la colección y de la cubierta:
Rosa Lladó

Imagen de la cubierta:
Proa del *Aquitania* en una tormenta
©Michael Pocock y MaritimeQuest

Imagen de interior:
Mirador de Castle House, en Laugharne, Gales

eISBN: 978-84-17109-01-1

Impreso en España



Mirador construido en uno de los muros de Castle House, en Laugharne, Gales, donde el escritor Richard Hughes escribió su novela *En peligro*.

Hasta donde me ha sido posible, he mantenido los acontecimientos de esta historia estrictamente dentro de los límites de lo científicamente posible; los límites de lo que ha ocurrido o puede ocurrir. No obstante, esta obra pretende ser de ficción, no histórica, y ni uno solo de sus personajes aspira a ser el retrato de ninguna persona viva.

R.H

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

I

Entre todas las personas que he conocido, una de las que destacan más vivamente en mi recuerdo es un tal señor Ramsay MacDonald. Era jefe de máquinas, y primo lejano, según decía, del señor James Ramsay MacDonald, el político. Lo cierto es que se parece muchísimo a su «primo», tanto por su semblante como por el bigote. Y al principio me quedé perplejo al ver a alguien que parecía ser mi primer ministro, enfundado en un mono y saliendo a gatas de una maquinaria desmantelada con aire sumamente autoritario, instruido y resuelto.

Pues fue precisamente en 1924, en la época del primer gobierno laborista, cuando conocí al señor MacDonald, en el *Archimedes*, un vapor a turbina, de un solo eje, de poco más de nueve mil toneladas.

Era una embarcación magnífica. Un barco sólo de carga, salvo que nos neguemos a clasificar como carga a los peregrinos musulmanes que transportaba de forma ocasional. Sus propietarios, unos de los más famosos armadores de Bristol, poseían una enorme flota, pero sentían un gran amor por cada una de sus embarcaciones, y les sacaban el máximo partido, como si fueran sus propios hijos: era ese tipo de amor profundo, sincero y egoísta, no un mero sentimentalismo. Construían sus barcos según sus propios diseños. Los mantenían en perfecto estado, y no vacilaban jamás a la hora de desguazar cualquier navío que resultara anticuado o inseguro. Nunca los aseguraban. Si se producía alguna pérdida, sería exclusivamente suya, al igual que lo eran los beneficios. Por tanto, todos los que formaban parte de la Compañía, desde el presidente hasta el gato de la nave, afrontaban con ferviente resolución cualquier riesgo de pérdida.

Toda precaución era poca. Observemos los tubos de la chimenea del *Archimedes*, por ejemplo. ¡Estaban diseñados para resistir una propulsión de cien toneladas! Pero ¿en qué condiciones iban a recibir los tubos de la chimenea una propulsión de cien toneladas? Un viento de setenta y cinco millas por hora arrancaría todas las lonas de un

barco de vela y, sin embargo, un huracán de esta envergadura —calculaban los diseñadores—, sólo sometería la chimenea del *Archimedes* a una presión de diez o quince toneladas. La propia chimenea —había una interior y otra exterior sujetas con unos soportes— era lo bastante rígida como para soportar, ella sola, un empuje tan habitual. Si los tubos estaban bien colocados, la chimenea era tan segura como el Banco de Inglaterra.

II

Creo haber dicho que el señor MacDonald era el jefe de máquinas. Se erigía en monarca de la sala de máquinas, la sala de calderas y diversas demarcaciones periféricas.

En la arquitectura terrestre no hay nada parecido a una sala de máquinas. Es un espacio enormemente alto, desde la altura máxima de la embarcación hasta más o menos el fondo de la nave. Enorme. Pero, contrariamente a casi todos los grandes espacios arquitectónicos —exceptuando quizá el Infierno—, se entra por una portezuela de la parte superior.

Su vacuidad queda ingeniosamente ocupada por unas máquinas ubicadas de manera concienzuda: turbinas de alta y baja presión, el engranaje de reducción, condensadores, bombas, etc. Por supuesto, el visitante no comprende la naturaleza de esas máquinas, pues cada una de ellas está encasillada de un modo seguro en el interior de una caja metálica, con cientos de pesados tornillos de hierro como cierres. Grandes tubos de diferente anchura, algunos de ellos —los fríos— de cobre reluciente y cubiertos de condensación, y otros envueltos en una gruesa tela blanca para mantener el calor, las conectan entre sí.

¿Habéis visto alguna vez, en una maleza y en un día nublado, los hilos de la araña entre las ramas? Pues también en una sala de máquinas hay pequeños hilos metálicos a diferentes niveles, y escaleras de acero como telarañas que te llevan a cualquier parte a la que desees ir entre esas enormes moles de acero. Y por encima de ti están las grúas y los carriles elevados para transportar los instrumentos que necesites, como herramientas y piezas sueltas que, a menudo, pesan varias toneladas.

Los pasamanos de acero bruñido están resbaladizos a causa del aceite y la humedad. También el aire contrasta con el luminoso aire marino del exterior: un aire caliente, con frecuencia atenuado por el vapor, pues siempre consigue escaparse un poco de alguna parte, y el lugar es relativamente ruidoso debido al estrépito de la maquinaria.

La sala de calderas, en la que normalmente se entra por abajo, a través de una puertecilla desde la zona inferior de la sala de máquinas, es un lugar muy distinto. Allí el aire es aún más caliente, aunque bastante seco. Además, guarda una simetría más parecida a la de la arquitectura terrestre: una serie de hornos similares entre sí, pequeños en la parte inferior pero que van aumentando de tamaño en la parte superior, de modo que los más altos tienden a unirse como arcos góticos en una cripta metálica o las paredes de una habitación en un sueño.

Frente a ti, cuando accedes desde la sala de máquinas, hay una hilera de puertas como de horno, cada una de ellas provista de una mirilla iluminada por las llamas en su interior. Cuando por una de esas mirillas observas el furioso fuego que arde allí dentro, se hace difícil creer que éste sea el resultado de quemar sólo un pequeño chorro de fuel caliente, que sale a través de una boquilla lo bastante pequeña como para que quepa en el bolsillo de un chaleco. Y al lado de cada puerta de horno hay un recipiente, parecido a un paragüero. Contiene una antorcha: una larga varilla de hierro con un puñado de harapos empapados de aceite en su extremo. Para volver a encender un horno mientras todavía está caliente basta con girar cuidadosamente dos llaves de paso, una que deja pasar el fuel caliente y la otra una corriente de aire: entonces un marinero chino enciende la antorcha y la introduce a través de un pequeño agujero en el hueco vacío del horno, donde el vapor del fuel caliente se convierte de inmediato en una fragorosa llamarada.

Naturalmente, aquí, en la sala de calderas, uno se encuentra en las mismas entrañas de la chimenea. Una escala de acero asciende hacia el espacio que rodea su base, y que recibe el nombre de cámara de humos; y una puerta da acceso directo a la plataforma, donde los fogoneros, cuando les toca el turno, pueden disfrutar de un poco de aire fresco. Pero el visitante, a quien el señor MacDonald está enseñando sus dominios, generalmente vuelve a entrar en la sala de máquinas.

Y allí, más allá de toda esta vastedad de hornos y maquinaria estrepitosa, descubres al fin el secreto simple y silencioso a que se reduce todo esto: a saber, una bruñida columna de acero, acostada sobre unos frescos y cómodos cojinetes, que da vueltas y vueltas sin emitir sonido alguno: el árbol de transmisión. Un pasadizo, en el que uno no puede erguirse del todo, se extiende en toda su longitud hasta la cola del barco.

Pensemos en un árbol. Las raíces se desparraman sinuosamente por el suelo, de donde extraen todos los nutrientes necesarios. Dichos nutrientes, unificados, ascienden por la sencilla columna de su tronco y se diseminan en una inconmensurable multitud de hojas. De este

modo, las múltiples fuerzas, las tensiones y resistencias procedentes de ese maremágnum de maquinaria, se integran en la simple rotación de esa columna horizontal y son conducidas plácidamente, en toda su longitud, hacia el mar, donde emergen de repente en la turbulencia blanca y verde cristalina de los remolinos, las corrientes alborotadas y la poderosísima fuerza del agua que se acumula en la estela de un barco.

III

Todo eso pertenecía en exclusiva al señor MacDonald, al igual que otros mecanismos aislados de la nave. El aparato de gobierno, por ejemplo, en su «casa» sobre el castillo de popa. Se trata de un enorme motor, pero a pesar de sus poderosas fuerzas, que desplazan con exactitud el pesado timón, puede ser conectado y desconectado por la delicada muñeca de un timonel chino en el puente, que sólo debe girar ligeramente la rueda. Y si, por alguna razón, la rueda del puente quedara inutilizada, existe un segundo timón de emergencia en la popa que puede conectarse. Y si fallara el propio motor de gobierno de vapor, bueno, entonces estaríamos en un aprieto, pues el pesado timón no puede moverse a mano, y ni toda la fuerza de los tripulantes de la nave bastaría para moverlo una sola pulgada.

¿Qué más puedo contar para describir el *Archimedes*? No diré nada de su magnífica mano de pintura, ni de la belleza de sus líneas, pues quiero que lo conozcáis, no como un amante conoce a una mujer, sino más bien como la conoce un estudiante de medicina. (La parte del amante puede venir después.)

He aquí algo más. El casco del navío es doble, y el espacio entre las dos capas se divide en compartimentos. Esos compartimentos en las paredes del barco son los llamados tanques. Tienen varios propósitos. Algunos guardan el fueloil —el *Archimedes* es un vapor que va con fuel —, otros, si se deja entrar agua de mar, pueden actuar como lastre con el fin de controlar y ajustar la estabilidad del barco, mientras que otros contienen agua fresca. Se entra en estos tanques a través de bocas de acceso, algunas de las cuales se hallan en la planta de la sala de máquinas: se ventilan (pues el fuel emite gases explosivos) mediante algunos de esos tubos ganchudos que puede que hayáis observado en la cubierta de un transatlántico, cerca de los pasamanos. Es tarea del carpintero del barco sondear todos estos tanques en cada turno de guardia y registrar exactamente el nivel de lo que hay en ellos. Hasta aquí llegan los dominios del señor MacDonald. Tenía a su

cargo a siete oficiales de máquinas, cuya titánica ocupación venía indicada por una tira de color púrpura sobre el dorado de sus mangas. Y de las órdenes de éstos dependía una apreciable y diestra multitud de fogoneros y engrasadores chinos. El resto de la nave —el casco, las cubiertas, y lo principal: el espacio de carga— pertenecía al señor Buxton, el primer oficial, también conocido como segundo de a bordo.

Resulta curioso el poco interés que los oficiales de cubierta (de la vieja escuela) sienten por los dominios de los maquinistas, y viceversa. No es que no se entrometan por cuestión de tacto, sino que los ignoran por completo. El maquinista ha de procurar que funcionen ciertas máquinas, pero no tiene ningún interés en saber para qué se utilizan. El poco que le despierta conocer por dónde lo llevan es similar al del estómago de un hombre, que es indiferente a la dirección que siguen sus pasos. El oficial de cubierta, por su parte, prácticamente ignora si se halla a bordo de una motonave o de un vapor (salvo por la cantidad de suciedad de las cubiertas). Es incapaz de explicar el funcionamiento de ningún mecanismo, por sencillo que sea, de los que utiliza diariamente. En su vida cotidiana, los oficiales de cubierta y los maquinistas están segregados de manera tan estricta como los chicos y las chicas en las escuelas. Lo cierto es que, incluso en el *Archimedes*, donde la norma era juntarlos, no funcionaba. En el ordenado salón de oficiales, con su respetable caoba, cenaban en mesas separadas, con la mesa de los novatos como barrera. Sus camarotes también estaban separados; incluso los fogoneros chinos dormían en una punta del barco y los marineros de cubierta en otra.

Naturalmente, hay ciertas partes de una embarcación en donde la frontera resulta bastante difícil de delimitar, aunque acabe delimitándose en todas ellas. El interior de la chimenea, por ejemplo, pertenecía al señor MacDonald, y el exterior al señor Buxton. El silbato de vapor pertenecía al señor MacDonald, pero la sirena de niebla quedaba, sin la menor duda, dentro de los dominios del señor Buxton. Esta última circunstancia no era en el *Archimedes* tan insustancial como puede creerse, pues el señor Buxton poseía un lémur de lentos movimientos, un «gato de Madagascar», llamado *Thomas*, que solía dormir en la sirena de niebla durante las horas del día. Si tenemos en cuenta que quedaba bajo la jurisdicción de su amo, estaba en todo su derecho. Allí tenía su santuario.

El pequeño *Thomas* dormía todo el día, y ni siquiera durante la noche se mostraba muy activo. Pero tenía una manía: le gustaba el ojo humano, y no toleraba que se cerrase nunca. Si entraba en la cabina del señor Buxton, mientras éste estaba durmiendo, saltaba con cuidado al borde de la litera y, con ávidos y delicados movimientos de sus largos dedos, levantaba los párpados de su amo hasta que el globo ocular quedaba al descubierto. Lo mismo hacía con los demás oficiales

de cubierta si los sorprendía, para desasosiego de éstos, con los ojos cerrados por la noche, no importa cuál fuese el motivo. Naturalmente, tenían que soportar a *Thomas* si la noche era demasiado calurosa como para cerrar la puerta: era una cuestión de disciplina. En la sociedad inglesa, una mujer adquiere el rango de su marido, y en el mar una mascota adquiere el rango de su propietario. Un insulto al lémur del primer oficial equivaldría a un insulto al primer oficial.

Por lo que respectaba a los maquinistas, *Thomas* sabía perfectamente que nunca debía acercarse a sus territorios. Y en la sirena de niebla de su amo nadie se atrevía a tocarlo.

IV

A finales del verano de 1929 —cinco años después de mi primer encuentro con el señor MacDonald—, el *Archimedes* recogió un cargamento mixto en diversos puertos del litoral atlántico, rumbo al Lejano Oriente. El señor Buxton era responsable de la complicada tarea de su almacenamiento (un oficial de cubierta debe saber más acerca del cargamento que de las olas). En Nueva York estibó unos sacos de cera al fondo de la bodega. Después llegaron cargas de todo tipo. Una de ellas era una cantidad determinada de toneladas de periódicos viejos, con los cuales a los chinos les gusta construir sus casas. En su mayor parte los estibaron en las entrecubiertas, en la parte superior, puesto que eran relativamente ligeros. En Norfolk (Virginia) recogieron tabaco de baja calidad, también con destino a China, donde lo convertirían en cigarrillos baratos. Esto también se estibó en las entrecubiertas.

Norfolk fue el último puerto de carga, y allí se demoraron un poco. Tampoco es que fuera nada grave. Filadelfia, a pesar del hedor de los muelles, no había estado mal, pues casi todos los oficiales tenían amigos allí; pero Norfolk superaba, con creces incluso, a Filadelfia en hospitalidad. El capitán y el primer oficial —es una norma— nunca deben bajar a tierra al mismo tiempo. Sin embargo, en Norfolk había tantas fiestas que ambos pudieron tomar parte en la diversión. Incluso el señor MacDonald, cuando se le convencía para que fuese a una de estas jaranas, se ponía alegre… o al menos se animaba.

Los oficiales de menor rango solían asistir a otras fiestas más informales, en las que vivían experiencias reveladoras. El señor Watchett por ejemplo, de la austera población comercial de Fakenham, en East Anglia. Era un oficial muy joven, que una noche, de repente, se vio sorprendido por un grupo de chicos y chicas del sur.

Les dijo que venía de Norfolk, Inglaterra, y eso fue ya suficiente presentación. No los había visto en su vida, pero enseguida lo trataron con la amable camaradería de los viejos amigos. En alguna parte bailaron hasta que le flaquearon las piernas; y luego, de pronto, se apiñaron todos en unos coches y se perdieron en la noche. El olor caliente a carreteras asfaltadas y arenosas; los árboles altísimos que casi se unían sobre sus cabezas; el estrépito de ranas e insectos. Llegaron a una hermosa casa colonial y le dieron a Dick Watchett whisky de maíz en una habitación repleta de un relamido mobiliario de estilo victoriano que olía a moho.

Todos eran extraordinariamente civilizados. Entre ellos había un hombre mayor, un exsoldado. Iba vestido de etiqueta y llevaba una pierna de similor dorada, pues sostenía que la pierna artificial más práctica que llevaba con la ropa de día no casaba con un esmoquin. En la fiesta también había una encantadora y hermosa joven, de ojos grandes e inocentes. Estaba en la flor de la juventud… todavía estudiaba secundaria. Le contó a Dick que procedía de una familia especialmente aristocrática, cuya sangre, durante incontables generaciones, poseía la peculiaridad de hacer perder completamente la razón a cualquier pulga que la chupara. Dicha peculiaridad, por cierto, había supuesto la ruina de la familia, pues su padre, a fin de ganar una apuesta trivial, había conducido a la locura, deliberadamente, a algunos de los ejemplares más valiosos de un circo de pulgas, y la plantación de la familia tuvo que ser hipotecada para poder pagar la enorme indemnización que el tribunal falló en su contra. Al menos, eso fue lo que le contó a Dick.

Ése fue el primer indicio que tuvo Dick Watchett de que en América, al igual que en Europa, existían antiguas familias aristocráticas, orgullosas de su sangre.

El hombre de la pierna de similor dorada persistía en cortejar a esa muchacha —que se llamaba Sukie—, cosa que a ella la contrariaba, pues, de hecho, era tan inocente como parecía, de modo que adoptó a Dick como protector acurrucándose contra él como un pajarito. Dick no se fijó en que la muchacha estaba bebiendo mucho, incluso más whisky puro de maíz que él. En realidad, era más de lo que ella solía beber: era muy joven y se trataba de la primera fiesta de ese tipo a la que asistía; pero como ya había empezado, no se le ocurrió parar. El whisky llegaba servido en unas jarras de cristal, cada una de un galón de capacidad, por lo que corría en abundancia.

Al poco le dijo a Dick que tenía un gato tan inteligente que primero comía queso y luego respiraba por las ratoneras —el cebo era su aliento— para hacer salir a los ratones. Se le estaba poniendo una mirada de loca y, a veces, cuando estaba en brazos de Dick, temblaba. Dick procuraba no hablar demasiado con ella, pero le encantaba

tenerla allí. A él también le daba vueltas la cabeza, la fiesta parecía avanzar y retroceder, y le costaba escuchar. Pero Sukie, por entonces, ya debía de haberse bebido una pinta de ese licor puro de contrabando, que es muchísimo para una muchacha de dieciséis años, y acabó completamente ebria. De repente, la muchacha forcejeó para librarse del abrazo de Dick y se puso en pie de un salto. Sus ojos, más grandes que nunca, no parecían ver a nadie, ni siquiera a él. Con los dedos se puso a juguetear con los tirantes de su vestido y, después de aflojar una o dos cintas, consiguió desprenderse de toda la ropa que llevaba. Durante unos segundos se quedó allí de pie, completamente desnuda. Dick nunca había visto nada parecido. Después, la muchacha cayó inconsciente al suelo.

De improviso Dick dejó su propio vaso, y sintió una embriaguez todavía más desenfrenada que le presionaba las costillas. Vestida, la chica era un encanto, pero era aún más encantadora en esa postura, tan calma como una alberca. Aquella piel tan blanca, y su carita desamparada, con los ojos cerrados, los labios fruncidos ya en el incipiente malestar de la náusea. De repente Dick se percató de que todo el mundo había salido de la habitación, y con la misma inmediatez se percató también de que amaba a esa chica más que al cielo y la tierra. Con las manos temblorosas la enrolló con la alfombra que había ante la chimenea para que no se enfriara, la colocó lo mejor que pudo sobre un sofá para que estuviera cómoda, y regresó temblando a su barco.

Permaneció despierto durante horas, incapaz de mitigar la vívida imagen que la ebria inocencia de Sukie había grabado en su imaginación. Pero por fin se quedó dormido, mientras la encantadora cara y el cuerpo desnudo de la muchacha iban aflorando en su sueño. Y de repente, se despertó, y sintió que sus pesados párpados eran levantados por unos finos deditos, y se sorprendió mirando fijamente, a través de la textura de su sueño, unos ojos grandes, inquietos y luminosos, tan solo a pocos centímetros de los suyos, unos ojos que no eran los de Sukie. En un arrebato de pánico, le dio un golpe al interruptor de la luz. Era *Thomas*, con su pelo blando y su gran cola, alejándose a saltitos sobre sus pies extrañamente alargados, doblando y desdoblando, nervioso, las orejas.

La noche siguiente, la anterior a su partida rumbo a Colón y el canal de Panamá, el capitán Edwardes dio una fiesta a bordo, con un gramófono para poder bailar. El gramófono pertenecía al señor Foster, el segundo oficial. Las señoras eran amigas del capitán, principalmente parientes del agente de la compañía, o de los expedidores. Habían sido elegidas por los dictados del deber. Ninguna de ellas era joven, y ninguna hermosa. Y al no ser aristocráticas, como los amigos de Dick, se comportaban con un estricto decoro, si bien

algo ordinario. El propio capitán Edwardes, el señor Buxton y el señor MacDonald se sentían felices y coqueteaban como niños, y el baile duró hasta muy tarde… hasta casi las once y media.

El único oficial que no participó fue el señor Rabb, que no pertenecía al *Archimedes*: había subido a bordo como oficial supernumerario, no como oficial numerado. En realidad pertenecía al *Descartes*, un navío de la flota de filósofos de la *Sage Line*,[1] y desembarcaría en Colón para incorporarse a ese barco.

El señor Rabb era un cristiano estricto, y lo cierto es que no aprobaba el baile bajo ninguna circunstancia. Lo consideraba especialmente reprobable por parte de oficiales de alta graduación que tenían a su cargo tripulantes jóvenes e impresionables. Aparte de los cuatro aprendices, que todavía eran unos muchachos, estaba Dick Watchett por ejemplo. Bailar con esas señoras podría despertar en él esas mismísimas pasiones para las que Dios creó el refugio de la vida en el mar. Watchett mostró muy pocos signos externos de enardecimiento después de tener en sus brazos a esas parejas de baile; y sin embargo, iba contra la naturaleza que aquello no lo perturbara: ¿quién lo sabía mejor que el señor Rabb? Y los jóvenes eran tan engañosos…

No obstante, aquello no era asunto suyo, ni siquiera se trataba de su barco. Pero albergaba la esperanza de que el capitán Theobald, del *Descartes*, resultara ser una persona más formal.

Dick Watchett apreciaba al señor Rabb, al igual que todos los jóvenes que trataban con él. Los oficiales lo adoraban. Y lo cierto es que era una persona simpática, con su voz seca y cordial, su mente limpia, y su actitud cortés con los jóvenes y los pobres: un inglés de primera clase.

CAPÍTULO 2

I

El *Archimedes* salió de Norfolk a las cuatro de la tarde del día siguiente, bajando por el río Elizabeth hacia Hampton Roads. El faro de Craney Island, se dijo Dick Watchett, parecía un chalet suizo colocado sobre unos pilotes. La costa amarilla era baja y plana, con playas de arena. En el Roads había mucho tráfico, sobre todo vapores de línea que cruzaban la bahía, y una larga hilera de gabarras.

A las seis y media habían salido de cabo Henry, y allí les abandonó el práctico del puerto.

Las embarcaciones que se dirigían al sur se mantenían cerca del cabo Henry, por dentro de los bajíos. Es una costa extraña hasta el cabo Hatteras, casi toda ella no es más que una extensión de playa de poca altura que separa las aguas interiores del océano: un límite bastante vago para un continente tan grande. Hasta ahí, el capitán Edwardes siguió la costa. Al sur del cabo Hatteras, la costa se retira hacia el oeste. En el cabo Hatteras, por lo tanto, a las tres de la mañana, el *Archimedes* dijo adiós a Norteamérica, poniendo rumbo a la isla de San Salvador, en las Bahamas.

El día era claro y luminoso. El mar y el cielo de un azul oscuro, con algunas nubes blancas y algodonosas. Aunque era finales de otoño, parecía haber vuelto el verano, pues en cuanto hubieron atravesado la corriente del Golfo, el sol, sin nubes ni brumas interpuestas, compensó lo tardío de la estación con la intensidad que le otorgaba la latitud. El *Archimedes* estaba solo en el mar, y acababan de abandonar la tierra: es el momento en que todos los tripulantes de una embarcación se sienten más felices.

Solos, naturalmente, salvo por los delfines, pues la proa de la embarcación, cortando el cristal violeta, proyectaba, hacia el exterior, centelleantes masas de la espuma más blanca, y en las profundidades de ese cristal los delfines danzantes eran lo más hermoso que yo había visto jamás. Una docena de enormes delfines, mucho más largos que

un hombre. El color del lomo era marrón oliváceo, y sus dorsos y vientres de un verde pálido reluciente. Su forma era la auténtica imagen de la velocidad. El hocico puntiagudo, por delante de la frente protuberante, hendía el agua a la perfección y ésta volvía a juntarse tras la cola palpitante como si no hubiera sucedido nada.

Casi todos bailaban de dos en dos, moviéndose de lado a lado de la proa como dos personas en una pista de patinaje; luego se cruzaban, uno por encima, el otro por debajo; después giraban hacia un lado, como un destello plateado verdoso en las profundidades del agua; luego subían a la superficie, de manera que la aleta trasera cortaba el aire dejando un penacho blanco tras de sí. Saltaban como vigorosas sirenas, tan felices que no pudiesen permanecer quietas; brincaban y retorcían los lomos al saltar, a veces eran dos, a veces tres, o cuatro o cinco a la vez. De repente dos se alejaban y juntos abandonaban la compañía del barco; y dos más, surgidos de la nada, cruzaban la proa y se incorporaban a ese maravilloso juego acuático.

Al principio Sukie había deslumbrado a Dick, iluminando todos los rincones de su mente, pero, después de dos días, la muchacha se había encogido y echando atrás, como la abertura a través de la cual entras en un túnel. Se había convertido en una luz más sobrenatural que la de pleno día, pero muy distante, pequeña y clara. Sin embargo, ahora, mientras Dick contemplaba los delfines, por un instante, la luz pareció alumbrar su mente de nuevo, adentrándose suavemente en todos sus rincones oscuros, para atenuarse luego sumiéndole en un estado de ánimo de agradable tristeza.

Aquella noche volvió a ver algo muy hermoso, algo rara vez visto, excepto en los mares de China: una zona del océano tan fosforescente que proyectaba un resplandor hacia el cielo antes de que el barco la alcanzara. Cuando se aproximaron a ella, toda el agua centelleaba como las estrellas, y todo lo que se movía en su interior parecía estar envuelto en una fría llama. En las profundidades, algún que otro pez emitía una luz rotatoria, como un faro.

Era algo singular y magnífico. Pero no le conmovió tanto como los delfines.

II

Tardaron cuatro días en llegar a San Salvador.

Parecía que ya habían atravesado el pequeño oasis de verano, pues llegó una marejadilla gris procedente del sureste y una fresca brisa, y el cielo se nubló, con algún chaparrón ocasional. No obstante, no

había razón alguna para esperar que el tiempo empeorara mucho. La temporada de huracanes había terminado hacía por lo menos dos semanas, y tampoco se observaban esas olas alargadas y aceitosas que presagian una tormenta tropical, ni nubes de aspecto ominoso. Era un tiempo tonificante, eso es todo.

La rutina del barco estaba ya plenamente establecida. En las comidas nadie le hablaba al capitán, salvo que éste tomara antes la palabra. En privado, el capitán Edwardes no era una persona que impresionara o intimidara, pero sí, en cambio, su cargo.

El capitán Edwardes carecía de ese porte majestuoso que poseen muchos marinos. Era un hombre menudo, con aspecto de querubín, aunque moreno. Tenía los ojos vivos, pero su viveza parecía derivar más del entusiasmo que de la fuerza; y si su rango se lo hubiera permitido, se adivinaba que habría sido un hombre muy afable. Era originario de Carmarthenshire. Y para un hombre de Norfolk, como Dick Watchett, era difícil, en cualquier caso, venerar a un galés. Por otro lado, el primer oficial, el señor Buxton, procedía de su mismo condado. En su fuero interno, Dick habría preferido verlo a él al mando.

También el señor Foster, el segundo oficial, un hombre recio del norte de Inglaterra, parecía un marino de lo más eficiente.

Pero un fisonomista sin prejuicios, capaz de mirar a su alrededor en busca de alguien en quien depositar una confianza ciega, habría elegido sin duda al enjuto y pequeño hombre de Devonshire, el supernumerario señor Rabb, con esos ojos azul brillantes que miraban fijamente y su mandíbula firme, con un aspecto más propio de un oficial del ejército que de la marina mercante. Sólo había una cosa desagradable en el señor Rabb: tenía las uñas en carne viva de tanto mordérselas.

Eran las dos de la madrugada cuando divisaron el faro de San Salvador. Dejaron la isla diez o doce millas al este, pasando entre ésta y Rum Cay, cuyos acantilados, iguales y blancos, apenas se asomaban a la primera luz de la mañana. Ahora navegaban entre las islas, aunque sin arrimarse a ninguna. Poco después del desayuno, la torre azul de Beam Rock quedaba del través con respecto a la quilla. El día era aún lluvioso, con viento y oleaje moderados. Y durante el resto del día no avistaron nada, hasta que a las cuatro de la tarde divisaron la alta torre de Castle Island.

Dick nunca había visto las Indias Occidentales. Y ahora resultaba descorazonador no ver de esas islas paradisíacas más que un faro ocasional o un borrón sobre el mar a través de la lluvia.

A las nueve de la noche pusieron rumbo al este de cabo Maysi, el extremo más oriental de Cuba, y se adentraron en ese amplio canal entre Cuba y Haití, conocido como el Paso de los Vientos. El propio

cabo tiene escasa altura y no se veía en la oscuridad, pero las borrosas terrazas de la Sierra del Purial se alzaban, una tras otra, contra el cielo más claro.

Fue después de las cinco de la mañana, justo al amanecer, cuando pasaron al este de la isla de Navaza: una desolada esponja de piedra caliza entre Jamaica y Haití. Era el último pedazo de tierra firme que verían antes de alcanzar Colón, la entrada del canal de Panamá, donde el señor Rabb se incorporaría a su propio barco. Les esperaba una breve travesía a través del desolado mar Caribe, un trayecto de unas cuarenta y ocho horas.

Durante todo el día sopló viento fresco del noreste, y el negro mar estuvo encrespado. Pero ¿qué es un mar encrespado y una brisa fuerte para una magnífica y moderna embarcación como el *Archimedes*? Suficiente para que demuestre sus buenas cualidades, no más, suficiente para impedir que la vida a bordo resulte enervante. El viento silbaba en los cables, la espuma barría la cubierta de proa, y de tanto en tanto azotaba a algún chino imprudente que intentaba sortear los remolinos de agua con su ropa de algodón que parecía de papel. Aquello bastó para que, en el puente, Dick Watchett se sintiera un marino, para que apartara de sí la descorazonadora idea de que en aquellos tiempos la vida de un marino se reducía sólo a empollar para los exámenes y llevar la cuenta de los víveres.

Al atardecer, soplaba ya un temporal, aunque no iría a más, pues la temporada de los huracanes había pasado. Las olas eran lo bastante grandes como para que el *Archimedes* cabeceara y se bamboleara; y de haber llevado pasajeros a bordo, éstos habrían permanecido callados y malhumorados en sus cabinas, o medio congelados en las sillas de cubierta con un gesto más bien avinagrado; o, los menos, se habrían puesto a andar, arriba y abajo, por cubierta, saludándose cordialmente con una sonrisa forzada, como vikingos venidos a menos. Pero no había pasajeros a bordo del *Archimedes*, ni siquiera peregrinos; y el único ser que sufría de mareo era *Thomas*, de un modo decoroso y reservado, dentro de la sirena de niebla.

El origen de ese viento quedó aclarado cuando se recibió el parte meteorológico por radio. El foco de una «perturbación tropical» se hallaba a unos centenares de millas al este; en otras palabras, un sistema circular de tormentas en torno a un eje central de bajas presiones, que, de haberse producido en una fecha anterior del año, podría haber adquirido la fuerza de un huracán.

Pero el parte describía esa perturbación como de intensidad ligera y escasa superficie, y predecía que se desplazaría muy lentamente hacia poniente. En los registros de los últimos cincuenta años, ningún huracán de envergadura se había formado en el mes de noviembre: las bajas presiones siempre aumentaban y los vientos amainaban; y, de

hecho, estaban ya a mediados de noviembre. No obstante, la cautela era la consigna de la *Sage Line*, y el capitán Edwardes desvió su rumbo sur un tanto hacia el oeste con el fin de mantenerse alejado de la turbulencia. Tampoco es que existiera la más remota posibilidad de un huracán, ni que una embarcación como el *Archimedes* debiera temerlo si llegaba. Pero por mínimo que sea el riesgo de peligro, el deber del navegante es reducirlo aún más.

Durante la noche, el viento acabó amainando. Y la noche siguiente llegarían a Colón. Un leve ascenso en el barómetro, al final de la tarde, demostró de manera concluyente que el temporal no tardaría en quedar atrás.

Sin embargo, no fue así: a las seis de la mañana el barómetro comenzó a caer de nuevo, y el viento sopló con renovada fuerza. Haber seguido intentando sortear el mal tiempo hacia el oeste no habría sido prudente, pues en esa dirección había arrecifes, y era mucho más importante mantenerse apartado de los arrecifes que de los vientos. Colón ya no estaba muy lejos, y los últimos partes meteorológicos recibidos pronosticaban buen tiempo y brisas suaves a cualquiera que pudiera arrimarse a ellas. De manera que el barco puso la proa rumbo al sur geográfico, con el fin de alejarse de la pequeña zona de perturbaciones en la que era evidente que se habían visto inmersos.

A las ocho de la mañana, el señor Buxton decidió recorrer la embarcación para comprobar que todo estuviese en orden y protegido, por si acaso terminaban siendo zarandeados. Se trataba de una precaución rutinaria, nada más. En un barco como el *Archimedes* no se adopta ese tipo de medidas, como fijar los protectores de las escotillas, que uno aplicaría sin duda en un bajel más pequeño y vulnerable. Pero se percató de que el señor Rabb se le había adelantado y lo había dejado todo preparado por iniciativa propia. De todos modos, él hizo también una ronda, no porque desconfiara del señor Rabb, sino porque, como primer oficial, era su responsabilidad. No halló nada que pudiera mejorarse, tan solo pudo admirar el esmero y la eficacia con que se había llevado a cabo la faena. «Es un buen oficial —se dijo. Y, sin saber muy bien por qué, añadió para sí—: aunque un tipo raro.»

Mientras el señor Buxton atendía los asuntos más inmediatos, el capitán Edwardes llevaba a cabo complicadas cábalas de difícil solución, pues debía prever, según determinadas reglas meteorológicas, cuál iba a ser el curso de la perturbación.

Los días del *Tifón* de Conrad han quedado atrás, aquellos días en que los huracanes se abalanzaban sobre un barco de manera tan inesperada como un gato sobre un ratón. Para empezar, el ratón sabe más que antes de la anatomía del gato, de las reglas que gobiernan sus movimientos, y, además, le han puesto el cascabel al gato.

A finales de siglo, la meteorología había avanzado un gran trecho. Los movimientos de esas tormentas se habían tratado y estudiado a lo largo de un amplio periodo de tiempo, y su regularidad había resultado ser extraordinaria. De manera que todo marino aprendía cuáles eran las trayectorias habituales de los huracanes de las Indias Occidentales y qué obstáculos invisibles solían desviar dichas trayectorias hacia el norte. De ese modo podía evitar toparse con un huracán. Sin embargo, en el caso de que se encontrara en los márgenes de una perturbación, había otras reglas que le permitían calcular, mediante la observación del barómetro y los cambios de dirección del viento, dónde se encontraba el vórtice en ese momento, y, por consiguiente, si el bajel se hallaba en un cuadrante donde fuera a verse absorbido o expulsado; en definitiva, hacia qué dirección podía escapar. Del mismo modo que una peonza que gira velozmente sobre sí misma se desplaza muy despacio por el cuarto de los niños, el desplazamiento de todo un frente tormentoso, pese a que la velocidad del viento de un huracán es enorme, no es muy rápido. En raras ocasiones sobrepasa una media de doce millas por hora cuando la tormenta es intensa, y a veces no pasa de tres o cuatro.

No obstante, siempre había alguna embarcación que quedaba atrapada, quizás algún barco de vela lento de maniobra, o un vapor muy cargado, quizá porque un desplazamiento inesperado de la tormenta los inducía a error, o porque no detectaban el peligro con la suficiente celeridad como para poder escapar. Sin embargo, con la llegada de la radio, el peligro se ha visto reducido, pues ahora, cuando se desata un huracán, todos los barcos de las inmediaciones lo siguen de cerca, y transmiten el parte a una estación costera. De modo que, aunque el recorrido del huracán sea poco habitual, el meteorólogo de tierra firme es capaz de controlar, como si lo estuviera viendo con sus propios ojos, todos sus movimientos y variaciones de fuerza, y el menor intento de salirse de su trayectoria y la velocidad prevista pueden detectarse de inmediato. Y dos veces al día, los partes se transmiten de nuevo a la embarcación. A eso me refiero con la expresión «ponerle el cascabel al gato». Puedes oír el cascabel, dos veces al día, puedes oír cómo se aproxima el huracán antes de que esté encima de ti.

Hoy en día son las cosas generalmente fijas, como los plátanos, las que suelen quedar dañadas por un huracán, no los barcos. En esas latitudes, un barco (que puede correr) es más seguro que un cargo gubernamental (que no puede hacerlo).

III

Lo que debe tenerse en cuenta de la atmósfera es su tamaño. Un poco de aire es tan etéreo, tan fluido, y en pequeñas porciones puede deslizarse con tanta rapidez, que no es posible reproducir a pequeña escala las condiciones que provocan un huracán. Por lo tanto, a la hora de explicar cómo se forma un huracán es preciso describir el fenómeno en sí mismo, no un prototipo. Pues sólo cuando uno es capaz de considerar la enormidad de una porción de aire del planeta, la gran distancia que quizá tenga que recorrer para igualar una diferencia atmosférica determinada, se percata de lo lento e inmóvil que es el aire considerado a *gran* escala.

Sucede de la siguiente manera. El aire situado sobre una zona cálida del mar, por ejemplo en algún lugar cercano a las Canarias, se calienta. Como consecuencia, ese aire tenderá a verse impulsado hacia arriba y ser reemplazado por el aire más frío y pesado que lo rodea. En una habitación cálida ascendería en un flujo continuo y suave, y sería suplantado por la débil corriente que entra por debajo de la puerta: no pasaría nada. Sin embargo, a gran escala eso no es posible. Ésta es la diferencia. El aire asciende formando una sola masa, como si estuviera aprisionado dentro de un globo gigante, ya que, de hecho, está aprisionado en su propia lentitud relativa. El aire frío entra por debajo, pero no como una corriente suave, sino como un fuerte viento, debido al ascenso físico de un volumen tan considerable de aire.

Así, tenemos aire que llega de todas partes en dirección a un punto central y, en el medio, aire que asciende: ése es el principio. Entonces ocurren dos cosas. El giro de la Tierra[2] permite que gire el frente tormentoso; al principio no deprisa, sino en una suave espiral. Y el aire cálido que ha ascendido, saturado de humedad de la superficie del mar, se enfría. Al enfriarse allá arriba, la humedad es expulsada en forma de lluvia. Y, cuando el agua que hay en el aire se condensa, libera la energía que la mantenía allí recluida, exactamente igual que la explosión de gasolina libera energía. Entonces se desatan millones de caballos de fuerza. Como en un motor de gasolina, dicha energía se traduce en movimiento: liberado de sus limitaciones, el globo asciende aún más, y hace girar más deprisa el vórtice.

Así, el giro de la Tierra es sólo el giro de la manivela que lo pone en marcha: el propio huracán es un inmenso motor que gira gracias a la energía generada por la condensación de agua procedente del aire que asciende.

Consideremos, por lo tanto, lo siguiente: cualquier cosa que gira lo bastante deprisa tiende a alejarse del centro, o, en todo caso, como un planeta que da vueltas alrededor del Sol, alcanza un estado de

equilibrio donde ya no puede ir hacia dentro. Pronto el viento gira alrededor del centro del huracán tan deprisa que no puede dirigirse ya hacia dicho centro, por vacío que éste esté. El simple movimiento ha formado un tubo vacío, tan impenetrable como si estuviera hecho de algo sólido. Por ello, a menudo, el vórtice del huracán está en calma, porque el viento, de hecho, no puede llegar a él.

Así es como este extraordinario motor, de una anchura de cincuenta millas o más, construido a base de aire endurecido por la velocidad, con un enorme poder generado por el sol y el derramamiento de lluvia, gira hacia el oeste y cruza la superficie del Atlántico, con frecuencia, durante semanas, con una fuerza que no deja de aumentar. Sólo cuando su base toca, por fin, tierra firme (o un aire muy frío) se cierra la válvula; no puede absorber más aire húmedo, y en pocos días, semanas a lo sumo, se desvanece y muere.

IV

Pero en noviembre, en esas latitudes, las condiciones no suelen ser casi nunca las adecuadas para que se originen las diferentes fases de formación de un auténtico huracán. El proceso a veces se inicia, pero luego se disipa, muere, se convierte en una simple «depresión» (casi todas las depresiones que alcanzan Inglaterra son, en realidad, huracanes disipados o abortados).

Los primeros partes meteorológicos suponían, sin duda, que ocurriría lo mismo con esa perturbación. Pero el *Archimedes* ya había dejado muy atrás el trayecto pronosticado de la tormenta. Además, ese tipo de tormentas, por lo general, traza una curva hacia la derecha, no hacia la izquierda. Por consiguiente, según las reglas del juego, en aquel momento deberían estar fuera de todo peligro.

Sin embargo, a las nueve de aquella mañana de noviembre de 1929 observaron que la fuerza del viento seguía aumentando, por lo que, sin duda, algo bastante insólito estaba ocurriendo. En primer lugar, se estaba formando un verdadero huracán, y en segundo, no se hallaba, de ningún modo, en la posición indicada por los expertos. O bien había cambiado de rumbo de manera prodigiosa, y en la dirección errónea, o bien —la idea se le pasó por la cabeza al capitán Edwardes— no se trataba de un solo huracán, sino de un huracán doble: estaba siendo adelantado rápidamente por un segundo vórtice mucho más poderoso, que ya no era en absoluto el vórtice que habían registrado con anterioridad.

Una hora antes, el capitán había comunicado a su primer oficial

que si el barómetro seguía cayendo deberían ponerse al pairo. El barco podía avanzar a barlovento, desde luego, pero nada ganaban sometiéndolo a un esfuerzo tan innecesario. Mejor que el barco asomara la proa al viento, que mantuvieran los motores en marcha con la potencia suficiente para que no se moviera y aguantara el temporal, pues aquello no tenía visos de durar demasiado. Se desataría una tormenta atronadora durante unas cuantas horas, procedente de una dirección; luego vendría un breve periodo de calma mientras el centro pasaba por encima de ellos, y después llegaría el viento desde la otra dirección, debilitándose gradualmente a medida que la tormenta fuera dejándolos atrás.

Por consiguiente, a las nueve, mientras el barómetro seguía cayendo y la dirección firme del viento indicaba que se hallaban en plena tormenta, el capitán Edwardes viró el barco de noreste a norte, con la proa encarada al temporal, decidido a capearlo.

CAPÍTULO 3

I

Dick Watchett estaba atareado y excitado. Ése era su primer huracán, y se sentía inquieto por tener que afrontarlo. Además, el capitán —pues los capitanes son también maestros de escuela, entre otras muchas cosas— lo había nombrado comandante imaginario de la nave; le había obligado a repetir, a partir del barómetro y la dirección del viento, los mismos cálculos que él había realizado, y a decidir qué había que hacer. Era interesante, pero una prueba dura, pues el informe que redactara sobre él el capitán al final del viaje dependería de las respuestas que diera.

Cuando todo aquello terminó, se sintió como un escolar que acaba de salir de clase. Esperaba que el huracán hiciera algo espectacular, que el viento doblegara las sólidas barandillas de hierro con su ímpetu, algo tangible que expresara su fuerza, algo vivo, para poder contarlo en las cartas que enviaba a casa. Pero apenas podía esperarse nada realmente espectacular en un barco tan grande y sólido como el *Archimedes*. No lo desarbolaría. No habría ningún timonel amarrado al timón con la barba chorreante de agua salada. No, pues la sólida cabina de mando estaba en el centro del puente, muy por encima de las olas, y unos gruesos cristales la protegían por completo de las inclemencias del tiempo. Quien llevaba el timón no era tampoco la viva estampa de un vikingo, sino un viejo y menudo timonel chino, con la cara arrugada como una manzana amarilla, de pie sobre una vieja alfombrilla.

A las ocho de la mañana, cuando el señor Buxton hizo su ronda, se había llevado a Dick con él. Caminar por cubierta con el viento en contra era igual que caminar colina arriba, el mismo esfuerzo y la misma inclinación del cuerpo con respecto al suelo. Cuando intentabas caminar hacia delante, era como si la embarcación se sostuviera sobre la popa, y dirigirse a popa era como caer pendiente abajo. El sonoro y susurrante chillido del temporal había dado paso a un ruido

ensordecedor. El agua que chocaba contra el castillo de proa quedaba atomizada por el viento, y llegaba a popa en forma de rociadas de espuma. El agua que entraba a través de las barandillas se esparcía en forma de pequeños abanicos relucientes. Las rociadas arrastraban incluso aceite de los cabrestantes hasta la cubierta superior.

Y al asomarse por la borda, uno no veía el mar de siempre sino más bien extensiones enteras de agua. El viento despellejaba las olas, dejando unas pequeñas marcas blancas, como de viruela. Las olas rompían y luego engullían su propia espuma. Podías verla muy por debajo de la superficie, sepultada. De repente caía un aguacero. Las gotas rebotaban en el agua, formando una extensión parecida a una fina capa de rocío sobre un césped, como si fuera lana. Era como si al mar desnudo le saliera pelo.

En ese momento, Dick se alegró mucho de que Sukie no estuviera allí. El viento era mejor que las mujeres. Un cargamento de hombres, ninguno de ellos —al menos mientras durase la tormenta— enamorado de nadie; todos consagrados en cuerpo y alma a la inminente batalla con el aire. No había nada mejor que eso.

Pensar en Sukie le trajo a la mente el sabor del whisky de maíz; y su pensamiento lo rechazó con rotundidad. Sentía la repentina convicción de que no volvería a probar el alcohol nunca más, era algo repugnante. Ni siquiera un vaso de cerveza. Ni fumar. Se sorprendió un poco, pues esas cosas siempre le habían producido placer. Fue como una conversión, una conversión física, no espiritual, pues no había moralidad ninguna en esa determinación. Fue como si sus apetitos físicos hubieran sufrido una inversión repentina tan considerable que era incapaz de imaginarse que pudiese cambiar otra vez. Una aversión hacia las chicas, la bebida y el tabaco, y todo ello provocado por el viento.

Entonces el júbilo que la tormenta había suscitado en él se arremolinó en su cabeza de manera vertiginosa, y se mareó.

II

A las nueve, cuando el barco estaba al pairo, la fuerza del viento había sido sólo de siete (en la escala Beaufort), y el barómetro continuaba en 29.58 pulgadas. A mediodía, el barómetro había descendido a 29.38, y la fuerza del viento era de diez. Ése es un viento muy fuerte. En Inglaterra casi nunca alcanza dicho límite, ni siquiera cuando el temporal parece que va a llevárselo todo por delante; sin embargo, continuaba aumentando.

Estaba claro que no era una tormenta cualquiera y que tampoco estaba en la posición predicha. Había sido una suerte que hubieran dispuesto de tiempo para asegurar todos los aparejos. Ahora habría resultado difícil. Era difícil incluso moverse.

Las olas, enormes masas de agua acabadas en forma de pico, se movían en todas direcciones de forma decidida y a gran velocidad. Las olas eran grandes como casas y avanzaban raudas como trenes. A veces chocaban entre ellas con fuerza, y juntas saltaban hacia el cielo. En otras ocasiones golpeaban la embarcación y salían despedidas con un veloz penacho de espuma que, por un instante, parecía cubrirlo todo. Las ventanas del puente, altas como eran, quedaban completamente empañadas por el agua pulverizada, y sólo a través de la pequeña «pantalla de visión nítida» (una rueda de cristal que giraba rápidamente y a la que el agua no podía adherirse) se conseguía ver algo, pues si te colocabas en los extremos del puente, donde no había cristal, el viento te obligaba a cerrar los ojos de inmediato.

Exactamente debajo del puente se hallaba la zona de los oficiales de cubierta, una pequeña cabina para cada uno; y debajo de éstas, agrupadas a popa del comedor común, estaban las cabinas de los maquinistas. A cada lado había un corto pasillo, y las barras de dirección, procedentes del puente que estaba en lo alto, discurrían paralelas a ambos corredores. El camarote del señor MacDonald daba al pasillo de estribor, mientras que en el de babor se alojaba el doctor.

El doctor Frangcon era un hombre mayor, que nunca hablaba de su pasado. Ser médico de un barco no es lo más aconsejable para un profesional ambicioso, y a bordo suelen encontrarse pocos ancianos. El único rastro de su pasado (si se le puede llamar rastro) era un paquete de medallas que guardaba oculto en un cajón, entre su ropa interior. Nadie había conseguido verlas bien del todo. Y mientras unos afirmaban que eran medallas de la guerra de los Bóers, otros sostenían que se trataba de condecoraciones extranjeras, aunque el cocinero mantenía que las había obtenido en competiciones de natación. El doctor Frangcon coleccionaba instrumentos musicales antiguos: laúdes, serpentones, flautas dulces, etc. Todos ellos los embarcaba con él, encerrados dentro de cajas de vidrio para protegerlos de los cambios climáticos. Con un gesto de preocupación, pasó la mañana acolchando esas cajas de cristal con pelusa y vendajes quirúrgicos, pues el movimiento del barco amenazaba con hacerlas colisionar entre ellas y que se rompieran.

A las dos de la tarde, el señor MacDonald, que era bastante mayor, se fue a su cabina a descansar, y Dick Watchett se fue también a la suya, para comprobar si había algo frágil en algún lugar que pudiera romperse. El cuarto maquinista se quedó a cargo de la siseante sala de máquinas. El capitán Edwardes y el señor Buxton se hallaban ambos

en el puente, y allí tenían intención de quedarse. El viento seguía aumentando. Su fragor martilleaba de tal modo los oídos que parecía que fuese a espantar al cerebro. En aquel momento todo el aire era agua salada. No se veía nada. Salvo algunos momentos de calma, no podía verse el mar, ni siquiera la cubierta. Sólo por las sacudidas del barco adivinabas que unas olas enormes lo estaban golpeando, por eso y por los atronadores golpes. No se veía nada. De pie en la húmeda sala de derrota podías divisar, a través del cristal que había entremedio, al pequeño chino al timón, sobre su alfombrilla, pero nada, en cambio, podía verse de lo que sucedía en el exterior. Y tampoco se podía hablar, como no fuese pegado al oído de otra persona.

Sin embargo, cuanto más feroz es un huracán, más pequeña suele ser el área que cubre. Así que pronto habría pasado. Con suerte, por la noche. Es decir, salvo que ocurriera algún contratiempo.

Y a las dos ocurrió realmente un contratiempo. A las dos, los motores, a media marcha, empezaron a dar señales de que no podían aguantar la roda al viento. Así que el capitán Edwardes ordenó que los pusieran a toda máquina. Pero apenas se observó cambio alguno: la hélice, incapaz de mantener la nave en su sitio, sólo rechinaba ante la impotente espuma que se formaba bajo su popa.

El barco estaba virando. Las olas castigaban con mayor fuerza la parte de estribor. El viento golpeaba la proa también por estribor.

A través de la ventana, el chino gesticulaba frenéticamente para indicar que algo iba mal con la dirección. ¡Así que se trataba de eso! Pero no se podía hacer nada, más que observar cómo la aguja de la brújula se desplazaba lentamente, pues para cuando alguien llegara al timón de emergencia que había en el castillo de popa y lo accionara, la nave habría quedado de costado, y entonces ninguna fuerza sobre la tierra sería capaz de enderezarla hasta que el viento amainara. Tardó cinco minutos en total; ahora se encontraba de costado, encarada al viento, abruptamente escorada, vulnerable. Y el señor Buxton observó la hora que era y la anotó en el cuaderno de bitácora.

También observó con satisfacción que los bamboleos del barco eran cortos y bruscos. Aquello podía ser incómodo, pero desde el punto de vista de la estabilidad no era malo. Sin embargo, estaba tan escorado que la horizontal se encontraba tanto en las paredes como en el suelo.

En el puente de mando, el pequeño timonel chino se aferraba inútilmente al timón como un frío mono al cuello de su amo. Una repentina sacudida lo apartó de él. La alfombrilla sobre la que se hallaba se deslizó por la acusada pendiente del puente: una instantánea (desde la sala de derrota) del chino gritando, con una expresión absorta, sobre aquel inadecuado tobogán; luego colisionó

contra las barandillas que había en la otra punta con un impacto tan terrorífico como para doblarlas y hacer que el escudo de la luz de navegación cayese rodando hacia el mar. Allí se quedó, inerte, en un extremo, hasta que Buxton y el capitán consiguieron arrastrarlo de vuelta. ¿Estaba vivo o muerto? Uno no dobla una barandilla de hierro con el cuerpo y se queda tan fresco. Y sin embargo, por extraño que pudiera parecer, estaba vivo.

Gaston, el cuarto maquinista, un joven moreno de las islas del Canal que había quedado temporalmente al frente de la sala de máquinas, telefoneó pidiendo ayuda. La claraboya de la sala de máquinas había saltado por los aires, y en consecuencia la sala se había inundado de agua y se habían fundido las luces. Y con el barco escorado de aquel modo, resultaría peliagudo de todos modos hacer funcionar los motores. Acudieron el segundo y el tercer maquinistas, no en cambio el señor MacDonald, pues éste, al salir de su cabina, se percató de que la alfombrilla de fibra de coco del pasillo había obstruido las barras de dirección. Y allí estaba, a cuatro patas, intentando arrancarla con las uñas. Las barras de dirección eran suyas, y aunque la alfombrilla era del señor Buxton, debería de haberse opuesto a que la colocase allí, cerca de las barras. Pero no se había fijado, y ahora obstruía la dirección.

En cuanto advirtió que el barco viraba, Dick Watchett intentó salir de su cabina. Pero no pudo. El viento había atrancado la puerta. Ni la fuerza de un elefante habría podido con ella. Ahora estaba prisionero. Debería quedarse allí hasta que llegara un momento de calma y pudiera salir.

El capitán Edwardes telegrafió a la sala de máquinas para que redujeran la velocidad al mínimo. Puesto que poner el barco a toda máquina resultaba del todo inoperante, era mejor proteger los motores.

La fuerza del viento seguía aumentando. A través de aquel impenetrable fragor no se podía oír nada, ni siquiera el impacto de las olas. El capitán Edwardes había soportado varios huracanes, pero nunca había vivido nada parecido. Intentó calcular la velocidad, aunque no tenía con qué. No existe ninguna cifra en la Escala Beaufort que indique la fuerza de un viento como ése. No se ha inventado ningún anemómetro capaz de registrar un aire tan feroz. Y si se inventara alguno quedaría hecho trizas por el propio aire. Por un momento, sacó la mano a la fuerza de las rociadas para volver a meterla con las yemas de los dedos ensangrentadas, y entumecida como por una descarga eléctrica, pues el viento soplaba a una velocidad de unas doscientas millas por hora. Un huracán comienza a recibir ese nombre cuando alcanza las setenta y cinco millas. Y la presión a doscientas sería siete veces mayor. Exponerse a un viento

como ése era como agarrarse a las alas desnudas de un aeroplano a toda velocidad.

Cuando el huracán arranca el tejado de una casa, por regla general no entra y la revienta desde el interior. El flujo del viento sobre el tejado crea un vacío en el lado que queda a sotavento, y así es cómo lo absorbe todo. Cuando el *Archimedes* se escoró a causa de la tormenta, la cubierta formó un ángulo muy parecido al del lado de sotavento de un tejado. Por lo tanto, la succión ejercida por ese viento debió de ser terrorífica. Desde luego, las cubiertas son muy resistentes. En cambio, las escotillas no lo son. Constituyen la parte más vulnerable de un barco, tanto da que sea uno grande como uno pequeño, porque en casi todos los barcos que han zarpado alguna vez, desde un transatlántico hasta un bote de pesca de bajura, están hechas del mismo modo. Se componen de una serie de secciones oblongas de madera, de tamaño estándar —que no suele ser mayor que aquel que dos hombres pueden desplazar cómodamente—, que se colocan sobre vigas, y todo ello se asegura mediante una envoltura de lona cosida, muy apretada, y sujeta con cuñas. Este sistema es capaz de resistir fuerzas inmensas que se ejerzan desde arriba, puede soportar el azote de cientos de toneladas de agua. Pero la presión desde abajo es un asunto distinto: una nave no está diseñada para eso. No está previsto que pueda crearse un vacío en cubierta.

Poco después de las tres, el viento, si bien mantenía toda su fuerza, y en algunas ráfagas incluso la aumentaba, se volvió más inestable: se produjeron algunas fisuras en la barrera de espuma y agua, a través de las cuales, de vez en cuando, podía verse el mar. Fue a través de una de esas fisuras que el capitán Edwardes divisó los restos de un naufragio flotando allí cerca.

—Alguien más está en apuros, además de nosotros —dijo.

—No —contestó el señor Buxton, que conocía cada pulgada del barco—. Ésas son nuestras escotillas número 2.

III

Las olas habían cortado las lonas como un cuchillo, y el viento había succionado las escotillas igual que se succiona el corcho de una botella. Aunque las olas tempestuosas no llegaban a bordo, las rociadas eran prácticamente agua tan sólida que cientos de toneladas se colarían abajo en un santiamén.

Fue entonces cuando el señor Buxton cayó en la cuenta de cómo había almacenado la carga. Había colocado todos aquellos periódicos

y el tabaco en las entrecubiertas, en la parte superior. Y ahora bajaba un montón de agua. Ya era catastrófico que cayera en cascada hacia la bodega del barco, llenándola poco a poco, pero, aun cuando eso ocurriera, tardaría mucho en llenarla, y el agua podría bombearse bastante deprisa con las bombas de vapor, y, por lo menos, no afectaría a la estabilidad de la nave. Pero los periódicos y el tabaco son absorbentes. Empapados en agua, su peso se multiplicaría considerablemente, y dicho peso, en la parte superior, podría terminar provocando que la nave volcara. Le echó un vistazo al clinómetro, la escora iba en aumento: indicaba 35° e iba camino de los 40°. Era preciso volver a cubrir aquellas escotillas, fuera como fuera y costase lo que costase. Al menos mientras el agua no encontrara un modo de llegar abajo.

IV

La puerta de Dick seguía atrancada. Se había quedado encerrado en un pequeño cubo de hierro, inclinado sobre uno de sus bordes, que se veía zarandeado como un nido de grajos en un vendaval. Incluso sin aquel movimiento, sólo el atronador aullido del viento habría resultado intolerable.

Intentó meterse en la cama, pero fue incapaz de permanecer en ella: la cama lo expulsó. Intentó echarse sobre el suelo inclinado, pegándose contra la pared, pero el suelo también lo expulsó. Y sobre él caían, además, pequeños objetos: era como estar en una atracción de feria accionada por el diablo. La única manera de no verse expulsado, en uno u otro sentido, era permanecer de pie, hacer cuña con los pies sobre dos puntos separados y aferrarse a algo con ambas manos.

Pero Dick Watchett no era el único que se había quedado encerrado en su camarote. La puerta de la cabina de los suboficiales también se había quedado atascada. Sin embargo, el mismo cambio del viento que había permitido ver las escotillas flotantes los liberó, aunque no liberó a Dick, y los tres muchachos, que se habían quedado encerrados, salieron disparados. Enseguida treparon al puente, si bien era una locura subir por escaleras que se inclinaban sobre sus lados, de modo que debían aguantar la mitad del peso apoyando el codo contra la pared.

Cuando el capitán Edwardes vio a los tres muchachos aparecer de repente sobre el puente, sintió un gran alivio, pues tuvo la impresión de que llevaba allí una eternidad, a solas con el señor Buxton, como si

no hubiera nadie más en el barco. Ahora los tres llegaban a trompicones —el alto, el gordo y el delgado de ojos oscuros— y lo miraban, confiados, algo que también lo llenaba de orgullo y satisfacción.

Cuando hay algún asunto urgente, el capitán y el primer oficial suelen coincidir en sus opiniones. En aquellos instantes, el tabaco y los periódicos empapados estaban tan presentes en la mente de Edwardes como en la de Buxton.

—Intente asegurar la escotilla número 2 —dijo—. Llévese a todos los hombres que pueda encontrar. Usted, Bennett —le ordenó al muchacho flaco y de ojos oscuros—, despierte a los marineros del castillo de proa y llléveselos con usted.

Buxton indicó a los otros muchachos que lo siguieran, y con gran esfuerzo bajó la escalera, cegado y ensordecido en cuanto salió del puente, moviéndose con tanta dificultad como un débil recién nacido.

Pero los muchachos acababan de salir del cascarón. Las ráfagas del viento los cegaron y los ensordecieron, incluso en el puente. Bennett oyó a duras penas la orden del capitán y se dispuso a acatarla, pero los demás ni oyeron la llamada del segundo ni lo vieron salir. Se estaban llenando de aire, como si sus pulmones fueran globos que alguien hinchaba; se sentían mareados, sin fuerzas… casi a punto de echarse a reír.

Buxton no reparó en ello, creía que le seguían. Le costó lo suyo llegar a la cubierta de sollado de proa; los que venían tras él que se las apañasen como pudiesen. Así fue como llegó abajo, antes de advertir que estaba solo. Daba igual. Bennett y los marineros chinos le acompañarían.

Echó un vistazo agarrado a la puerta. Casi todo lo que vio fueron huecos y columnas de espuma en movimiento: el curso del viento endurecido y visible. Detrás de cada obstáculo asomaba algo oscuro que parecía su propia sombra, y era realmente su refugio, formando un hueco cónico contra la espuma que lo delineaba; y allí donde el viento rebotaba contra algún obstáculo inamovible que le ofrecía resistencia, la espuma atomizada perfilaba su contorno como una pelusa corta y fina. Sí, si uno se fijaba, podía ver los huecos en el aire a través de los cuales era posible introducir el cuerpo y abrirse camino hacia la escotilla abierta. Buxton, sin esperar ayuda, lo intentó: fue trepando, de refugio en refugio, como un hombre que escala un acantilado de saliente en saliente. Y al igual que un escalador, en ningún momento pensó en retroceder. Al cabo de un par de minutos había llegado, y se había acurrucado al abrigo de la brazola. Y cada vez que una masa de agua caía por ella, se estremecía como si cayera sobre sus propios nervios.

Un hombre bajo un buen saliente de una roca puede guarecerse y

permanecer allí, pero el refugio de Buxton debajo de la brazola no ofrecía esa seguridad. Estaba protegido del viento, pero la siguiente ola que rompiera sobre la barandilla —lo que podía suceder en cualquier momento—, se lo llevaría por delante, pues barrería la inclinada cubierta como un verdadero Niágara, y él no tendría a qué agarrarse. E incluso aunque se atara con una soga, el mar lo golpearía contra cualquier objeto metálico como si fuera un huevo. Y eso podía suceder en cualquier instante.

De no haber estado solo, tampoco podría haber hecho nada. Las escotillas habían caído al agua. Y aunque hubiera tenido a su disposición muchas manos para ayudarlo, era imposible transportar grandes planchas para repararlas en los breves respiros que daba el viento. No había otro remedio que esperar el periodo de calma central, y confiar hasta entonces en la estabilidad del barco. Lo mejor sería retroceder antes de que una ola se lo llevara por delante.

Las escotillas se las había llevado el agua, pero, curiosamente, la lona, que formaba un rebujo en un rincón de la cubierta, había resistido. En el preciso momento en que Buxton se dio la vuelta para alejarse lentamente, la lona se levantó de improviso como una pared negra. Lo golpeó, lo derribó y lo rebozó, abatiéndolo sobre la cubierta con su rígido peso.

Y entonces llegó la ola. Rompió sobre la barandilla. Dios sabe cuántas toneladas de agua. Barrió la cubierta con una braza de profundidad, y su peso casi aplastó a Buxton bajo la lona: la rígida lona impermeabilizada se le adhirió, de repente, al cuerpo como un molde. Luego el agua pasó a sotavento, por encima de a la otra barandilla; y el barco se tambaleó y se levantó. Bajo la lona, Buxton no sólo se había salvado, sino que estaba casi seco. Salió arrastrándose, apabullado y aturdido, sin tomar precauciones, de manera que el viento se lo llevó por delante. Fue como si el escalador de un acantilado hubiese resbalado y caído. El viento lo empujó como la gravedad, y lo arrojó al castillo central, donde lo estampó contra la puerta de la que había salido.

V

Si no se podía hacer nada en la cubierta de proa, podían comprobar las escotillas de popa. Quizá algunas habían desaparecido también. La cubierta de sollado de popa ofrecía mayor protección. En el caso de que hubiesen desaparecido, tal vez era posible repararlas, siempre que consiguiera los hombres suficientes para ayudarlo.

El comedor fue el primer lugar al que se dirigió el señor Buxton. Allí se encontró con el señor Rabb, cuyos claros ojos azules miraban fijamente al frente, como si ni la peor tormenta pudiera perturbar su serenidad. Era una imagen reconfortante para alguien que necesitaba ayuda de inmediato. El señor Buxton lo llamó.

En el pasillo se topó con Bennett. El muchacho iba acompañado sólo por el contramaestre chino, pues ninguno de los demás había querido venir. Los chinos permanecían apiñados, sentados en el suelo del castillo de proa, dijo el chico: no intentaban agarrarse a nada, sino que se deslizaban de aquí para allá cada vez que el barco se movía, y sólo emitían un leve quejido cuando chocaban contra algo.

Y entonces apareció el muchacho alto, Phillips.

Ya eran cinco. Cinco podrían hacer algo. Se dirigieron hacia popa, y, cobijándose en el centro del castillo, pudieron ver lo que se requería hacer con mayor urgencia.

La escotilla número 6 también había sido arrancada. Pero las planchas no habían caído por la borda. Si pudieran sustituir tan solo algunas, las amarrarían y conseguirían controlar el agua que entraba por ella. La posición tampoco era tan arriesgada. Tenían que conseguirlo.

De hecho, el señor Foster ya estaba allí, enfrascado en apretar el tornillo tensor de uno de los estayes del mástil, que, a pesar de su dispositivo de cierre, amenazaba con aflojarse. Pero era evidente que estaba muy ocupado con su propia labor como para poder ayudarlos.

Sería mejor que se dieran prisa.

Sería mejor que se dieran prisa, y que actuaran ya. Pero el señor Buxton experimentaba una extraña renuencia en los pies. Toda la parte superior de su cuerpo estaba inclinada hacia delante, sin embargo sus pies parecían ir hacia atrás, como conejitos en busca de su madriguera.

Esto no es tan peligroso como la cubierta de proa, se dijo, no es tan peligroso. Totalmente seguro. «¡Vamos!», gritó, y se lanzó hacia delante.

Bennett y Phillips lo siguieron como perros atados a una correa. Ni por un momento se les ocurrió tener miedo, ya que para ellos era algo nuevo. Observaron que el señor Buxton se ponía en marcha e hicieron lo mismo, pero los tres aterrizaron sobre él, en un montón.

Buxton tardó menos de un segundo en librarse de los dos muchachos, y se puso a trabajar antes de que ambos supieran dónde se encontraban. Recogieron las escotillas, una a una, y las arrastraron desde los imbornales de sotavento. Entonces el segundo de a bordo y Phillips se sentaron a horcajadas sobre las vigas de las escotillas, con la enorme bodega debajo de ellos, mientras Bennett trabajaba desde la

cubierta. Ésa era la parte más dura: *levantar* las escotillas sin que el viento se las llevara por delante. No había señal del señor Rabb, ni del contramaestre. Aquélla era mucha faena para un hombre y dos muchachos.

Consiguieron colocar tres escotillas y las amarraron. Forcejeaban con una cuarta cuando una redoblada ráfaga los abatió. El señor Buxton y Phillips se agarraron a las vigas sobre las que estaban sentados a horcajadas, como osos perezosos. La escotilla se les escapó de las manos, y golpeó al pobre Bennett, que terminó en los imbornales de sotavento, donde quedó inerte, zarandeado por la espuma.

El señor Buxton se levantó, y estaba a punto de ir a buscarlo cuando Bennett, reanimado por las sacudidas del agua, se incorporó. Lo primero que vio fue su pierna. Estaba doblada a un lado, en ángulo recto, justo por encima del tobillo. Dios mío, se dijo, me he roto la pierna, pronto empezará a dolerme, y mucho. Más vale que salga de aquí antes de que comience el dolor. Se movió con cautela… y la pierna salió enseguida.

Sentado en el agua, se sonrojó hasta las orejas por ser tan estúpido. ¡Mira que pensar que se había roto la pierna! Era sólo la bota de agua que se le había salido del pie al resbalar, y que luego, al quedarse vacía, se había doblado.

Hizo ademán de cogerla, y esperó la ocasión para poder levantarse y volver a la brazola de la escotilla.

Mientras tanto, el señor Buxton seguía forcejeando consigo mismo. Sus pies eran ahora lo bastante osados, pero tenía el corazón en un puño. Desde luego, lo correcto sería permanecer allí hasta que la última escotilla quedara asegurada. Pero no quería que los muchachos salieran malparados. Eran unos auténticos jabatos. Sería una pena que murieran esos muchachos y no los malditos chinos quejumbrosos. Hacía un momento, Bennett se había salvado de milagro. De todos modos, habían podido impedir que el agua siguiera bajando por la número 6. «Vamos», volvió a gritar, y los tres echaron a correr hacia popa. Se apiñaron en el lugar en que se guarda la máquina del timón.

Fue una suerte que hubiesen actuado de ese modo, pues de pronto el viento comenzó a soplar con gran violencia, y ya resultaba imposible pasar por la cubierta de sollado.

Todo va muy bien mientras acatas órdenes a rajatabla; pero permanecer sentado sin hacer nada es diferente. Los dos muchachos, ahora que tenían tiempo para pensar, se asustaron, y creyeron que el final estaba cerca. El agua fría de sus ropas comenzó a filtrarse lentamente hasta llegar a su cálida piel. Ningún barco podía resistir aquello. Ambos, en su fuero interno, empezaron a rezar, cada uno confiando en que el otro no reparara en ello. «El señor es mi pastor,

nada me falta», dijo Bennett en los recovecos de su mente. «Por prados de fresca hierba me apacienta. Hacia las aguas de reposo me conduce, y reconforta mi alma; aunque pase por valle tenebroso, ningún mal temeré; tu vara y tu cayado, ellos me sosiegan.» No sabía cómo continuaba, así que volvió empezar: «El Señor es mi pastor…». Era el truco mágico de la infancia, del que se valía para preservarse de las bestias salvajes de la oscuridad cuando lo mandaban castigado a su habitación. No había vuelto a emplearlo desde entonces.

Pero ahora era difícil concentrarse en esas palabras, y además sentía cómo un frío terrible se apoderaba de su vientre, una punzada física de pesar. Qué estúpido había sido al embarcarse, cuando, a fin de cuentas, tanto le quedaba por hacer, una vida larga en la cálida y segura tierra firme. Todos los interminables años de la infancia que ya había dejado atrás no habían servido para nada, pues nunca llegaría a la edad adulta.

Curiosamente a Phillips eso no le importaba tanto. Rezó una vez el Padrenuestro y ya está. Su mente se dividía en dos mitades. Una de ellas estaba alegre, pues el joven Phillips, por primera vez, amaba a una chica con toda su alma; pero ella ni se fijaba en él. Si se ahogaba en el mar, se lo dirían, y su muerte la entristecería un poco, pese a que en vida no le hubiera hecho el menor caso. Sentía que, para él, la única vida auténtica se encontraba en los pensamientos de ella, por eso sólo su muerte le insuflaría vida, aun cuando fuera la vida de esos pocos minutos que ella le concedería en sus pensamientos. Como muchos jóvenes enamorados, confundía a una chica con Dios. Y ahora casi podía imaginársela observándolo desde el cielo, viéndolo morir y compadeciéndolo. Sin embargo la otra mitad de su mente confiaba ciegamente en su suerte. Era la parte que no razonaba, que ni siquiera expresaba las cosas en palabras. Era consciente de que algunas eran ciertas, pero también de que eran palabras tabú, puesto que si se pronunciaban dejaban de ser ciertas. Esa parte de su mente tenía ahora la certeza de que no iba a morir. Sabía que era especial. La raza humana se dividía entre él, por un lado, y todos los demás por el otro. La muerte era para los demás, pues él no moriría, no moriría nunca. Dios lo había hecho distinto en ese sentido. No era mortal, y estaba destinado a algo sobrehumano.

Sin embargo esa certeza, por culpa del tabú, no debía traducirse nunca en palabras, ni siquiera en su mente. Debía dejar que la otra parte de su cerebro siguiera funcionando, sin reprimirla, con sus patéticas imágenes de un trágico final…, y eso es lo que siguió haciendo.

Hasta cierto punto tenía razón. No moriría aquella tarde. Ninguno de ellos moriría. Permanecerían allí acurrucados, incapaces de salir, con aquel leve olor a fuel, durante más de dos horas, hasta las seis y

media.

VI

Cuando el señor Buxton y los muchachos emprendieron su carrera hacia la escotilla número 6, el señor Rabb se quedó prudentemente rezagado, porque sabía que si los acompañaba no iba a resultar de gran ayuda, pues también él estaba demasiado asustado.

El miedo suele provocar que uno se exceda en el esfuerzo. Cuando te mandan a la jarcia por primera vez, tienes miedo, descubres que te agarras con toda tu fuerza, una fuerza suficiente para sujetar a tres hombres en lugar de a uno, por lo que, naturalmente, pronto te cansas y te quedas sin energía para desempeñar la tarea que te habían encomendado. Si el señor Rabb, asustado como estaba, les hubiera ayudado con las escotillas, se habría agarrado con tanta fuerza a las brazolas que en pocos minutos habría acabado tan débil como un corderito recién nacido, y, al primer embate de mar, habría salido volando por los aires. Y eso no servía de nada. Sólo un hombre prudente sabe cuándo tiene demasiado miedo para asumir un riesgo con éxito; igual que sólo un hombre prudente sabe cuándo está demasiado borracho para conducir. Pero el señor Rabb había conocido suficientemente el miedo, una y otra vez, como para no poder reconocerlo en sí mismo cuando estaba asustado. Sin duda, ahora lo importante era no correr riesgos hasta que se habituara a la situación, dejar que el miedo se desvaneciera por sí mismo, como probablemente ocurriría en un rato.

Así, pues, decidió encaminarse al puente. Al fin y al cabo, era el lugar adecuado para un oficial en caso de emergencia.

Aunque tal vez por el camino podría detenerse a descansar en alguna parte.

CAPÍTULO 4

I

Fue poco después de las siete cuando el señor Buxton regresó al puente. Los muchachos aún no habían podido salir del castillo de popa. Puede que en esos momentos fuera el lugar más apropiado para ellos.

El señor Foster los acompañaba.

El capitán Edwardes se había pasado todo el día en el puente. Ahora que el segundo oficial podía relevarlo, el capitán consideraba que había llegado el momento de comprobar personalmente cómo estaban las cosas en otras partes del barco. El barómetro había descendido a 26,99 pulgadas. Nunca se había registrado una cifra tan baja en el mar. La intensidad de aquella depresión superaba cualquier previsión. Los precedentes, los conocimientos librescos, la experiencia, nada de todo aquello servía de ayuda. En aquel momento, se diría que el viento estaba dispuesto a llevar a cabo proezas que ningún marinero vivo había presenciado jamás. Tras dejar al segundo oficial al frente en cubierta, el capitán se dirigió a la sala de máquinas.

Todo estaba oscuro, los maquinistas trabajaban a la luz de las linternas. Habían taponado con maderos la claraboya rota, pero pese a ello el agua seguía entrando. La maquinaria rechinaba, con todos sus cojinetes forzados a funcionar desde un ángulo al que no estaban habituados. Los engrasadores chinos, cubiertos de grasa, iban de un lado a otro como pescados embarrados. En una pequeña plataforma de hierro, junto al telégrafo, el capitán se topó con el señor MacDonald, con su rostro cauteloso y envejecido y sus bigotes grises rezumando agua y aceite. Sus quejas estaban cargadas de amargura. Su maquinaria no había sido concebida para funcionar desde un ángulo como ése, y deberían haber cerrado la claraboya cuando todavía era posible.

El segundo ingeniero, un escocés pelirrojo con el rostro macilento y blanquecino, corría de un lado a otro, comprobando la presión del

vapor y los indicadores de todo tipo.

El tercero —un sujeto menudo, alegre y obstinado, con una inmutable expresión de rana— y el cuarto (Gaston) se hallaban junto al jefe. Todos coincidían en que era dudoso que pudieran seguir trabajando en aquellas condiciones, tanto las máquinas como los hombres. Por amor de Dios, ¿es que en cubierta no podían hacer nada?

—Ustedes son los únicos que pueden hacer algo —dijo el capitán —. Su primer deber es mantener el vapor principal. Mantengan el vapor principal y no se preocupen por lo que sucede en cubierta. Debemos estar cerca del centro de la tormenta. En pocas horas habrá pasado lo peor. No será necesario que resistamos mucho más tiempo. Si mantienen el vapor todo irá bien. No hemos sufrido ningún daño. Que las bombas sigan funcionando en la bodega número 2 y en la número 6 y el barco se enderezará cuando llegue la calma, y así podremos controlarlo de nuevo y conseguir que esté al pairo para la siguiente ráfaga. Llenen de lastre el tanque de babor número 2: eso ayudará a enderezarlo. No se puede gobernar el barco ni bombear sin vapor. De modo que mantengan el vapor principal, pase lo que pase. La tormenta no durará mucho.

Bueno, en cubierta sabrían qué hacer. Si era cierto que el periodo de calma podía llegar en cualquier momento, cabía la posibilidad de que los motores resistieran. Gaston, mientras se alejaba para llenar el tanque de lastre, se sintió más animado. Aún no había ocurrido nada irreparable, y los motores eran buenos. A pesar de la escora, llevaban horas trabajando sin sufrir daño alguno. Se asomó a la sala de calderas: el fuego se mantenía. El viento no obstaculizaba gravemente el conducto de ventilación: los ventiladores, mediante el aire que propulsaban desde abajo, podían solucionar el problema. Las bombas de fuel funcionaban a la perfección.

Sólo el señor MacDonald no era tan optimista. Era un hombre mayor, y los retos no le motivaban. Para él, la incertidumbre significaba un mal presagio, no emoción. Como hombre mayor le gustaban las certezas, los buenos planteamientos con los que poder prestar un buen servicio. Además, un maquinista, acaba resintiéndose de los achaques de los grandes motores como si fueran los de su propio cuerpo. Para cualquier persona, el rechinar de los cojinetes era algo ajeno, pero al señor MacDonald le dolía como si fueran sus propias articulaciones.

El capitán Edwardes, a pesar de su aspecto rechoncho, se movía por aquellos extraños lugares con la agilidad de un marino, algo que, sea cual sea su edad, un marino no pierde hasta que se ve mermado por la vejez. No habló con los chinos como había hablado con los oficiales, y aquéllos le dirigieron miradas furtivas. Parecía un hombre

feliz. Cualquiera podía darse cuenta, con sólo mirarlo, de que todo iba bien. Entró en la sala de calderas y se detuvo unos minutos en la puerta, y la luz del fuego iluminó la inmensa satisfacción que ocultaba su rostro.

Luego regresó a cubierta. En aquel momento, en cubierta estaba oscuro, al igual que abajo.

II

Al asomarse a la negrura, una ráfaga de viento le golpeó en la boca y le dejó sin aliento. Intentó respirar, pero no pudo: algo acre le había llenado los pulmones, provocándole arcadas y estremecimientos cada vez que inhalaba. El viento le envolvía con ráfagas cálidas y grasientas. Sus ojos cegados rezumaban agua y le escocían como si hubiese respirado gas mostaza. Debía de hallarse en una nube de humo denso, pero naturalmente no podía verlo. La noche no podía ser ya más oscura de lo que era en aquel momento. Ignoraba de dónde procedía aquella humareda, posiblemente de la cámara de humos. Lo importante era encontrar el camino hacia el puente, siempre que sus pulmones aguantaran. Procuró no perder la calma y, con esfuerzo, empezó a abrirse paso, a tientas, conteniendo el aliento, el poco que le quedaba, y resistiendo la peligrosa tentación de echar a correr.

Abajo ignoraban, como el capitán, lo que había ocurrido, aunque era bastante evidente que algo iba mal. Apenas se hubo marchado el capitán, oyeron una pequeña explosión procedente de la sala de calderas. Había estallado un supercalentador, pensó el señor MacDonald, nada serio en todo caso. Pero al instante, los fogoneros salieron de estampida de la sala de máquinas como conejos asustados. E hicieron bien, pues dijeron que había un escape de vapor: un vapor a una presión de 14 kilos/cm^2, a más de 300 °C. No había tiempo para averiguar dónde se hallaba localizada la fuga, sino sólo para huir, pues en treinta segundos la sala de máquinas sería un infierno. Mientras tanto, los indicadores mostraban que la presión del vapor principal estaba descendiendo, y bastante. ¿Qué había sucedido? Un simple supercalentador no habría provocado una fuga como ésa. Tampoco había manera de averiguarlo. Un hombre desnudo puede moverse sin gran dificultad en un ambiente donde reine una temperatura por encima del punto de ebullición, siempre y cuando el aire esté perfectamente seco, porque la rápida evaporación del sudor le permitirá mantenerse fresco. Sin embargo, si existe el menor indicio de humedad en el aire y la evaporación se ralentiza, el hombre morirá

al instante. Si hay una cantidad considerable de vapor, alcanzar la mitad de la temperatura que resistiría con aire seco lo mataría. ¡Así que imaginémonos la sala de calderas llena de aire, a doscientos grados por encima del punto de ebullición! Si ese hombre se hubiese aventurado a entrar, habría muerto escaldado en el acto, y probablemente habría estallado en pocos minutos.

El capitán Edwardes consiguió llegar al puente, acosado por los remolinos de humo. El señor Buxton seguía allí, por supuesto. Había reparado en el humo pero, como el capitán, no hallaba explicación. Una jugarreta del viento, que lo había desplazado a cubierta, y quizá…, aunque eso no podía explicar tanta cantidad. Entornaron los ojos para intentar ver en la oscuridad hasta que les dolieron, pero no sirvió de nada.

En aquel momento el estruendo de la tormenta era tan denso, tan homogéneo, que su efecto era el de un profundo silencio, pues barría cualquier sonido normal. No sabías si estaba fuera o dentro de ti, como el dolor de oídos de un sordo.

Llegó un mensaje de la sala de máquinas que advertía de que había una fuga: la presión del vapor estaba bajando.

Y a medida que la presión seguía bajando, todos los demás aparatos que funcionaban con vapor, como cabe imaginar, comenzaron a fallar. Las bombas aminoraron la velocidad hasta que se pararon. Las dinamos se ralentizaron. Los ventiladores, que enviaban aire a los hornos para su ventilación, se detuvieron. Y cuando los ventiladores se detuvieron, los fuegos de los hornos emitieron una serie de explosiones en retroceso que abrieron sus puertas e iluminaron la oscura sala de máquinas con destellos de llamaradas como relámpagos. Por entonces, la fuga de vapor ya se había enfriado lo suficiente como para poder entrar en determinadas zonas de la sala de calderas, pero ahora eran las llamas de los hornos las que lo impedían. Cada vez que se producía una explosión en una caldera, una lengua de fuego, de cerca de diez metros de largo, salía por la puerta del horno abierta.

En aquel momento el capitán Edwardes recibió el mensaje de que el vapor principal había descendido hasta un punto en que las bombas se habían detenido, igual que los ventiladores; y las dinamos no tardarían en hacer lo mismo. Y para colmo, los hornos habían comenzado a explosionar. Eran las ocho.

Pero el capitán Edwardes pensó que, aunque se hubiesen detenido los ventiladores, el conducto de ventilación debería tener, al menos, suficiente tiro para que los hornos funcionaran, si bien no a pleno rendimiento. No deberían producirse aquellas explosiones sólo porque los ventiladores se habían parado. El capitán Edwardes y el señor Buxton, entre las fisuras que dejaban las rociadas de agua, se

adentraron en el humo con sus linternas eléctricas con la intención de averiguar cuál era la causa. Parecía provenir nada menos que de la base de la chimenea. Debía de proceder de la base de la chimenea, que ahora la nube de humo ocultaba por entero, pues no se veía ni un ápice de ella.

Con el corazón encogido, Edwardes y Buxton no tuvieron más remedio que creerse lo que estaban viendo. El humo salía de un gran agujero ovalado del puente. La chimenea había desaparecido, seguramente había caído por la borda una hora antes. ¡La tormenta era de tal envergadura que el señor Buxton, en el puente, no se había dado ni cuenta de ello! Tampoco había chocado contra el lateral, sino que la chimenea debía de haber salido volando, pues el puente, a sotavento, seguía intacto.

¡Aquella chimenea podía resistir una presión lateral de cien toneladas! Un viento huracanado a 120 km/hora ejercería una presión de quince toneladas. Pero la presión ejercida por el aire (sin contar la humedad) aumenta según el cuadrado de su velocidad. Por lo tanto, la presión del viento a 320 km/hora sería más o menos siete veces mayor. Y eso significaría un total de…, pero lo podéis calcular vosotros mismos, tal como hizo mentalmente el capitán Edwardes, al tiempo que el señor Buxton salía corriendo hacia la sala de máquinas gritando como un loco: «¡La chimenea ha desaparecido! ¡La chimenea ha desaparecido!».

III

El tubo del silbato de vapor estaba sujeto a la chimenea mediante unos soportes, de modo que cuando la chimenea desapareció, el tubo del silbato se fue con ella. De ahí el escape de vapor: procedía de la tubería rota. Eso lo comprendieron todos los maquinistas en cuanto se enteraron de la terrible noticia.

Ahora bien, había una válvula de emergencia para cerrar el vapor que iba al silbato. Y había dos caminos para llegar a ella. Uno estaba en cubierta, justo a barlovento de donde había estado la chimenea, pero como quedaba fuera de su competencia, prácticamente ni lo consideraron, como no fuese para suponer que resultaba imposible desplazarse por cubierta en aquellas condiciones. Al recordarlo, uno al menos puede decir lo siguiente: si alguien se lo hubiese mencionado al capitán, un oficial de cubierta hubiera encontrado la manera de llegar, aunque, en el intento, habría caído probablemente por el agujero de la chimenea hasta la cámara de humos.

El otro camino para llegar a la válvula estaba situado sobre las calderas, cerca de la avería.

Ése era el que había que considerar. Pero ¿cómo llegar hasta allí? Al estar cerca de la avería, seguiría rodeado de vapor caliente. Y como los hornos escupían fuego, tampoco era posible acercarse a las calderas.

El primer deber de un maquinista, incluso sin las órdenes expresas del capitán, consiste en mantener el vapor principal a toda costa. Pero los hornos echaban fuego, y varios habían explotado, de modo que de sus boquillas emergía fuel caliente, que escapaba de las puertas de los hornos y caía sobre el suelo de la sala de calderas. El primer impulso del señor MacDonald fue volver a encenderlos. Él y su segundo se hallaban en la entrada de la sala de calderas, lo más cerca que podían de los hornos, cuando el más próximo a la puerta también explotó.

—¡Eh, una antorcha! —gritó el señor MacDonald—. ¡Vuelvan a encender el horno!

Un fogonero chino, empapado en sudor, acudió junto a ellos, sacó una antorcha de su soporte, la acercó al fuego más cercano y la introdujo en el interior del horno apagado. Se produjo entonces una explosión que arrancó la puerta del horno de cuajo. El aire se incendió por un instante y, en medio de las llamaradas, lo único negro que había era el chino, con los brazos levantados para protegerse la cara. El fuego alcanzó a los dos maquinistas, y les chamuscó la piel. Oyeron el alarido del chino. Y luego la oscuridad, una oscuridad tan negra que MacDonald y Soutar se quedaron estupefactos, mientras sus ojos entornados seguían viendo luces que destellaban.

Algo se arrastraba entre las piernas de MacDonald, algo que salía de la sala de calderas. MacDonald lo agarró aterrado: era el fogonero.

—¿Está herido? —gritó el señor MacDonald.

—Yo mucho quemado —dijo el chino sin inmutarse.

En aquel momento el señor MacDonald decidió que era imprescindible que fuera a su camarote y se cambiara de ropa. Así lo hizo, dejando a Soutar al frente.

En cuanto se hubo marchado, Soutar llamó a Gaston.

—Debemos llegar a esa fuga y cerrar la válvula —dijo.

—Sí —contestó Gaston—, pero no podemos hacerlo si los hornos siguen explosionando.

—Entonces tendremos que apagarlos —dijo Soutar—. Apagar algunos para poder llegar a las calderas.

Gaston había observado que las llamas no lamían el suelo, sino que desde su extremo subían en espiral. De modo que Soutar y Gaston cogieron una escoba cada uno, y, echándose boca abajo en el suelo, reptaron hasta la sala de calderas, por debajo de las llamas, como

chuletas bajo una parrilla a gas. Luego, alzando los mangos de las escobas, consiguieron apagar la válvula de fuel de cada horno, con el rostro sobre el fuel caliente y la espalda chamuscada por las llamas. Así consiguieron llegar prácticamente hasta las calderas. Pero un horno se les resistió. Era doble: dos hornos con una sola cámara de combustión. El de detrás consiguieron apagarlo sin problema, pero el de delante seguía expulsando fuego. Y fueron incapaces de cerrar la válvula. Sólo podían hacer una cosa: cerrar el suministro principal de fuel, lo que significaba apagarlo todo. En cuanto los hornos se enfriaran, no sería fácil volver a encenderlos, si se tiene en cuenta que no había chimenea ni corriente de aire forzada. No sólo se cortaría el vapor, los fuegos también se extinguirían.

Sin embargo parecía inevitable. Hasta que no controlaran la fuga, los fuegos no podrían crear vapor: sólo serían un peligro. Lo primero que había que hacer era cortar la fuga. Una vez dejara de salir vapor, podrían reconsiderar cómo volver a encender los hornos.

Como el jefe se había marchado, el señor Soutar, bajo su propia responsabilidad, desconectó el suministro de fuel, y lo apagó todo. Eran las diez. Habían transcurrido menos de tres horas desde que el capitán los exhortase a mantener el vapor a toda costa, y ahora el vapor se había extinguido, igual que los fuegos.

A las diez, por lo tanto, el *Archimedes* estaba del todo inoperante. En la embarcación todo funcionaba a vapor o con electricidad: en un barco moderno, apenas queda nada que sea accionado por el músculo humano. Como no había vapor, no había electricidad. Todo el barco estaba a oscuras, salvo los puntitos que formaban algunas linternas eléctricas y lámparas de aceite. Seguía entrando agua por la escotilla de proa abierta, pero, como es de suponer, las bombas estaban paradas. El aparato de radio, que funcionaba por electricidad, se había quedado mudo. La hélice estaba quieta, el timón inamovible. El barco iba a la deriva, al igual que un leño que flota en el mar. Ya no era un barco. Estaba repleto de hombres, desde luego, pero no tenían nada que hacer, porque los barcos una vez han renunciado al poder del hombre, como fuerza impulsora, ya no pueden recurrir a él en caso de emergencia.

Suponiendo que una goleta bien equipada, de apenas doscientas toneladas, se hubiera enfrentado a esa tormenta no habría ido a la deriva de ese modo. Las bombas habrían seguido funcionando, porque las habrían accionado los hombres, habrían seguido funcionando mientras la tripulación siquiera con vida. También es cierto que los mástiles habrían caído por la borda, pero en cuanto la tormenta hubiera amainado, habría sido una simple cuestión de carpintería colocar palos sobre los tocones, aparejar unas velas provisionales, reparar el timón y regresar lentamente a casa. El gran avance que

supone un vapor grande y moderno con respecto a una pequeña goleta da la medida de la distancia que debe salvar la tripulación de un vapor, una vez le falla la potencia. El capitán Edwardes, a cargo de ese leño sin vida, al mando de todos aquellos hombres de buena voluntad pero inútiles, era consciente de ello.

El capitán encontró al señor MacDonald en su cabina, todavía (media hora después) cambiándose de ropa. Y juntos regresaron a la sala de máquinas.

CAPÍTULO 5

I

A medianoche, el capitán Edwardes se dirigió al comedor, donde quemaba una lámpara de aceite. El lugar era un desastre, estaba profundamente inclinado, y la parte inferior se hallaba inundada: sillas astilladas y todo tipo de enseres flotaban en el agua, que, en su vaivén, a veces alcanzaba la parte superior. Los oficiales de cubierta, los muchachos y unos cuantos maquinistas, por una vez todos mezclados, se habían parapetado detrás de una mesa colocada en vertical. A nadie se le había ocurrido dormir, suponiendo que hubiera sido posible, y todos esperaban el ansiado periodo de calma, que tanto estaba tardando en llegar. El cocinero jefe, un hombre robusto con pinta de mayordomo, los acompañaba. La poca comida —casi todo galletas— que quedaba en la despensa, la había guardado bajo llave, a la espera de las órdenes del capitán, pues tenía que bastar para los oficiales y la tripulación, ingleses y chinos por igual. La bodega estaba inundada, y de ella no podría sacarse nada hasta que las bombas volvieran a funcionar. Lo único que en la despensa había en abundancia era alcohol, aunque, curiosamente, nadie parecía querer probar ni una gota.

Flotaba en el aire un olor a mar rancio, comida rancia, aire rancio; pero debajo de este olor subyacía otro, amargo, a amoníaco. Era bastante tenue, pero el capitán lo reconocía porque en cuanto se ha olido una vez, ya no se olvida. Era el olor del miedo. Los hombres disciplinados pueden controlar los músculos, incluso las expresiones faciales, pero no pueden controlar la química de sus glándulas sudoríparas.

El capitán Edwardes lo olió, y supo que había que animar de algún modo a aquellos hombres, así que se puso manos a la obra. Sus cejas pobladas asomaban como cuernos sobre sus ojos brillantes, y su cuerpo rechoncho estaba allí plantado como un faro sobre una roca, pues se sentía lleno de fuerza, como un profeta, con suficiente valor

como para repartirlo por todo el barco con un cucharón.

Al inicio de la tormenta, se preocupó, ya que no era ésa la primera vez que su barco terminaba metido de lleno en una borrasca tropical. En una ocasión, cuando era joven, se vio atrapado por un tifón, en su primer mando. No fue una tormenta tan feroz como ésta, desde luego, aunque salió ileso de ella. En cambio, hoy en día, no hay motivo para verse atrapado por un tifón, según dicen los manuales: si eso ocurre, es culpa tuya. Y los armadores creen en los manuales. Además, lo que hizo en aquella ocasión fue deliberado, pues de forma deliberada se metió en la trayectoria pronosticada de la tormenta, mientras que, de haberse quedado donde estaba, la tormenta le habría pasado de largo. Pero el hecho es que se encontró en medio de una compleja red de canales e islas. Puede que no hubiera ni una probabilidad entre diez de que la tormenta lo atrapara, pero si, por casualidad, se daba dicha probabilidad, sin margen de maniobra, la embarcación podía darse por perdida. Por el contrario, si ponía rumbo a mar abierto, había nueve probabilidades entre diez de que la tormenta lo sorprendiera. En efecto, pero con margen de maniobra, no había un peligro real. De ese modo había actuado: salió a mar abierto, la tormenta lo atrapó, y la atravesó sano y salvo. Sin embargo, le resultó difícil justificar su actuación ante los armadores. Al final lo perdonaron, pero no lo olvidaron. Los armadores no olvidan, y si olvidan, sólo tienen que consultar sus archivos para recordarlo todo.

De manera que ahora el infortunio había repetido el incidente, y él se había visto sorprendido de nuevo por otra tormenta, quizá esa segunda vez no lo perdonaran. Claro que en esta ocasión no se había saltado los manuales, al contrario, había hecho todo lo que en ellos se recomendaba, pero, incluso así, se había visto atrapado. No había corrido ningún riesgo deliberado, sólo había sido cuestión de mala suerte. Pero sabía perfectamente que, mientras que un riesgo prudente y deliberado a veces se perdona, el infortunio no se perdona jamás.

Desde luego, se había preocupado, pero sólo al principio, pues la tormenta había alcanzado tal magnitud que ya no tendría que vérselas con sus armadores, sino con su Creador. Aquello lo cambiaba todo. Lo prefería. A partir de entonces era como un artista en busca de inspiración.

La irrupción de los muchachos había sido el punto de inflexión: el momento en que se habían presentado corriendo al puente, valerosos, confiados en su capitán.Eran ellos quienes le habían iluminado. Luego, a medida que la tormenta tomaba fuerza hasta alcanzar aquella envergadura, se avivaba también su llama en su interior: tanto su cuerpo como su mente estaban poseídos de una gran excitación, ni siquiera se paró a pensar en los armadores. En él no había más que una gran euforia, y la conciencia de que, por el momento, sus

capacidades se habían multiplicado.

Pero volvamos al comedor. El capitán Edwardes estaba hablando acerca del inminente periodo de calma.

—Cuando llegue, necesitaremos la colaboración de todos —decía —. Puede que haya algún problema con los chinos. Confío, caballeros, en que se encarguen de ello. Saben, al igual que yo, que este barco no corre ningún peligro si todos cumplimos con nuestro deber. Por la tarde, todo habrá terminado y saldremos a la luz del sol. Pero los chinos no lo saben, piensan que se están hundiendo. Son ignorantes, y les ha entrado el canguelo. Y cuando a un chino le entra el canguelo, se sienta encima de su culo y no hace nada. Es su obligación mostrarles la verdad, caballeros, que vean en sus propios semblantes que nada hay que temer. Sólo entonces harán todo lo que les pidan. Optimismo. Ustedes saben que estamos perfectamente. Bueno, pues que los chinos vean que lo saben.

Un poco más tarde asomó de nuevo la cabeza en el comedor.

—Cuando llegue el periodo de calma, que todos los oficiales de cubierta se presenten en el puente.

Tuvo que decirlo a grito pelado para hacerse oír.

II

Hasta las dos de la mañana no se apreció ningún cambio en el tiempo. Hasta entonces, el viento había soplado del noreste casi en un solo movimiento continuo. Ahora era irregular. Llegaba de todos lados, a ráfagas, como si grandes obuses estallaran a su alrededor. Las ráfagas seguían siendo muy fuertes, pero su dirección resultaba completamente impredecible.

Algunas de esas ráfagas, que llegaban de lo que antes era sotavento con la fuerza expansiva de una explosión, parecían capaces de devolver con su potencia el barco escorado a su posición horizontal. Pero el peso de la carga empapada lo mantenía inexorablemente inclinado, y otras ráfagas, que llegaban del este y del norte, mantenían el casco aún más bajo.

Edwardes sabía que esa zona de caos violento solía ser la señal de la falta de viento del centro de un huracán. Ese centro, por fin, estaba cerca. Quizá la tregua no sería larga: debían estar preparados para cuando llegara. Silbó en dirección al comedor para llamar a los oficiales. Envió a Buxton a hacer una inspección de los camarotes de los chinos.

Buxton aprovechó la oportunidad para recorrer raudo la cubierta de sollado hasta alcanzar el castillo de proa de los «marineros». Era una única sala, grande, con literas en uno de los lados y en ambos extremos, cada una de ellas con una cortina de diferente color, pues los marineros chinos son muy celosos de su intimidad. La sala estaba, por lo general, muy limpia y ordenada, prácticamente nunca olía a nada, y de un mamparo colgaba un calendario chino. Sin embargo, las cosas ahora eran distintas: el agua lo había arrasado todo. No había cortinas, ni ropa de cama, ni calendario, sólo remolinos de agua y unos colchones de paja que flotaban, reventados; y las literas desnudas.

Ni rastro de los chinos.

En el lado opuesto estaban las cabinas de los suboficiales. Éstas, que habían sido concebidas para europeos cuando se construyó el barco, eran más cómodas de lo que se suponía necesario para los suboficiales chinos que ahora las utilizaban —en sentido amplio, cualquier especialista entra dentro de la categoría de suboficial: «haraganes», se les llama en un barco—. También éstas estaban desiertas, salvo la del carpintero. Pero no era él quien la ocupaba, sino el señor Rabb.

Estaba de pie, como si meditara, agarrado a un lado de la litera. El señor Buxton le dijo que se presentara en el puente, y se fue sin esperar respuesta. Buxton se preguntó cuánto tiempo debía de llevar allí: probablemente bastante, se dijo de repente, pues no había visto al señor Rabb por ninguna parte.

El señor Buxton regresó rápidamente a la cubierta de sollado, y luego al castillo central. Fue allí, en los dos espacios abiertos que hay a ambos lados de la sala de máquinas, donde encontró a los marineros chinos. Casi no parecían humanos. Estaban hacinados, como una pila de peces medio muertos en un muelle. Muchos de ellos estaban mareados. A cada golpe de mar aquel amontonamiento se abría e incluso resbalaba de un mamparo a otro, entonces los hombres emitían un débil quejido, lo que venía a corroborar que estaban vivos.

El señor Buxton los miró aterrado. ¿Cómo diablos iba a conseguir que hicieran algo útil? No era buena cosa intentar que se levantaran ahora, mejor sería esperar el periodo de calma, puede que entonces se sintieran mejor. Regresó al puente.

III

Los demás oficiales ya estaban allí cuando llegó. Incluso el doctor

Frangcon y «Chispas», le estaban esperando. El periodo de calma debería de haber llegado, pero, a esas alturas, Buxton comenzaba ya a dudar de que llegara algún día. Sabía que muchos huracanes eran así: no había ningún centro de calma, sólo caos. No todos hacen lo que el Ministerio del Aire dice que hacen. O quizá era que el verdadero centro no iba a pasar por encima del barco. Puede que les rozara un lateral, y eso fuera todo. Observó la mirada del capitán, y reparó que éste estaba pensando lo mismo. Además, el capitán Edwardes estaba llevando a cabo algunos cálculos mentales. Habían tardado en alcanzar el centro un tiempo excesivo: diecisiete horas. Y lo más probable es que tardaran otras diecisiete horas en salir por el otro lado, y en ese ínterin era mucha el agua que podía colarse por las escotillas abiertas. Si entraba la misma cantidad que había entrado hasta el momento, el barco volcaría. Era preciso reparar las escotillas antes de la segunda acometida.

—Empezaremos ahora mismo —dijo—. El viento está amainando. El señor Buxton se encargará de las escotillas de proa, y el señor Rabb de las de popa. El señor Watchett acompañará al señor Buxton. Señor Foster, usted ocúpese del transporte de la madera, los maquinistas ya la tienen preparada. Doctor, usted quédese por aquí.

—Si me deja hablar con los chinos, señor, a mí me conocen más que a los oficiales de cubierta —dijo el doctor Frangcon, cosa que era cierta, pues su interés por las músicas exóticas le había llevado a pasar mucho tiempo con ellos.

—Haga cuanto pueda, doctor.

En ese preciso instante, cuando se dio media vuelta, una pavorosa ola hizo temblar el barco, arrancó la pasarela de estribor, que comenzó a golpear el costado de la nave como un martillo pilón. El capitán Edwardes se arrastró hasta el extremo del puente y bajó la mirada con la ayuda de la linterna para averiguar cuál era la causa de ese estruendo. Supuso de qué se trataba, pero no se le ocurrió cómo sujetar la pasarela. Por suerte, el mar le solucionó el problema: arrancó la pasarela por completo y la engulló antes de que pudiera practicar un agujero en el casco. Después el capitán regresó al puente de mando. Estaba hecho un desastre. Lo alumbró con la linterna. El viento no sólo había hecho añicos las ventanas, sino que también había arrancado los cristales y los marcos, y ahora se colaba por las brechas. Pensó que no había nadie, pero la luz de la linterna mostró a dos hombres que estaban acurrucados con el fin de esquivar las acometidas del viento, como si éstas fueran balas. El capitán Edwardes los iluminó de nuevo. Eran Rabb y Dick Watchett.

Dick, como sabemos, se había quedado encerrado en su camarote, obligado a permanecer inmóvil durante todo el día: eso desde las dos de la tarde, cuando perdieron el rumbo. Durante la primera hora no

había dudado de que el barco se hundía, y la claustrofobia se había apoderado de él hasta casi volverlo loco.

Debía encontrar el modo de superarlo, debía obligarse a pensar en otra cosa. Al principio intentó pensar en Dios, pero Dios era un concepto resbaladizo y vago. Lo mismo ocurría con su casa, la idea también lo evitaba y engañaba. En aquellas horas de tensión, sólo había una cosa capaz de iluminar su imaginación: el cuerpo de Sukie. Descubrió que podía aferrarse a eso. Era algo luminoso y sólido entre tantas sombras.

Sin embargo, al poco rato su pensamiento dio un giro extraño, pues la imagen desnuda de Suki comenzó a adueñarse de él tanto física como mentalmente. En cierto modo, eso le entristeció, porque sabía que si pensaba en ella de ese modo no podría amarla tal como él creía que la amaba. Pero pese a ello, prosiguió de manera deliberada, pues la situación era *muy* apurada, y valía incluso la pena echar a perder su amor si así se mantenía cuerdo.

Finalmente, cuando después de medianoche el viento se hizo más cambiante, una de las fortísimas rachas desatrancó la puerta, y Dick pudo salir. El prolongado esfuerzo de imaginación le había debilitado, y ahora sentía un temor añadido, pues creía que Dios no estaría de su parte. De su cabina, fue directamente al comedor sin pasar por cubierta, y allí se quedó con los demás hasta que recibió la orden de presentarse en el puente.

Al llegar al puente tuvo su primer contacto con lo que la fuerza del viento era en realidad: no lo había experimentado gradualmente, como los demás.

Incluso entonces, mantuvo la calma hasta el último minuto, cuando el capitán impartió las órdenes; estaba a punto de seguir al señor Buxton por la escalera interior en el momento en que aquel espantoso golpe de mar arrancó la pasarela y lo tumbó de cuatro patas. Lo siguiente ocurrió en un santiamén: en vez de bajar junto a los demás, sin apenas darse cuenta entró a cuatro patas en el puente de mando para esconderse. Por supuesto, no sabía que el señor Rabb había hecho lo mismo.

En cuanto al señor Rabb, había ido allí directamente desde el camarote del carpintero chino. Lo cierto es que no se daba cuenta de lo que hacía. Sus acciones eran tan mecánicas como las de un sonámbulo, ejecutadas con la fuerza inquebrantable del puro instinto, igual que un tiburón cuando muerde. Ésa había sido prácticamente su actitud desde el principio, cuando cedió ante el miedo en su primer intento de reparar las escotillas.

Ahora estaba acuclillado en un rincón, el rostro impávido y los ojos cerrados, mientras *Thomas*, con la concentración propia de un artesano y sus ojos nocturnos centelleando como lámparas a la luz de

la antorcha, se esforzaba en vano por volver a abrir aquellos párpados atenazados.

El capitán Edwardes apartó de un manotazo al pequeño lémur igual que se aparta a un buitre de un cadáver. Luego se detuvo unos segundos con el fin de recuperar su extraña y renovada energía, de la que debía servirse para volver a infundir ánimo a aquellas dos figuras derrumbadas.

—Señor Rabb —rugió sin inmutarse—, diríjase a popa y asegure la escotilla número 6. Señor Watchett, diríjase a proa y asegure la número 2 con el señor Buxton.

El señor Rabb ni habló ni se movió, como si no lo hubiese oído. Pero el señor Watchett dijo:

—No puedo, señor.

—¡Yo no doy órdenes que no puedan cumplirse, muchacho! —volvió a rugir el capitán con el mismo aplomo que antes—. Por un momento te ha entrado el canguelo, pero se te pasará. Se te pasará, muchacho. Mira, voy a contar hasta diez. Cuando diga diez, te levantarás. Cuando diga diez, te levantarás sobre tus dos piernas. ¡Maldita sea! Sé que estás bien o no perdería el tiempo contigo. Uno, dos, tres…

Mientras contaba, alumbraba sus rostros con la linterna. Watchett miró a Rabb, y vio por primera vez lo que era el Miedo: su verdadero rostro. A Watchett le asustaba el viento, pero un miedo como el de Rabb era algo que había que temer más que a cualquier viento. Las garras del viento eran más suaves.

—Ocho, nueve…

—Asegurar la número 2 con el señor Buxton —repitió Watchett de manera mecánica, y comenzó a arrastrarse boca abajo, los pies primero, hacia la escalera interior, recobrando el ánimo a medida que avanzaba.

Sin embargo, Rabb no se movió, no parecía que estuviese consciente. Había que despertarlo.

—¡Maldito canalla! —exclamó el capitán Edwardes. Y eso no fue todo, pues le dio una patada y siguió insultándolo, avergonzado de su lenguaje, puesto que no era un hombre dado a soltar imprecaciones, aunque se aferrara desesperadamente a creer lo contrario. Recuperó vocablos que no había utilizado desde que era un muchacho. Sin embargo, lo único que recibió por respuesta fue aquella mirada verde y acuosa, casi luminosa de Rabb. Para el efecto que tuvieron, sus palabras parecían embaucadoras, más propias de una madre.

Pero no podía dejarlo así, porque un miedo como aquél es peor que tener una plaga a bordo, se extiende más deprisa. No se puede tolerar.

En su cabina tenía su revólver. Se dio la vuelta para ir a buscarlo, pues al parecer lo único que le quedaba era disparar. Pero, de pronto, se le ocurrió una idea más inteligente cuando un bandazo, mucho mayor que los demás, sacudió el puente. Soltó un quejido simulado, y se dejó caer en el puente, junto a Rabb, a la vez que se agarraba a él.

—¡Dios mío! —gritó—. ¿Ha oído eso? ¡Va a arrancar el puente! ¡La próxima ola se llevará todo el maldito puente por delante y a todos los malditos hombres que estamos en él! ¡Por el amor de Dios, hombre, vayamos abajo mientras todavía hay tiempo!

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Rabb. Sin emitir ni un solo sonido, con el rostro impávido, se arrastró hasta lo alto de la escalera interior y desapareció. Pero Edwardes lo siguió. Y cuando Rabb volvió a recobrar un estado lo más parecido a la conciencia, se encontró sentado en la entrada del castillo central, supervisando (o eso se suponía) cómo el anciano doctor Frangcon y los tres chinos ponían nuevas escotillas sobre la abertura de la número 6.

Cuando Dick Watchett llegó a la cubierta de proa, tropezó con el señor Buxton en la oscuridad. Buxton se dio cuenta de que estaba temblando.

—¿Qué ocurre, Dick? —preguntó el segundo oficial.

—Estoy asustado —dijo Dick, sorprendiéndose por ser tan explícito.

Sin embargo, el señor Buxton no pareció impresionarse.

—¡Claro que está asustado! ¡Y yo! Pero está aquí, y eso es lo que importa.

De camino al puente, el capitán Edwardes tropezó con otra figura que yacía desplomada en un rincón. Era el joven Bennett, que la tarde anterior por poco se mata al intentar arreglar las escotillas. El miedo también había hecho presa en él. Edwardes no intentó infundirle ánimos. Lo levantó del suelo, lo llevó a su propia cabina y lo colocó sobre la litera.

CAPÍTULO 6

I

Aquellas ráfagas imprevisibles, que no daban muestras de remitir, continuaron durante media hora. Se oía llegar cada racha por su aullido lejano, que iba en aumento hasta que te golpeaba, incluso desde distintas direcciones, dos o tres ráfagas al mismo tiempo. Los tripulantes pronto intuyeron que ésa era toda la «calma» que iban a tener.

La oscuridad era absoluta.

Y sin embargo el trabajo se hacía… *con denuedo*. Buxton y Dick, con una linterna sujeta a la cintura, trabajaban en las escotillas de proa, mientras Foster, el segundo oficial, supervisaba el material. En popa, estaba el doctor Frangcon que, de milagro, había conseguido tranquilizar más o menos a tres chinos, que le ayudaban como podían, si bien no avanzaban demasiado, pues el doctor Frangcon era un anciano y no tenía fuerzas ni práctica en desempeñar esa tarea, por muy buena voluntad que le pusiera. El capitán Edwardes, que seguía de cerca al señor Rabb, bajó también a echar una mano, pero la cosa no fue bien por culpa de los chinos, que consideraron un honor excesivo trabajar junto a su capitán, y al instante pasaron de ser marineros a lacayos. De modo que cada vez que el capitán hacía ademán de tirar o empujar cualquier cosa, seis manos amarillas dejaban lo que estuviesen haciendo, por muy útil que fuera, para tirar o empujar por él. Cada vez que el capitán se disponía a hacer algo, ahí estaban los chinos para hacerse cargo de ello, por lo que el caos era aún mayor.

De modo que el capitán lo dejó correr. Se dirigió a donde se hallaba Buxton, en las escotillas de proa, y mandó a éste (cuya presencia imponía algo menos) a popa.

Buxton tropezó con Rabb, que estaba sentado en la entrada.

—Vaya a proa, señor Rabb —le dijo—, y ayude al capitán con la

número 2.

El señor Rabb se revolvió colérico:

—¿Por qué me elige a mí para eso? ¡Éste no es mi barco! Me ha tomado ojeriza o qué, me obliga a hacer todo el trabajo. ¿Es que no puedo tener ni un momento de paz?

Rabb estaba realmente furioso. ¡Hay que ver! ¡Llevaba trabajando todo el día y toda la noche, de forma inhumana, y venía el segundo oficial a meterle prisa! Pese a ello, se disponía a dirigirse hacia allí, y en verdad tenía la intención de hacerlo, sólo que aquellas asquerosas nubes negras comenzaron a formarse de nuevo en su mente, y el miedo volvió a apoderarse de él. Así que se dijo que primero se tomaría un breve descanso, y bajó por una escalera interior. De improviso se encontró rodeado de chinos, acurrucados como cachorros ciegos, para protegerse del frío. Rabb se detuvo un momento junto a ellos. Su miedo se vio reafirmado por aquella comunión de pánico, y se hizo un hueco debajo de ellos para que nadie pudiera verlo.

II

Una vez hubo asegurado las escotillas, el capitán Edwardes buscó al cocinero para saber si podía servirles algo de comer. Fue entonces cuando se enteró de que no había apenas comida, y ni gota de agua. De modo que, Edwardes y el cocinero, repartieron la poca comida que quedaba entre toda la tripulación y la sirvieron a la luz de la lámpara del comedor. Era un desayuno muy escaso, después de diecisiete horas de ayuno: una o dos galletas por barba, y una pequeña porción de queso holandés. Los ingleses enseguida se conformaron, pero a los chinos se les veía malhumorados, y rápidamente fueron a buscar dinero para intentar sobornar al cocinero con el propósito de que les sirviera raciones extra. El cocinero intentó convencerlos de que no había más comida, que todos habían recibido la misma ración, pero los chinos estaban convencidos de que el capitán se había reservado una porción para los ingleses, y que éstos estarían dispuestos a deshacerse de una parte de ella por un par de dólares.

No obstante, la falta de agua potable era aún más grave que la de comida. Ya he explicado que se accedía a los tanques a través de unas trampillas en la sala de máquinas. Sin embargo, el suelo de la sala de máquinas estaba inundado de agua de mar, y abrir un tanque significaría sencillamente contaminar el agua que hubiera en su interior.

Sólo uno de los tanques de agua potable se encontraba en un lugar

protegido de la inundación, aunque, precisamente ése, por desgracia, estaba vacío. O mejor dicho, técnicamente estaba vacío: todo lo que las bombas habían conseguido vaciarlo. Sin embargo las bombas suelen dejar unos dedos de agua en el fondo. De manera que Gaston y el cocinero desenroscaron la tapa y el primero se introdujo en el interior con cazos y jarras, y extrajo toda la que pudo. No fue mucha, pero resultó mejor que nada, además no había otro modo de conseguir más. Luego, antes de volver a colocar la tapa, dejaron entrar el agua que inundaba el suelo en el tanque para que sirviera de lastre.

Mientras tanto, la embarcación abandonó el centro de la tormenta, si es que a aquello se le podía denominar «centro». Había empezado el segundo asalto del combate. O eso creían todos.

Cuando avanzas hacia el vórtice de un huracán, el viento suele soplar en una dirección. Si lo atraviesas apareces al otro lado, donde, como cabe suponer, el viento sopla en dirección contraria. Cuando el *Archimedessalió* del centro, el viento volvió a estabilizarse, sólo que parecía soplar en la misma dirección que antes.

¿Habían dado la vuelta? Edwardes miró la brújula. No, la dirección seguía siendo la misma. Por lo tanto, el *Archimedes* no había atravesado el centro, era imposible. Se había acercado a él pero luego había reculado, y ahora se hallaba de nuevo en el mismo cuadrante de la tormenta que antes. Eso significaba que la tormenta no había pasado por encima de ellos, sino que ¡estaba arrastrando al *Archimedes* con ella!

Aquellas diecisiete horas que habían debido aguardar para poder escapar de la borrasca habían resultado muy largas y ahora, de pronto, quedaban reducidas a prácticamente nada; un tiempo de lo más anhelado. El capitán Edwardes comprendió que, mientras la fuerza succionadora de la tormenta continuara, debían abandonar toda tentativa de huida, ni diecisiete horas más, ni ningún periodo de tiempo bastarían. Ya no había nada en lo que pudieran confiar.

Con la llegada del alba hubo algo más de luz, pero las cosas seguían sin poder verse. Las salpicaduras del agua —el océano atomizado— lo cubrían todo. Ahora era una noche blanca en lugar de negra. Eso era todo.

Nadie había dormido, pero sólo un hombre había seguido trabajando desde primera hora. Era Chispas.

El mar se había llevado su antena, pero igualmente tenía otros problemas. Se había quedado sin suministro eléctrico, como los demás. No obstante, en lo alto del castillo había un generador que, para casos así, funcionaba a base de parafina, aunque, en aquel momento, una grúa que se había soltado en lo alto del castillo estaba destrozando a golpes el generador de emergencia. Bueno, también había baterías de emergencia en el interior del castillo, cuya vida útil

era de cincuenta horas, si bien los imbornales del castillo estaban obstruidos, y el castillo estaba inundado de agua salada, y cuando las hubo recuperado y examinado, descubrió que las baterías de emergencia, con una vida útil de cincuenta horas, también estaban llenas de agua salada. De modo que, para empezar, se pasó seis horas secando las baterías con un soplete. Luego tuvo que ponerse a secar los principales aparatos de la sala de radio con el mismo procedimiento antes de poder albergar alguna esperanza de conseguir que el Aparato de Transmisión de Emergencia funcionara con una antena de emergencia. Sin embargo, a las nueve de la mañana lo había conseguido. Aquella válvula grande y hermosa se encendió, y el motor ronroneó.

En la transmisión por radio de los barcos, entre los quince y los dieciocho minutos después de cada hora, hay un espacio de tiempo reservado, un espacio durante el cual sólo pueden enviarse señales de socorro. A las nueve y dieciséis, Chispas había conseguido alertar a otra embarcación que se encontraba a unas cincuenta o sesenta millas. Estaba en contacto con ella, y escuchaba el parte meteorológico que ésta le transmitía. Le comunicaba que soportaban fuertes vientos, lo bastante fuertes como para pensar, de no haber sido el mes de noviembre, que se había desatado un huracán en alguna parte, allá por el noreste. El *Archimedes* le respondió que era cierto que se había desatado un huracán, pero no al noreste de donde se encontraban, sino al suroeste.

—No entiendo cómo pueden tener este tiempo —replicó el barco no sin una cierta arrogancia, y antes de que el *Archimedes* pudiera contestar, la radio de emergencia se apagó, pues la sala de transmisiones se había vuelto a empapar de agua salada que había terminado por ocasionar un cortocircuito.

Eran las nueve y media. Bueno, al menos el mundo exterior sabía que el *Archimedes* tenía problemas: el mundo exterior al huracán sabía que se había desatado un huracán. Los armadores, en Bristol, no tardarían en enterarse, y se preocuparían mucho. Era una lástima que Edwardes no pudiera enviarles un mensaje para tranquilizarlos, para informarlos de lo bien que se estaba portando el *Archimedes*, de verdad. No obstante, no había ninguna esperanza de que la radio volviera a funcionar, no mientras el agua siguiera empapándola. Estaban incomunicados, deberían apañárselas solos (y no podrían consolar a los armadores).

Pero el simple hecho de haber establecido comunicación con otro barco ya les levantaba algo el ánimo. Las escotillas que, con tanto esfuerzo, habían conseguido asegurar habían volado de nuevo por los aires. ¿Y qué? La reparación había aguantado al menos un par de horas, lo que suponía dos horas menos de agua entrando por ellas. El

barco tardaría dos horas más en volcar… y eso era importante. Después de todo, si se acercaban de nuevo al centro de la tormenta, podrían volver a repararlas, y, de ese modo, posponer el desastre quizá otras dos horas.

III

Cuando los fuegos se apagaron, nadie se paró a pensar demasiado en los motores, pero ahora empezaban a preocuparse. Vapor. Habían taponado el escape, y si conseguían que el vapor volviera a accionar las bombas podrían hacer caso omiso del agua que bajaba por las escotillas. Era preciso conseguir vapor como fuera: eso pensaban en cubierta.

El capitán Edwardes le dijo al señor MacDonald que volviera a encender los hornos.

Encender los hornos en frío no era una tarea fácil, ni siquiera en el muelle ni disponiendo de una chimenea. Había que precalentar el fuel con sopletes, y eso lleva tiempo. Después había que bombear a mano mientras seguía cayendo agua, bajo presión. Y luego, hasta que no hubiera suficiente vapor para accionar los ventiladores, uno solo podía servirse del tiro de la chimenea. Ahora bien, como no había chimenea, en la sala de máquinas sabían que eso era inviable. Sin embargo el capitán se mostró categórico: era necesario encender de nuevo los hornos, y el señor MacDonald transmitió la orden como si fuera la cosa más fácil del mundo. Y los maquinistas se pusieron manos a la obra como si eso fuera posible, pues no eran quienes para decirle al jefe que aquello era imposible, él lo sabía tan bien como ellos. Y tampoco MacDonald era quien para decirle al capitán que era imposible: lo harían los propios hornos. Ellos se lo mostrarían con toda evidencia.

En cuanto a los chinos de la sala de máquinas, por alguna razón, no habían sucumbido al pánico, al contrario de lo que había sucedido con los marineros chinos. Les parecía una injusticia que el segundo oficial se obstinara en pedirles un precio más elevado de lo que ellos podían permitirse por los suministros de su almacén privado, aunque eso sólo ratificaba su lealtad a sus propios oficiales. Estaban convencidos de que el señor MacDonald se habría contentado con una cantidad razonable, proporcional a sus medios. En caso de necesidad, en un futuro, si el segundo oficial continuaba mostrándose tan avaricioso, se amotinarían para pedir comida, pero aún no había llegado ese momento y, mientras tanto, acataban las órdenes como si

todo fuera normal. Gaston les ordenó que encendieran los sopletes, con los que se precalentaba el fuel antes de encender los hornos. ¿Eran conscientes los chinos de que la tarea resultaría imposible? Sólo el cielo lo sabía. No se pronunciaron ni en un sentido ni en otro, y se dispusieron a encender los sopletes. Trabajaban en la oscuridad, en aquel barco escorado que no dejaba de bambolearse, en una sala de máquinas inundada de una marea hedionda que subía y bajaba a cada bandazo.

Tardaron varias horas en calentar el fuel. Finalmente el jefe dio la orden de encender uno de los hornos. La llama salió disparada hacia atrás, como era previsible, y explotó. El señor MacDonald mandó un mensaje al capitán para que se personara en la sala de máquinas, y el capitán se personó en ella. Nadie dijo nada. Dejaron que fuera el horno quien hablara por sí mismo, y trataron de encenderlo una y otra vez delante del capitán hasta que el fuel caliente acabó derramado por el suelo de la sala de máquinas.

IV

El señor MacDonald por fin había terminado con sus cambios de ropa: volvía a estar de servicio. A los mayores les cuesta más adaptarse a las cosas que a los jóvenes, pero acaban consiguiéndolo. La gran experiencia del señor MacDonald, su tenacidad y, sobre todo, la manera casi física en que estaba ligado a sus máquinas, lo espoleaba a luchar contra la tormenta con un renovado impulso, un impulso psicológico tan poderoso que, aunque tuviese ocasión de relajarse, de descansar, sería incapaz de hacerlo.

El capitán se había marchado, y MacDonald se dirigió a Soutar.

—La caldera auxiliar —dijo.

La caldera auxiliar era una caldera pequeña que se utilizaba para crear vapor en tareas de menor relevancia (los cabrestantes y cosas de ese tipo) en el puerto, cuando no valía la pena encender las calderas principales. La caldera auxiliar está ubicada en una pequeña sala, apartada del resto, encima de la sala de máquinas, junto a la cámara de humos. Cuenta con chimenea propia, un simple conducto de estufa si lo comparamos con la chimenea principal, a la que va sujeta. Al ir unida a la principal, naturalmente su chimenea había volado con ésta. Sin embargo, había quedado en pie poco más de un metro de tubo. Además, puesto que la caldera auxiliar es de tiro natural, no depende de los ventiladores, y ese trozo de chimenea que quedaba en pie *podría* bastar para encenderla.

Así que cuando Soutar les dijo a los demás maquinistas que abandonaran los hornos principales y encendieran el auxiliar, no se lo pensaron dos veces. No era tan descabellado que funcionara. Si lo lograban… bueno, en ese caso habría vapor para las bombas. Quizá también para los ventiladores, y si los ventiladores funcionaban, los hornos principales podrían encenderse, con o sin chimenea. Y el barco dejaría de ir a la deriva. Gaston estaba agotado, pero se puso a bombear a mano el fuel (con el fin de conseguir suficiente presión para que se vaporizara mientras pasaba por la boquilla) como si se tratara de un deporte de señoritos. Bombeó como si estuviera remando en las regatas de Oxford o Cambridge y como si estuviera dispuesto a seguir haciéndolo todo el día si era necesario. El jefe de máquinas no le había dicho al capitán lo que quería hacer: en este momento la sala de máquinas funcionaba por su cuenta, estaban preparando un regalo de cumpleaños para los de cubierta.

A las cuatro de la tarde, la caldera estaba lista para encenderse. Los sopletes habían hecho su trabajo. Gaston había logrado su presión. El jefe dio la orden: la espita de fuel se abrió y acercaron una antorcha a la cavidad acanalada del horno.

Bueno, al principio escupió fuego, igual que habían hecho los hornos principales. Pero los maquinistas no cejaron en su empeño. A lo mejor sólo había sido un capricho del viento: lo intentaron de nuevo. Unas cuantas explosiones podrían resultar beneficiosas si calentaban las cosas: podrían contribuir a crear la corriente de aire.

Podía ser que una de esas explosiones hubiera dañado las boquillas pulverizadoras. Los agujeros que los atraviesan no son rectilíneos, pues hay una rosca en el medio para que el combustible dé vueltas en torno al filete, cada vez más deprisa a medida que se acerca a la abertura, adquiriendo así velocidad. Quizá se había roto. O quizá alguna impureza se había colado por el filtro de calor y había obstruido el paso. O quizá el tiro era insuficiente. En cualquier caso, los propulsores dejaron de funcionar. En lugar de salir vaporizado, o exactamente pulverizado, el combustible salía gota a gota. Aunque lo suficientemente caliente para arder.

Pero los maquinistas estaban demasiado entusiasmados para detenerse. El fuel caliente fluía a través de las puertas de las calderas y se esparcía por el suelo de la sala de la caldera auxiliar, pero seguían intentándolo. Al principio apenas repararon en la fuga, pero entonces el aceite derramado se incendió, por lo que en pocos minutos todo el recinto quedó inundado de fuego líquido, en el que los maquinistas (por fortuna demasiado empapados en agua para incendiarse, de momento) se hallaban inmersos, como si jugaran a una versión salvaje del *snapdragon*.[3]

Con los bamboleos del barco, el fuego iba encaramándose por las

paredes de hierro; se derramaba por ellas como si fuera agua, y también por encima del umbral un poco elevado de la puerta. Y de las boquillas seguía saliendo más fuel. Si el fuego se extendía más allá de esa sala… ¡bueno, el regalo de cumpleaños de los de cubierta sí que sería una buena sorpresa! En ese confinado espacio, y con aquel calor cada vez más intenso, el aire y el fuel no tardarían en formar una mezcla explosiva. Una suerte de flojera paralizadora se apoderó de Gaston. ¿Qué sentido tenía aquello? De este modo todo acabaría rápidamente. ¿Para qué seguir luchando si cada intento de poner a salvo la embarcación desencadenaba un nuevo peligro?

Pero el jefe de máquinas había ordenado rápidamente a los hombres que fueran a buscar los extintores, y la flojera de Gaston desapareció. Aunaron fuerzas para combatir el fuego sin vacilar, intentando sofocarlo con la «espuma». Pero seguía saliendo más fuel, que no dejaba de avivar el fuego. Se intensificaba, trepaba por las paredes, en cualquier momento rebasaría el umbral de la puerta. Pero todos trabajaban de manera metódica, no sólo al azar: acotaban el fuego en pequeñas zonas, iban recortando los bordes, y, por último, intentaban desplazar las llamas hacia un rincón, donde las apagarían, una tras otra. Y al final lo consiguieron.

En aquel momento, Gaston, con una boquilla de extintor en la mano, miró a su alrededor y reparó en que el capitán estaba en la puerta, observándolos. Bueno, ahora los de cubierta lo sabían. La sala de máquinas ya no podía hacer nada más… A partir de ahora, las cosas dependían de cubierta… si es que dependían de alguien.

—Muy bien —dijo el capitán Edwardes—. Salgamos a cubierta. Vuelvan a reparar las escotillas. Nos hallamos en el centro del huracán, exactamente en el centro.

La última llama se había extinguido y mientras el capitán hablaba, los maquinistas volvieron a tomar conciencia del mundo exterior, del que, en la sala de la caldera auxiliar incendiada, se habían olvidado por completo. De repente advirtieron que el ruido atronador de la tormenta había desaparecido para ser sustituido por un silencio que lo envolvía todo como una manta. Sin embargo, aquel silencio encerraba algo extraño: aún debían gritar para hacerse oír, igual que en el fragor de la tormenta. Era como si el silencio fuera, de hecho, una manta, no sólo una ausencia de sonido, sino algo capaz de apagarlo: algo grueso y tupido. Algo capaz de ahogar las voces en sus gargantas y amortiguar sus pasos.

No comprendían que es imposible vivir en medio de un estruendo como el que habían padecido durante horas, sin quedarse un poco sordos.

El aire estaba tan enrarecido que cortaba el aliento, como en la alta montaña; sólo que en esa ocasión no era tonificante, sino húmedo

y deprimente, y caliente hasta casi lo insoportable, incluso para los propios maquinistas. Grandes gotas de sudor, que en aquel aire húmedo no podían evaporarse, se deslizaban por sus labios, cálidas y saladas.

El tormentoso cielo negro era un continuo destello de relámpagos.

Por primera vez desde que la tormenta había alcanzado su punto máximo, pudieron ver toda la eslora del barco. Por primera vez divisaron el enorme cráter que había dejado la chimenea. Grúas derribadas, estayes enmarañados. La cabina de mando parecía un invernadero aplastado. También se percataron de la escora del barco: al principio la notaron, pero luego, a medida que fueron acostumbrándose, casi la olvidaron; no obstante ahora podían ver el horizonte inclinado, todo el océano ladeado en una brusca pendiente, como si estuviera a punto de derramarse por el borde del mundo: tan inclinado estaba que parecía cernirse sobre la amurada de sotavento. El mar también estaba lleno de tiburones, que te miraban desde tu misma altura, o casi; parecía, desde más arriba, como si en cualquier momento pudieran deslizarse por las inclinadas aguas verdes y aterrizar sobre la cubierta, justo encima de ti. Era evidente que algo anhelaban, y lo anhelaban con gran impaciencia.

Pero los tiburones no eran las únicas criaturas vivientes. La destrozada cubierta y las estructuras superiores estaban abarrotadas de otros seres vivos. Vivos, pero inmóviles. Pájaros, incluso mariposas y grandes saltamontes voladores. El tormentoso cielo negro era un incesante parpadeo de relámpagos y, cada cabeza de mástil y el extremo de cada grúa emitían descargas luminosas, como cabellos eléctricos; pero unos grandes pájaros negros estaban posados en medio de aquel escenario, inmóviles. Más arriba, tres buitres de cabeza roja se habían posado sobre la brújula. Un gran pájaro que parecía una grulla, y daba la impresión de tener unas alas demasiado grandes cuando las doblaba, se hallaba sobre un bote salvavidas, desde donde los observaba con indiferencia. Algunas garzas intentaban incluso posarse sobre la amurada de sotavento, inundada en su mayor parte; y los tiburones las atrapaban como si de frutas se tratase. Y había pájaros que parecían golondrinas, hacinados como si se dispusieran a emigrar. Y estaban agrupados sobre cada estay y pasamanos. Pero no para emigrar. Si uno se agarraba a un pasamano para no caerse, ni se inmutaban; había que apartarlos con la mano. Entonces simplemente caían al suelo.

Una capa de aceite negra y pringosa, escupida por la chimenea, cubría las cubiertas. Los pájaros se quedaban adheridos a ella como moscas en papel matamoscas. Los oficiales iban descalzos, y al caminar pisaban continuamente pájaros vivos: no podían sortearlos. No deseo extenderme sobre esto, pero quisiera explicar cómo fue

realmente aquello, y ya no volveré a mencionarlo. Sentías su frágil esqueleto aplastarse bajo tus pies, pero no podías evitarlo, y sus plumas apelmazadas apenas se agitaban.

Ningún pájaro, al ser aplastado, o semiaplastado, emitió un solo chillido.

¿Un respiro? Aquella calma era incluso más enervante que la tormenta. A cada momento llegaban más pájaros. Grandes aves, como garzas, aparecieron en tal cantidad que el capitán Edwardes llegó a creer (se encontraba ya al borde del delirio) que ese peso adicional sobre la superestructura del barco lo escoraría aún más. Se imaginó que, bandada tras bandada, se posaban sobre la nave, y al final, por la acumulación de tanto peso, el *Archimedes* acababa volcando, mientras toda la tripulación se deslizaba por las resbaladizas cubiertas hacia los insaciables tiburones. Unos pequeños pájaros —algunos eran colibríes— no dejaban de posarse sobre la cabeza, los hombros y los brazos extendidos del capitán, y resultaba imposible ahuyentarlos: sus alas zumbaban, y con sus garras, finas como agujas, se aferraban incluso a las orejas de Edwardes.

Sólo si trabajabas podías olvidarte de los pájaros; y por suerte había mucho que hacer, como colocar nuevas escotillas y cubrirlas con toldos de lona. Pero, por muy ocupado que estuvieras ¿cómo ibas a olvidarte de los pájaros si se posaban sobre ti y se te agarraban cuando estabas en plena faena?

Los hombres anhelaban que volviera el viento, pero antes había que acabar el trabajo.

Cuando, por fin, llegó una racha desde el cuadrante opuesto y barrió a todos aquellos pájaros consigo, toda la tripulación quedó profundamente agradecida.

Gracias a Dios, no volvieron a ver ni uno más.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO 7

I

A mediodía del día siguiente, el capitán y el señor Buxton estaban en el puente. Era viernes: desde el miércoles por la mañana se hallaban bajo el foco del huracán. Habían comido algo el jueves temprano, ¿no? ¿Unas galletas y un poco de agua? En cuanto a dormir, llevaban dos noches sin pegar ojo, sin descansar.

El viento volvía a soplar con toda su fuerza desde que se fueron los pájaros.

La falta de sueño provocaba ocasionalmente una especie de punzada en el cerebro del capitán, como si, cada tanto, alguien con unas finas pinzas pellizcara su conciencia. Temía tambalearse y caer si eso iba a más y, cada punzada, además, le provocaba náuseas. Buxton debía de sentir lo mismo, pensó. Así que se volvió hacia él y le dijo:

—Será mejor que descanse un poco.

Buxton entró en la cabina de mando, apoyó los pies contra la bitácora y la espalda contra el mamparo; se sujetó al inerte timón y dejó caer la cabeza hacia el pecho.

Diez minutos más tarde, Buxton se despertó y vio una ola enorme abalanzándose sobre él como un árbol. En un instante estaba fuera de la cabina y corría hacia cubierta, gritando a los hombres que se pusieran los chalecos salvavidas, pues el barco se hundía.

Incluso los que, en medio de aquel estruendo no pudieron oírle, comprendieron qué pretendía decirles.

Los jóvenes, al ver cómo se cortaba las perneras del pantalón a la altura de la rodilla para poder nadar mejor, hicieron lo mismo.

El estado de la mar era aterrador: peor que antes. Uno se daba cuenta de que no eran aguas profundas, pues las olas de fondo libre no se encabritan de manera tan brutal (una ola no es algo que solo tenga cresta, y no fondo como podría pensarse: la forma y las fuerzas de una ola proceden tanto de su parte inferior como de la superior. Y si una

ola encuentra un obstáculo en su parte inferior, acaba rompiendo por arriba).

El capitán Edwardes ordenó que lanzaran la sonda. Los hombres así lo hicieron, pero el viento la arrastró por encima del agua y la dejó casi en posición horizontal. La lectura fue de sesenta brazas. Pero aquello era absurdo: esas no eran unas aguas de sesenta brazas. Tenía que haber unos bajíos. Pero, ¿dónde? Sólo podía hacer conjeturas. Quizá se trataba del banco Serrana, o el Serranilla; en cualquier caso, ¿cómo saber cuál era el nivel normal del agua? Cerca de un vórtice como ése, el océano formaba un gran pliegue, y ellos se hallaban encima. ¡Caramba, aquello podría ser incluso tierra habitualmente firme! Un cayo o una isla; ¡y ellos navegaban por encima, sin sacudidas, y se quejaban de que el mar estaba movido!

Aquellas olas tenían el tamaño y la forma casi de un árbol: árboles que iban a galope, árboles que corrían y se destruían unos a otros, como en un monstruoso juego de corre, corre que te pillo.

Si algunas de esas olas caían sobre cubierta con las escotillas otra vez abiertas, pronto inundarían el barco de agua; y éste empezaría a hundirse. ¡Adelante! ¡Cortaos las perneras del pantalón y poneos el chaleco salvavidas! ¡Y veamos cómo son vuestras magníficas brazadas en medio de estas olas! ¡Olas que caen sobre vosotros desde una altura de veinte metros y pesan quinientas toneladas cada una! ¿Y dónde creéis que vais a ir nadando, en el nombre del Señor?

Una ola había caído sobre cubierta como un inmenso roble que se desploma. Unas cuantas más como ésa y el barco se hundiría.

Entonces llegó otra enorme ola que se abatió sobre el agujero de la chimenea. La zona de abajo debía de estar aún caliente, pues la ola se retiró con mayor rapidez que con la que había entrado: como un surtidor rugiente y negro de hollín. Cuando los hombres que estaban en cubierta vieron el vapor y el hollín comenzaron a gritar: «¡Fuego!». Cuando MacDonald los oyó gritar «¡Fuego!», pensó que algún idiota había intentado volver a poner en marcha la caldera auxiliar, y que esta vez había causado un gran daño. Cuando Buxton oyó que gritaban «¡Fuego!», se acordó de los bidones de alcohol almacenados en el castillo de popa, la única carga peligrosamente inflamable que transportaban; y ahora que todo estaba empapado… pero qué tontería, el alcohol, al quemar, no provocaría humo ni hollín negro, se dijo, subiría hasta el cielo rugiendo al menor chispazo. ¡Menudo estúpido, pensar que el alcohol podía quemar de ese modo!

Debo de estar perdiendo la cabeza, se dijo.

De manera que comenzó a prestar atención a lo más importante, no perder la cabeza: en cuestión de segundos, volvió a recuperar la frialdad y la lucidez. Contempló las gigantescas olas, y a continuación sus pantalones estúpidamente recortados, su absurdo chaleco

salvavidas, y se sonrojó hasta las orejas.

Eso es lo que pasa por dormirse, se dijo.

El aceite era la única opción, y deprisa.

Había letrinas a ambos extremos del barco: a proa letrinas para los maquinistas y los marineros; a popa, letrinas para los peregrinos: los hombres a babor y las mujeres a estribor. Los barcos deberían tener un sistema especial para bombear el aceite a mano en aguas turbulentas, pero carecen de él, y las letrinas, entonces, son la mejor opción. El único problema de las letrinas es el deflector que hay en la parte exterior, que impide que el aceite acabe cayendo fuera del barco.

En la sala de máquinas, junto a la puerta, había un tanque de reserva de aceite. El capitán Edwardes ordenó que lo agujerearan, pues se hallaba en una posición estratégica. El personal chino de la sala de máquinas llenó bidones de veinte litros que hicieron rodar hasta las cubiertas de sollado, hacia proa y hacia popa. Los chinos se negaban a salir al exterior, así los oficiales de cubierta los irían a buscar allí.

Enviaron a Watchett para que se encargara de la letrina de proa.

En ese momento el joven Bennett apareció de nuevo, procedente de la cabina del capitán: se le veía en plena forma. Era un muchacho menudo, no muy fuerte, de modo que lo mandaron a popa, a la letrina de las mujeres, para que vertiera el aceite desde allí, mientras Buxton y el otro joven más robusto, Phillips, les irían abasteciendo a ambos. Bennett tenía un trozo de estopa que utilizaría como tapón, para que el aceite goteara de forma lenta y regular, en lugar de desperdiciarlo echándolo de golpe. Bastaba sólo con un poquito de aceite para controlar unas olas tan encrespadas, e incluso en un barco tan grande, un barril debería durar, por lo menos, una hora o dos.

Bennett se encaminó rápidamente al gran recinto metálico en forma de media luna, con su larga hilera de beques; hicieron rodar un barril detrás de él, y la gran puerta de hierro se cerró de golpe. La oscuridad era total, y el aire estaba cargado de olor a citronela (el aceite esencial se había almacenado allí para evitar contaminar las bodegas). Como el barco estaba escorado, la letrina de estribor estaba casi al mismo nivel del agua, y, en su vaivén, el mar se colaba por el respiradero, borboteando como el desagüe de una bañera gigante, arremolinándose en torno a las rodillas del muchacho, que, presa del pánico, corrió hacia la puerta, pero ésta no se abrió: el pestillo exterior de hierro era curvo, y el ángulo en el que el barco estaba escorado lo mantenía cerrado, por lo que sólo podía abrirse desde el exterior. Si el barco se bamboleaba un poco más, el camarote se llenaría de agua y él se ahogaría. Los mineros de carbón, en caso de accidente, a veces se han salvado de morir ahogados por la presión del aire: se han refugiado en el extremo de una galería ascendente, y el

agua no ha conseguido subir hasta su nivel, porque el aire no tenía por dónde escapar. Pero, según las normas, las letrinas estaban bien ventiladas; en realidad habían sido concebidas para que cualquiera pudiera acabar ahogado en ellas, como un ratón en una ratonera.

Bueno, tanto daba; en aquel momento el agua no le llegaba más allá de las rodillas, y sólo de vez en cuando. De manera que se puso a trabajar. Fijó el tapón de estopa, agujereó el bidón y el aceite comenzó a salir. Era incapaz de saber si lo estaba haciendo bien: eso sólo lo sabían los de fuera.

Los de fuera pudieron constatar que el efecto del aceite era sorprendente. Una fina película, de apenas unas pocas partículas de grosor, una vez extendida, inmovilizaba millones de toneladas de agua. Enormes olas de agua acometían el barco como catedrales enloquecidas, y el aceite se derramaba sobre ellas: y entonces se ondulaban, descendían y pasaban de largo, inofensivas como el pecho de una mujer. Y aunque las olas rompieran, no eran más que agua mansa, inofensiva.

Una hora después, la mitad del bidón de Bennett se había consumido, y nadie le trajo ningún otro.

No le trajeron más porque en aquel momento no podían. El viento había alcanzado uno de sus peores paroxismos. Un hombre podía cruzar la cubierta de sollado si emprendía una desaforada carrera con las manos vacías, pero no cargando con un bidón de aceite. De manera que los maquinistas empezaron a verterlo desde el centro del barco, con baldes. Un desperdicio; pero mejor eso que nada, se dijeron.

Un desperdicio, y bastante menos eficaz. Pronto comprendieron que alguien debería llevarle otro bidón a Bennett. Así que el segundo oficial y Phillips aceptaron el reto, y aprovecharon la más mínima ocasión para echar a correr con un bidón cada uno, aunque parecía imposible.

Phillips estaba mirando hacia otro lado cuando el segundo oficial hizo su intentona, y al volver la vista, éste había desaparecido.

¿Desaparecido? Eso podía significar que se había caído por la borda. Phillips soltó el bidón y echó a correr hacia el comedor. «El segundo ha caído por la borda», gritó por la puerta. Los pocos maquinistas que había en el interior, lo escucharon con cortesía, pero no se inmutaron. Luego Phillips regresó corriendo, cogió su bidón y se dirigió al castillo de popa: como creía que era el único que quedaba, no veía otro remedio, aunque dudaba de que consiguiera llegar a su destino.

Pero lo consiguió, y al abrir la puerta, Buxton cayó sobre él. Phillips estaba tan convencido de que Buxton se había ahogado que la impresión que le causó ver al segundo oficial vivo casi provocó que acabara cayéndose él por la borda.

Ahora Bennett tenía dos bidones: suficiente aceite como para que durara hasta el anochecer. Se puso manos a la obra.

Es humano enorgullecerse de lo que uno hace, pues desea hacerlo bien. Es una de las mayores satisfacciones que comporta el esfuerzo: el orgullo en perfeccionar los medios, no sólo en perseguir el fin. Esperamos que los artistas y los poetas posean ese orgullo: podemos comprender que un buen artesano —carpintero o marino— también lo tenga. Pero lo cierto es que es algo bastante común en casi todos los hombres, sea cual sea su trabajo. El basurero está orgulloso de la clase de residuos de los que se ocupa. El pocero sabe que de todos los despreocupados transeúntes que pasan por encima de su cabeza, ni uno solo, ya sea duque o taxista, es capaz de desatascar una cloaca de una manera tan diestra como él. ¿Habíais pensado que la tarea de Bennett era un trabajo monótono: dejar que goteara aceite lentamente por una letrina medio inundada y en penumbra? En absoluto. A medida que pasaban las horas, su técnica mejoraba. Y esa mejoría era fascinante en sí misma. Cuánto aceite debía dejar caer cada vez, a qué distancia y con qué frecuencia retirar el tapón de estopa para que el chorro pudiera manar. A qué aferrarse cuando el agua subía. ¿Habíais creído que se aburría? No. La verdad es que el muchacho permaneció en su puesto, y estuvo vertiendo aceite sin comer ni descansar a lo largo de veinte horas, hasta el mediodía del sábado; y aunque, al final, estaba tan cansado que se había quedado dormido de pie, no se aburrió ni un solo momento.

Tampoco pasó mucho tiempo antes de que los sueños y la técnica terminaran entrelazados.

Lo más frecuente era que se imaginara en un aula universitaria, donde un aburrido profesor peroraba sobre el vertido de aceite. A veces era él quien explicaba con frases precisas todo el arte del vertido de aceite, los pros y los contras, mientras una audiencia extasiada de estudiantes apuntaba en sus cuadernos sus secciones, subsecciones *a* y *b*, sus corolarios y salvedades.

Entonces su mente pegaba una sacudida y descubría que estaba haciendo lo que creía que estaba diciendo. A continuación se deslizaba lentamente por la pendiente de la conciencia hasta que de nuevo creía estar diciendo lo que en realidad estaba haciendo. A lo largo de esas veinte horas, en ningún momento se le pasó por la cabeza abandonar. En ocasiones resulta muy difícil trazar una línea entre un héroe y un artista. Sin duda fue el vertido de aceite lo que salvó el barco en aquel momento. Sin duda fue la tenacidad con que Bennett se mantuvo en su puesto en la letrina de popa, y Watchett en la de proa, lo que aseguró el éxito del vertido de aceite.

Cuando el tanque de aceite de la sala de máquinas se acabó, los maquinistas rompieron uno de esos ventiladores curvos de los que os

he hablado —los que están en las cubiertas laterales y ayudan a despejar los gases de los tanques de fuel que hay abajo—, y cogieron el aceite de allí con baldes.

II

Quizá no había sido una buena idea haber llevado a los chinos de la sala de máquinas a cubierta. Abajo estaban bien, pero ahora se daban cuenta de la apurada situación en la que se encontraban, y eso no era nada positivo. Pues al poco se negaron incluso a acarrear el aceite hasta el abrigo del castillo central. No se sumieron en un letargo como los hombres de cubierta, sino que se habían vuelto un poco desagradables. Ellos no habían firmado un contrato para acabar así. Si suponían que tendrían que pasar por una circunstancia como aquélla, los ingleses deberían haberles advertido. Los ingleses debían haberlos puesto al corriente, a la firma del contrato, de que iban a enfrentarse a una tormenta de tal magnitud. Habían roto el acuerdo: eso equivalía a una mentira. Eso, además del timo de la comida (ahora tenían mucha hambre), era mucho más de lo que podían soportar. Aunque no dieron demasiadas muestras de ello, todos estaban dispuestos causar un serio problema si la gota colmaba el vaso.

El señor MacDonald no sólo tenía especial sensibilidad por sus máquinas, sino también por sus hombres, y enseguida comprendió que la lealtad que éstos le profesaban había desaparecido. No podía ya confiar en ellos. Eso no le hizo ningún bien. Giraba la cabeza de forma repentina, con una mirada furiosa en sus ojos, enrojecidos e irritados, con el fin de comprobar si había algún chino a sus espaldas. Esa situación también ponía nervioso a Soutar. Se daba cuenta de que MacDonald estaba tenso con los hombres; y eso no le gustaba. Si los chinos le creaban algún problema, ¿le permitiría darles un par de mamporros? ¡Dios mío, como le gustaría tener esa oportunidad! ¿A qué venía que el jefe se preocupase tanto por eso? ¿Tenía *miedo* de ellos?

Dos chinos, de semblante rígido y colérico, se interpusieron en el camino de Soutar mientras éste hacía rodar un bidón. Con un reniego que le salió en falsete les lanzó una patada… y falló. Los dos chinos desaparecieron. Pero MacDonald lo vio y la tomó con él.

—¿Empieza a desconfiar de los hombres, señor Soutar? —le preguntó—. ¿Es que no puede contenerse?

¡Desconfiar de sus hombres, él, cuando el jefe era el primero en estar aterrorizado!

Una cólera contenida surgió entre ambos hombres, que se miraron airadamente: MacDonald, con la mitad de su bigote gris chamuscado en la sala de la caldera auxiliar, y los ojos enrojecidos e inyectados en sangre, y Soutar, con su cara blanca y pastosa arrugada, y un tono de piel negruzco, como si por las venas le corriera tinta diluida, mientras sus pocas pestañas quedaban prácticamente ocultas bajo sus párpados hinchados.

En ese momento Gaston le habló con calma al jefe.

—He conseguido agua, señor —dijo—. No mucha, pero la suficiente para mojarse los labios.

¡Agua! ¡La primera que conseguían en un día y medio! Tan solo oír esa palabra, sus glándulas salivares sufrieron una punzada de dolor.

—Se me ocurrió desenroscar las válvulas de los cabrestantes —explicó Gaston—. Allí se había condensado un par de tazas de vapor de agua.

(Se debía, naturalmente, al enfriamiento del vapor que antes los había hecho girar.)

Así que eso fue lo que hicieron en ese instante. Sacar el agua de los cabrestantes con el mismo cuidado que si extrajeran oro de la gravilla. Por fin, todos los hombres pudieron mojarse los labios. Todos, salvo Watchett, que seguía vertiendo aceite en la letrina de proa, y Bennett, que continuaba en la de popa. Nadie se acordó de ellos.

Cayó la noche, y la oscuridad pasó una vez más de blanca a negra. El mar seguía embravecido: sin duda deberían continuar toda la noche vertiendo aceite.

Edwardes, con una pequeña linterna eléctrica, observó el montón de notas que un día se convertiría en el cuaderno de bitácora oficial del barco. Las había garabateado en el dorso de los impresos de telegrafía, y las había colocado en el anaquel de las banderas de señales del puente. ¿Cuál era ahora su situación? Imposible saberlo, salvo que se guiara por el instinto. No se veían estrellas ni tampoco el sol, ni había la menor esperanza de verlos. La tormenta los arrastraba, y la pregunta era: ¿hacia dónde los llevaba? En cualquier caso, la trayectoria era tan errática que nadie podía saber adónde se encaminaban. De todos modos, ese bajío debía de haber sido Serrana o Serranilla, pero ¿dónde acabarían? Los huracanes, tarde o temprano, suelen tocar tierra. Cuando éste llegara a Cuba, Yucatán, o Florida, ¿seguirían ellos dentro?

CAPÍTULO 8

I

Nadie olvidaría la noche que vino a continuación y, sin embargo, tampoco la recordaría nadie con claridad.

Dick lo tenía más fácil que Bennett para mantenerse despierto: como no había dormido en absoluto, su estado de vigilia permanecía intacto, si bien en otros aspectos estaba peor. El castillo de proa estaba más castigado que el de popa. Unas olas de mayor tamaño se colaban por el respiradero. Además, la letrina de proa se había utilizado hasta que se desató la tormenta. Sin embargo, Dick no se había quedado encerrado como Bennett, porque la puerta había sido arrancada de cuajo.

Le dolía la cabeza, y la lengua no era plana y húmeda en la boca sino redonda y seca. Por eso, intentaba abrirse paso entre sus labios, igual que el fino extremo de una cuña. Sólo que no podía, pues cada vez la lengua se quedaba pegada a los labios, como si la hubieran embadurnado con el mejor pegamento, y había que soltarla poco a poco para que no le desgarrara la piel.

—¿Ves? —le dijo a Sukie—, tienes que ir con mucho cuidado. Si se pega a la piel, la arranca. Debes hacerlo muy suavemente, adelante y atrás… eso la libera, y así puede volver a la boca.

Pero Sukie no decía nada, aunque sin duda debería haberle interesado. Sukie ni siquiera lo miraba, canturreaba una melodía. Le daba igual. De manera que con un esfuerzo mental la apartó de su pensamiento; la desplazó un poco más de un metro hacia arriba y ligeramente a la izquierda. A aquella altura, Sukie no tenía donde sentarse, pero allí estaba de todos modos, en la misma posición que antes. No obstante, Sukie no tardó en encontrar un lugar donde sentarse, pues Dick se percató de que ahora estaba en la boca de una gruta cubierta de helechos. De manera que con un espasmo de placer levantó su bidón de aceite y entró a través de ella en la gruta, vertiendo aceite a su paso (para poder encontrar el camino de vuelta,

se dijo).

—¿Ves? —le dijo cuando volvieron a encontrarse, unos cien metros más allá de la entrada de la gruta—, verter aceite de este bidón es mi trabajo.

—Claro —dijo Sukie, e inclinándose hacia delante lo miró a los ojos, y acercó los suyos, hermosos y fríos, hasta casi tocar los párpados salobres e hinchados de Dick—. ¡Oh, claro! —volvió a decir Sukie, y, dando media vuelta, se alejó brincando sobre sus pies extraordinariamente largos, moviendo, nerviosa, las orejas.

De manera que Dick agarró el tapón de estopa que parecía estar al final de la gruta y lo quitó; y esta vez salió muchísimo aceite. Debo ir con más cuidado, se dijo, a este paso se me acabará demasiado pronto.

Pero sólo había agotado la mitad del bidón, y en ese preciso instante el segundo oficial y Phillips llegaron con dos nuevos bidones.

—Guarde uno de reserva —le dijo el segundo oficial—. Son órdenes del capitán.

—Muy bien, señor —balbució Dick, pero la lengua le dolía demasiado. Cuando habló con Sukie, la lengua no le había dolido nada.

II

La carretera que comunica la estación de Fakenham con el pueblo pasa a través de un prado con sauces.

En la época de Dick todavía la recorría una vieja tartana, que hacía el trayecto de ida y vuelta, para ir a recibir el tren. El caballo nunca aceleraba el paso, ni jamás se veía subir ni bajar a nadie del carro; éste estaba pintado de negro, pero en el cristal de la ventanilla de atrás había pintadas unas azucenas transparentes.

Después de los sauces se llega a un taller de impresión y finalmente al pueblo.

En la plaza del mercado hay una farmacia, el farmacéutico es un hombre que llegó allí hace mucho tiempo, y que conoce los nombres tradicionales de las cosas. Sabe que *sal prunella* es sólo nitrato de potasio, al que le han extraído el agua. Eso tenía su utilidad. La madre de Dick, por ejemplo, había encontrado un viejo libro de cocina, escrito por varias manos, que contaba, por lo menos, con doscientos años de antigüedad, y quería probar la receta de Mrs Estrigge para curar jamones de Westfalia. Así que copió los extraños nombres de los ingredientes en un papel y mandó a Dick que cogiera su bicicleta y

fuera a buscarlos a la farmacia.

En aquella época, a Dick le gustaba muchísimo tener cualquier excusa para utilizar la bicicleta, pues era la primera que tenía, y aún estaba nueva. Desde que era un niño, su abuelo, para no malcriarlo, le había dicho que no podría tener una bicicleta hasta que cumpliera once años, pero Dick la había deseado desde que tenía cinco con fervoroso anhelo.

Sin embargo, el abuelo era inflexible. De modo que, cuando se dirigía a la escuela, sus pasos iban al trotecillo, subía las rodillas a lo *haute école*, doblaba los brazos a la altura de los codos y extendía las manos, sujetando un manillar imaginario y apretando un timbre imaginario en cada esquina. De hecho, aquella bicicleta imaginaria era tan real para él que había que ser muy estúpido para no verla. Nunca superó el desprecio que sentía por el viejo rector de Bensham, a quien se encontraron un día en que él fingía ir en bicicleta por delante de su madre.

—¡Acabo de ver pasar a su hijo —gritó el rector amablemente cuando se cruzaron en el camino— montado en su *caballo*!

Cuando, por fin, tuvo la bicicleta de verdad, Dick solía pasear con su abuelo. El anciano, a sus setenta años, seguía siendo un ciclista entusiasta. Solía decir que podía recorrer la misma distancia que cuando era joven. Y probablemente era cierto, pues a medida que él envejecía, las bicicletas mejoraban. En los tiempos de su vigorosa juventud se había manejado con auténtica pericia en un velocípedo. Después vino la bicicleta «segura», pero ésta tenía una rueda fija, y cuando bajabas una cuesta tenías que quitar los pies de los pedales si querías bajar a «pedal libre»; aunque la gente prudente evitaba quitar los pies de los pedales, pues comprendía que éstos actuaban principalmente de freno.

A continuación vino el piñón libre; luego el cambio de tres velocidades, a tiempo para la última bicicleta que tuvo su abuelo. Y la primera bicicleta de Dick, por supuesto, tuvo todas esas cosas.

Un día, después de la muerte de su abuelo, Dick encontró el viejo velocípedo, en un rincón del cobertizo. Aún estaba recubierto de una pintura verde de primera clase. Pero el tornillo que sujetaba el sillín al primitivo resorte estaba oxidado, por lo que le costó mucho volver a colocar el sillín en su lugar. También los neumáticos estaban muy

deteriorados. No eran más que tiras de caucho estrechas y

alargadas, como ruedas de cochecito para niños. El caucho había perdido elasticidad, y aquellas tiras se salían de las ruedas en cuanto se ponía en marcha la máquina, de manera que Dick tuvo que sujetarlas con un alambre para que no se cayeran.

Sin embargo, cuando intentó montarse sobre aquel armatoste

descubrió que entrañaba una dificultad casi imposible de sortear: apenas había recorrido dos metros cuando salió despedido. ¡Dios santo! ¿Eso era lo que utilizaba su abuelo habitualmente para pasearse por el condado? Mientras se frotaba las pantorrillas reflexionó que, a fin de cuentas, su abuelo no había nacido siendo ya un viejo, antaño debió de ser incluso ágil, como él.

Había visto fotos de su abuelo, con sus patillas negras y sus pantalones bombachos, posando tranquilamente sobre aquel mismo artilugio. Pero siempre había dado por sentado que dicho artilugio debía de ser fácil de montar, dado que su abuelo lo había podido hacer (como el triciclo que el viejo archidiácono Bubble utilizaba para dirigirse a la iglesia cada domingo, a paso de tortuga). De modo que le molestaba mucho que aquella máquina, que su abuelo había montado tiempo atrás con tanta desenvoltura, le lanzase por los aires una y otra vez. Por eso, decidió dominarla.

Y eso implicaba una práctica secreta y prolongada. Al final, naturalmente, lo consiguió.

Llegó el día del partido de críquet, todo el mundo estaba muy excitado y con ganas de improvisar números cómicos. Así que Dick se fue a su casa y se vistió con algunas ropas muy anticuadas de su difunto abuelo. Luego sacó el velocípedo y ejecutó un número realmente cómico, paseándose por la plaza del mercado de manera bufonesca mientras ambos equipos lo aplaudían y se reían. Se sintió un tipo bastante listo por conseguir que la gente se riera de aquel modo, aunque no se sintió tan listo cuando reparó en su madre allí, de pie, viendo cómo se burlaban de su difunto padre, que tanto había querido a su nieto. Fue un momento bastante embarazoso.

Casi tan embarazoso como aquella otra ocasión, en que le pareció que su madre le había oído jactarse de lo que había hecho durante la Sagrada Comunión. Dick les contaba a otros muchachos que aquel domingo se había bebido todo el vino del cáliz: el rector intentó impedírselo, pero él siguió bebiendo. No era verdad: lo cierto es que siempre se comportaba en la iglesia con el mayor decoro, y, de hecho, era un chico muy devoto y creyente, sobre todo por lo que respecta al dogma de que el Espíritu Santo estaba presente en la Comunión. Pero lo cierto es que se había jactado, en un arrebato de insolencia, para no ser menos que los granujas que lo estaban escuchando… Y, entonces, al darse la vuelta, vio a su madre justo detrás. ¿Qué iba a hacer? Quizá no había oído nada, de modo que no podía hablar con ella a solas y asegurarle que no era cierto. Tenía que esperar a que ella diera el primer paso. Pero ella no dio ningún paso y no mencionó ese episodio jamás. ¿Significaba eso que no lo había oído? ¿O que estaba demasiado escandalizada para poder hablar? La incertidumbre hizo que la evitara; y por primera vez en su vida, Dick comenzó a cerrar

con pestillo la puerta del cuarto de baño mientras se bañaba.

La mayoría de muchachos suele comportarse de manera devota el año de su Confirmación. Dick, probablemente, era más devoto que los demás, debido a sus experiencias infantiles, pues cuando era niño descubrió que si rezaba por algo que deseaba con todas sus fuerzas, casi siempre lo conseguía. Y, si no iba a conseguirlo, nunca se quedaba con la duda: Dios se lo hacía saber enseguida, incluso mientras aún estaba rezando; aunque, por regla general, Dios le concedía todo lo que pedía. Y él, por su parte, impulsado por un devoto pudor, nunca hacía peticiones desmedidas (jamás pidió la bicicleta antes de obtener el permiso de su abuelo, por ejemplo, pues Dios y su abuelo tenían demasiado en común). También descubrió que Dios era un fiel compañero, siempre a mano, cuando lo invocaba en los pasillos oscuros o al subir escaleras en penumbra.

No quiero decir con ello que ese niño viviera siempre en estrecha comunión con su Dios, que nunca sintiera dudas, y nunca pensase que Dios le fallaba. Los niños sólo sienten una fe *implícita* en aquello que crean con su propia imaginación, como un amigo imaginario o un león entre los arbustos. Cualquier existencia, como la de Dios, que llega a su experiencia desde el exterior, probablemente tendrá más luces y sombras. Su madre le había dado su palabra de que existía un Dios, y su palabra quedaba respaldada por la prueba de sus plegarias atendidas, o de la compañía que sentía cuando se hallaba en la oscuridad. Pero las pruebas no son lo mismo que la experiencia palpable: Dios no podía ser un hecho tan cierto como su bicicleta imaginaria. Nunca pudo visualizarlo, más allá de la fugaz visión de unas patillas negras y unos bombachos apretados.

No obstante, con el tiempo esas creencias, esas dudas, alcanzaron un punto culminante. Por el asunto del reloj.

Tenía diez años entonces, e iba a la escuela para chicos. Recorría el camino a pie, solo. Parte de él discurría por un sendero privado, al final del cual, para impedir el tráfico, había una barrera: una barra de andamio apoyada sobre unos caballetes. Dick, tanto a la ida como a la vuelta, a menudo hacía gimnasia durante unos minutos en esa barra. Y mientras ejecutaba volteretas en ella, solía dejar su reloj cuidadosamente en el suelo.

Una noche, cuando se fue a la cama, reparó en que no llevaba el reloj en el bolsillo. De pronto cayó en la cuenta de que no lo había recogido tras sus ejercicios de gimnasia en el camino de vuelta. Habían transcurrido ya unas horas. Era un camino concurrido: habría sido inconcebible que alguien no hubiese encontrado el reloj y se lo hubiera llevado. Y sin embargo… ¿valía la pena asegurarse? Se levantó de la cama y se arrodilló junto a ella.

Antes de mencionar el reloj, le dijo a Dios con toda franqueza que

últimamente había dudado de su existencia en muchas ocasiones. Quería zanjar la cuestión. Que ésa fuera la prueba definitiva. Ya he comentado que un cierto recelo le había impedido siempre pedir cosas demasiado difíciles, nada que pudiera revestir un aura de milagro. De manera que todas esas plegarias atendidas podían ser sólo pura coincidencia. Sin embargo ésta iba a ser distinta: aquí sí habría mucho de milagro, pues exigiría actuar sobre el pasado. ¡Le estaba pidiendo a Dios que vigilara su reloj durante todas aquellas horas que ya habían transcurrido! Como prueba definitiva era perfecta y, por su parte, estaba dispuesto a hacer una promesa. Si, contra toda probabilidad, Dios le custodiaba su reloj, lo ocultaba de las miradas de los que habían pasado y de los que pasarían por el camino, y él lo encontraba en el mismo lugar, al día siguiente, por la mañana, cuando fuera a la escuela… bueno, entonces haría la irrevocable promesa de que, mientras viviera, jamás volvería a dudar de la existencia de Dios. Ésa fue la esencia de su plegaria.

Por la mañana encontró el reloj justo donde lo había dejado, en el camino. De manera que a partir de entonces se vio comprometido a creer en Dios durante el resto de su vida.

Es curioso que, tras haber logrado algo milagroso mediante la oración, no lo intentara más veces. Pero siempre le asaltaba el mismo escrúpulo. Aquella había sido una ocasión especial, necesaria para zanjar sus dudas de fe. Ningún otro milagro —por convencido que estuviera de poder conseguirlo mediante la oración— estaría justificado. Hizo caso omiso de algunas tentaciones, como la que le acometió un día en que todos los niños tuvieron que quedarse recluidos en la escuela por culpa de una tarde de lluvia: la tentación de volar lentamente por el aula. Ésa era evidentemente reprobable y, por tanto, fácil de resistir. Pero surgió otra que no le resultó tan fácil de sobrellevar.

Un día, al salir de la oficina de correos, delante de su madre, se topó con una especie de carrito plano, tan plano como una mesa, sobre el cual yacía una niña en camisón, como si estuviera en la cama. Ya la había visto antes, de lejos, transportada por las calles de ese modo. Su madre le había dicho que aquella niña padecía una enfermedad de la columna vertebral, y que nunca volvería a caminar, pues ni siquiera era capaz de incorporarse, pero Dick nunca la había visto tan de cerca. Tenía la cara pálida y húmeda, y una expresión de orgullo en el rostro.

De pronto, un pensamiento se apoderó de él. Sólo tenía que extender la mano y tocarla, y se levantaría curada. Levantó la mano, con ademán de posarla sobre la niña. Pero entonces tuvo reparos. Podía hacerlo, pero no tenía derecho. Y al mismo tiempo le invadió una sensación distinta al reparo. Si lo hacía: ¿cuál sería la

consecuencia? Un niño que ha obrado un milagro en una concurrida calle no puede hacer como si nada y seguir viviendo como los demás niños. Se habrían acabado los dulces y las peleas de bombas de tinta. A partir de entonces debería vivir apartado de los demás: su vida se vería constreñida a una santidad extrema, y debería consagrarse a salvar la humanidad de sus pecados. No es sólo el Demonio quien compra almas: si Dios hiciera eso por él, vendería su alma a Dios a ese precio, y debería consagrar cada instante de su futuro al servicio del Señor.

¿Sería capaz de probar ese cáliz?

Bajó la mano y pasó de largo, con el corazón apesadumbrado, pues era consciente de que dejaba abandonada a esa niña a más años de dolor y, con el tiempo, a la muerte. Puede que obrara correctamente, pero no dejaba de ser un asesinato.

Supongamos que ella supiera que Dick poseía ese poder: ¡que supiera que se negaba deliberadamente a salvarla!

Pero por entonces su madre ya le había dado alcance, y su siguiente parada fue en el quiosco de periódicos, donde le compró media onza de aquel surtido de dulce de regaliz que tanto le gustaba.

III

La promesa que le había hecho a Dios parecía bastante fácil de cumplir para un niño de diez años. El problema fue que Dick no siguió siendo siempre un niño de diez años: creció. Y cuando creces, parece que Dios también tiene que crecer. Naturalmente, eso no se lo advirtieron: que el Dios en el que había prometido creer para siempre era un dios para niños.

A los quince años, cuando se preparaba para la Confirmación, la idea de Dios que se le enseñaba para que creyera en ella era muy distinta: una especie de omnipotencia indeterminada que jamás interfería con la ciencia, no porque no pudiera interferir, sino simplemente porque estaba por encima de esa clase de cosas, y pretendía que nos aprendiéramos la ley de Boyle, etc.: una santidad vaga e ilimitada que realmente prefería la Iglesia de Inglaterra a cualquier otra, pero que, por contra, encarnaba también los mejores principios de todas las religiones (sobre todo el budismo y el islamismo). En definitiva, ya no era ese Dios al que le pedías pequeñas prebendas, como que te cuidara el reloj perdido o te ayudara a ganar un partido de fútbol. De hecho, forzosamente debía ser un tipo de dios distinto. Y —ahí aparecía la dificultad— *no* era el Dios en el que se

había comprometido a creer, porque no era el Dios que había corroborado su existencia mediante aquellas pruebas que él recordaba tan vívidamente.

¿Qué hacer, entonces? Todo el mundo asumía que a su edad ya no podía creer en el Dios de su infancia. Esa fe estaba bien para un niño, pero no para un muchacho inteligente y culto. De hecho, si intentaba mantener esa fe a lo largo de la vida, las personas más religiosas —empezando por el afable anciano a cuyas clases asistía— lo verían con malos ojos. Si continuaba creyendo que Dios estaba de su lado, pensarían de él que era un vulgar fanático, cuando no directamente un malvado. Dios, decían ahora, no estaba del lado de nadie.

Bueno, pues ellos lo sabrían mejor, así que Dick se aplicó a intentar creer lo que le enseñaban, en contra de su instinto: a creer en ese nuevo Dios. Al parecer, lo único que podías solicitar de ese Dios en tus oraciones era la Gracia: a saber, para que te hiciera mejor persona. Así que en sus oraciones sólo pedía la Gracia. Pero no obtenía muchos resultados, cosa que tampoco le sorprendía demasiado: pues la única plegaria de su infancia que no había sido atendida era esa fórmula que expresaba cada noche: «Haz que sea bueno». Nunca le pareció que su comportamiento del día siguiente hubiese mejorado en algo.

IV

Había anochecido. Dick llevaba diez horas vertiendo aceite, estaba harto. Lo hacía de manera mecánica, de modo que no podía refrenar sus pensamientos. Y sus pensamientos se centraban ahora en las finas planchas de acero que eran lo que lo separaba de la violencia de las aguas. Una vez más, tuvo miedo. Qué confiada era la gente que construía barcos y daba por sentado que flotarían, incluso sobre millas y millas de agua. Era una cuestión de pesos, desde luego. Decían que el peso del barco equivalía exactamente al peso que desplazaba. Pero en su mente, un tanto aturdida, el mero equilibrio no parecía de pronto tan tranquilizador. Algo que está en equilibrio es susceptible de volcar. El velocípedo, si uno sabía cómo, podía mantenerse en equilibrio. Y sin embargo, Dick lo había volcado más de una vez. Supongamos por un momento que el barco volcara. Es decir, supongamos que adquiriera un peso mayor, o que el agua se volviera más ligera. Se iría a pique como una piedra. Qué necia es la gente que sigue construyendo barcos tan grandes y los envía a alta mar, dando por sentado que todos flotarán sólo porque uno lo ha hecho ya, y que porque un barco flota un día, flotará al siguiente; no se paran nunca a

pensar en lo fácil que resulta desestabilizar ese equilibrio de pesos.

De hecho, en sus cavilaciones no veía motivo alguno por el cual el *Archimedes* no dejara de flotar de repente en cualquier viaje, aun prescindiendo de la tormenta.

¿Tormenta? Rebobinó y reconsideró sus pensamientos, despabilándose en parte. Naturalmente, el peligro era la *tormenta*, todo eso del equilibrio eran bobadas. En cambio la tormenta no era ninguna bobada. De pronto comprendió que la letrina estaba cambiando de forma. Las paredes se cernían sobre él. Al igual que el hierro se dobla por los golpes de martillo, aquel hierro empezaba a acusar los embates del mar. Comenzaba a abombarse hacia dentro.

Hacía muchos años que Dick no rezaba por nada que fuese material, pensaba que no estaba bien. En lo más recóndito de su alma todavía creía que conseguiría lo que deseara rezando, pero eso no es algo que haces cuando eres adulto. Pues Dios, al tiempo que te concede tu petición, probablemente se encargará de que acabes pagando las consecuencias: te dará suficientes motivos para que desees no habérselo pedido nunca. La Gracia era lo único que tenías que pedir, y el bienestar espiritual. Pero, ¡oh, Señor! No era el bienestar espiritual lo que quería Dick en ese momento, lo único que quería, maldita sea, era no ahogarse con sólo veintiún años.

Se arrodilló, y con una mano abrazó una columna y se puso a rezar hasta que comenzó a sudar, allí, en la letrina de proa de estribor:

«Dios mío, qué estúpido fui al embarcarme. Dios mío, haz que regrese a casa sano y salvo. Dios mío, me arrepiento de todo corazón de los años desperdiciados, y de haber pensado en otras cosas cuando estaba encerrado en mi habitación en lugar de pensar en ti. Dios mío, no me lo tengas en cuenta, no hagas que me ahogue por eso. ¡Dios mío, te lo suplico, sálvame de morir ahogado!».

Pero enseguida le asaltaron las dudas. Supongamos que Dios lo salvaba, que le concedía exactamente lo que le había pedido, pero que con eso le hacía un flaco favor. ¿Y si lo salvaba de morir ahogado para luego perecer en el incendio de una casa o ahorcado? ¿Cómo podía explicarse mejor? Comenzaron a llegarle vagos recuerdos de lo que había aprendido en la Confirmación.

«Dios mío —añadió—, sálvame de morir ahogado sólo si es ésta tu voluntad. En cualquier caso, no me salves de morir ahogado si eso ha de redundar en perjuicio mío, y, si me salvas, utiliza mi vida para tus propósitos, para que yo no la desperdicie como he hecho hasta ahora.»

Aquello no estaba tan mal, pues en aquel momento tuvo un presentimiento, de lo más claro y penetrante, de esos que no se olvidan: Dios tendría la bondad de salvarlo.

Para que su plegaria fuera más profunda, se apretó los ojos con los

nudillos de las manos. El dolor fue insoportable: tenía los ojos irritados e inflamados, y las manos manchadas de aceite de motor y sal.

De inmediato volvió al trabajo.

V

De inmediato regresó al trabajo, y después de un rato pensó de nuevo en la parte heroica de lo que estaba llevando a cabo: verter ese aceite salvador, en un combate singular por su barco contra toda la cólera del mar. Ahora volvía a haber luz, debía de ser por la mañana: una luz gris inundaba la letrina. Dick había ocupado su puesto desde primera hora de la tarde anterior, sin relevo, pronto se cumplirían veinticuatro horas; de hecho llevaba de servicio, junto con el resto de la tripulación, sin dormir y descansar, cuatro días enteros con sus correspondientes noches (¿o eran sólo tres?).

¡Ojalá Sukie pudiera verlo ahora! No con su uniforme de paseo y sus botones de latón, como el maniquí de un sastre, sino apenas sin ropa, firme, enfrentándose a la tormenta con una fuerza sobrehumana, entregado con obstinación a su deber. Hora tras hora, hora tras hora, día tras día. Incansable. Sin duda, si lo viera en estas condiciones, ¿no lo amaría con todo su corazón?

Y sin embargo, tampoco estaba seguro de ello. ¿Lo habría amado? A Sukie, Dick le había gustado lo suficiente para sentarse sobre sus rodillas, con su uniforme de paseo, o para refregar sus mejillas contra las suyas, sonrosadas y tersas. ¿Habría preferido sentarse sobre las rodillas de un mono pringoso que frotar su mejilla contra aquella cara irritada y con barba de tres días?

Se dijo que su rostro no mostraba el aspecto enjuto, demacrado y leonino que uno espera ver en un héroe intrépido. Pero el efecto inmediato de un valeroso esfuerzo en el rostro de un héroe raras veces lo hace parecer romántico, sino más bien enfermo del hígado. ¿Conocéis ese noble aspecto de franco y sabio estoicismo que suele verse reflejado en el semblante de un gran explorador? Dicha expresión no la adquirió en el desierto. Tal vez el desierto la engendró, pero la adquirió posteriormente, rodeado de la comodidad y seguridad de su hogar. En el desierto, a veces parecía brutal, otras irascible, otras asustado. Pero nunca irradiaba nobleza.

Si Sukie se hubiese enterado de todo eso con posterioridad, si se lo hubieran contado gráficamente para que ella pudiera imaginarse la escena a su antojo, entonces sin duda lo habría visto con muy buenos

ojos; cosa que no hubiese ocurrido de haber estado ella allí en aquel momento.

Pero por un instante saquemos a Dick de ese entorno y echémosle un vistazo. Es difícil distinguir los efectos inmediatos del heroísmo de aquellos propios de la falta de autocontrol. Si nos guiamos sólo por las apariencias, probablemente se podría creer que esa figura pertenecía a uno de esos fracasados que, sumergidos en alcohol, han pasado la noche tendidos sobre un montón de basura. Ahora tenía la cara sucia, hinchada, inflamada, su aspecto era débil; de hecho, tenía mal aspecto, daba pena. Y olía realmente mal.

CAPÍTULO 9

I

El *Archimedes* llevaba numerosos maquinistas a bordo, más maquinistas que oficiales de cubierta; y, en ese momento, tenían muy poco que hacer. Durante la primera fase de la tormenta se habían reunido en el comedor, pero a medida que la borrasca empeoraba, se habían retirado uno a uno para reencontrarse luego en la sala de máquinas. Los oficiales de cubierta no podían entender por qué, ahora que el barco estaba en peligro, los maquinistas querían permanecer allá abajo, donde no había esperanza alguna de poder escapar, donde no podían saber siquiera si el barco se estaba hundiendo hasta que no se hubiera ido a pique. Los maquinistas, a su vez, no comprendían por qué los oficiales de cubierta preferían seguir allá arriba, junto a la cubierta de intemperie, expuestos a la tormenta.

Supongo que ambos, tanto los maquinistas como los oficiales de cubierta, tenían sus propias razones para hacer lo que hacían. Todos ellos querían estar en un lugar que les resultara familiar. Un niño, en plena oscuridad, sólo se siente a salvo en su cama: preferiría enfrentarse a un león en su habitación, desde su propia cama (donde no hay ninguna posibilidad de escapar), que permanecer descalzo cerca de la puerta, con la posibilidad de salir disparado por el pasillo en el caso de que al león se le ocurriese saltar.

Así que los maquinistas, de común acuerdo, ocuparon su posición junto a sus máquinas adormecidas; de hecho, el señor MacDonald en ningún momento abandonó la sala. Le habían colocado allí un colchón, aunque no puede decirse que hubiese pasado una buena noche. No pudo pegar ojo. Y no me refiero sólo a que no pudiera dormir: no pudo cerrar los ojos. Tenía la impresión de que unos palitos le impedían cerrar los párpados. Intentó cerrárselos con los dedos, pero no hubo manera: al soltarlos, los párpados volvían a dejar el globo ocular al descubierto.

Casi toda la noche intentó concentrarse en el agua, el agua que

bebería si pudiera, pero en lugar de eso, las cosas que pasaban por su mente eran atroces. Los hornos apagados volvían a arrojar llamas (como habían hecho al explotar en retroceso), y cada llamarada era un chino. Los chinos le lamían las rodillas, como si desearán atraparlas. De cada puerta del horno brotaban manadas de chinos, o corrían en tropel por el suelo, chillando como ratas en una bodega. Unos cogían un trozo de algodón y lo ataban en torno a las barras de dirección para bloquear las juntas con el fin de que dichas barras no pudieran volver a utilizarse; otros pasaban volando en grupos de tres, con gran alboroto, y se apresuraban a colocarse ante las turbinas y el engranaje de reducción, y, empuñando unos sacacorchos que llevaban ocultos en sus pantalones, los utilizaban para extraer las piezas más vitales, que en sus manos se volvían blandas y suculentas, y que se comían de manera irremediable.

No penséis que el señor MacDonald estaba dormido. Como he dicho, el pobre hombre ni siquiera podía cerrar los ojos. Veía todo eso con los ojos bien abiertos, mucho después de haber abandonado el colchón y haberse puesto a dar vueltas por el recinto. Se lo contó a Soutar, pero éste se hallaba demasiado enfadado como para que le importase si su jefe estaba loco o cuerdo. Aunque él también tenía sus reservas, y durante toda la noche mantuvo una vigilancia incesante, temiendo lo que aquellos repugnantes chinos pudieran hacer a las máquinas, tan coléricos y traidores como eran.

Gaston dormía, dormía como un tronco cuando MacDonald lo zarandeó con la intención de despertarlo.

—Tráigame una taza de agua —le ordenó el jefe.

Pero cuando Gaston retomó el sueño haciendo caso omiso de lo oído, éste no volvió a despertarlo. Pues ahora podía ver una cascada de agua potable brotando del telégrafo de la sala de máquinas. Y sólo cuando se acercó, se percató de que un chino se la había bebido.

El señor MacDonald poseía una pequeña villa en las afueras de Cirencester, donde residía cuando estaba de permiso, y una esposa de rostro más bien rubicundo, que se peinaba su pelo gris muy tirante, desde la frente, sobre una almohadilla marronosa en forma de salchicha. Tenían tres hijos, que apenas estaban en edad escolar, pues ambos se habían casado a una edad tardía.

Cuando la nube de chinos se despejó y su mente adquirió una mayor lucidez, fue en eso en lo que pensó y, sobre todo, en aquello que más le enorgullecía: sus tres hijos, brincando de casa a la escuela, con buena ropa de abrigo y vistiendo prendas interiores cálidas, bien alimentados y confiados en que el mundo estaba lleno de promesas, y con aquellas expresiones tras las cuales se adivinaba un entendimiento y un deseo sexual aún adormecidos. ¡Cuánto le irritaba la seguridad de aquellos niños, mientras él, su padre, estaba a punto de hundirse en el

mar! Pues ellos nunca comprenderían que el precio de cada una de esas prendas de lana era una hora de aquel infierno. Creían que sólo era dinero, pero no lo era, era su vida, y se la estaban arrancando de sus viejos huesos, pero él no podía escapar, no más que el suelo puede escapar de las raíces que nutren un árbol.

—Valgo por diez de esos chavales —comentó de pronto en voz alta, sin sentimiento.

Naturalmente que valía por diez, y por muchísimos más. Pues a la larga, si quieres saber cuánto vale un hombre, sólo puedes medir su memoria. Cuanto más hay en su memoria, más vale un hombre. Si tenemos en cuenta ese cálculo, los viejos suelen ser grandiosos, mientras que los jóvenes, pese a su vanidad, son unos mequetrefes. Pues, probablemente, un hombre es la totalidad del contenido de su mente. Y en la mente de cualquiera, en cualquier momento, hay muy poco que no sea su memoria: la mente es memoria casi en su totalidad, al igual que una medusa está compuesta en nueve décimas partes por agua.

Sin embargo, nos parece terriblemente triste que muera un joven, ¡y nos parece de lo más natural que muera un viejo! Cuando un anciano muere, no resulta muy conmovedor, y a él no debería importarle. ¡Pero ya lo creo que le importa!

Sin duda habréis visto morir a alguien: un joven se muerde el labio y fallece… ¡puf!, como si se cayera de un caballo. Los muy estúpidos a menudo hacen todo lo que pueden para arriesgarse a morir. Pero, en una ocasión, MacDonald había visto a una anciana de ochenta y seis años en su lecho de muerte, y esa mujer luchaba por su vida como una jabata. Al ponerse el sol, sus últimas palabras fueron: «¡Espero despertarme para ver el día de mañana!». Y sabe Dios que estaba convencida de que iba despertarse, aunque sus piernas ya llevaban muertas tres días.

Después de todo, ¿qué prefieres perder: una bolsa vacía o una que te has esforzado durante años en llenar? Fijaos en lo que estaba perdiendo: recuerdos de más de ochenta años. En cambio cuando un niño muere, la gente se conmueve enormemente. Sin embargo la vida es una pequeñísima pérdida para un niño: una simple bagatela que brilla con luz trémula. Una bolsa en la que sólo hay dos peniques y un pagaré.

Todos los viejos lo saben, aunque no lo digan. El señor MacDonald lo sabía, y le daba vueltas, profundamente indignado, mientras recorría la sala de máquinas. Pero de pronto le asaltó otra idea. ¿Era la muerte realmente el final?

Toda la vida había sido un hombre religioso, había creído en Dios, había creído en el pecado. Pero ¿creía en el más allá? Ni siquiera se había parado a pensarlo. Desde luego, creía en el Cielo y en el

Infierno, pero ¿existía una vida futura de verdad, o era simplemente una manera de hablar, una especie de lugar común? Sí, era una idea completamente nueva. Cuando su cuerpo descendiera a las profundidades de la tierra, ¿emergería su alma como una burbuja y se elevaría hacia el cielo? No sólo un alma impersonal, un hililllo de vapor espiritual, sino su esencia, el auténtico William Ramsay MacDonald. ¡Caramba! ¡Si existía alguna esperanza de que eso fuera posible, las cosas no eran tan sombrías como parecían, ni mucho menos! Por primera vez en su vida comenzó a preguntarse qué tipo de lugar sería el cielo!

—Señor Soutar —dijo, cuando ambos se cruzaron en sus respectivas rondas, como centinelas—, ¿cree usted en la vida futura?

El señor Soutar hizo una pausa y lo meditó cuidadosamente antes de contestar:

—Sí —dijo en tono brusco, y siguió su ronda.

Pero la siguiente vez que volvieron a encontrarse, fue Soutar quien detuvo a MacDonald.

—No es tan fácil —dijo—, es un tema complejo. ¿Debo considerar que se refiere usted a una vida futura de tipo personal? ¿Yo, William Edgar Soutar, y usted, William Ramsay MacDonald?

—Desde luego —dijo el señor MacDonald.

—¿Una vida futura para cada hombre nacido de una mujer?

—Para cada cristiano —lo enmendó el señor MacDonald.

—Bueno, no. ¿Partimos de la base de que cada cristiano está compuesto de tres partes: cuerpo, mente y espíritu?

MacDonald emitió un gruñido.

—¿Que el cuerpo muere y el espíritu vive?

MacDonald emitió otro gruñido.

—¿Qué pasa entonces con la mente? Ésta no es ni el espíritu ni el cuerpo. Y sin embargo está estrechamente vinculada al cuerpo. Una enfermedad del cuerpo puede enfermar la mente. Un golpe en el cuerpo puede borrar la mente. La mente, al igual que el cuerpo, envejece y decae. De modo que la muerte del cuerpo: ¿es también la muerte de la mente?

—Digamos que sí —dijo MacDonald.

—Entonces la vida futura no puede ser de una naturaleza muy personal, creo, pues mi espíritu sería algo bastante blandengue y estúpido sin mi mente: ¿dónde estaría entonces William Edgar Soutar?

Continuó su ronda, y durante una hora fueron cruzándose sin dirigirse la palabra, hasta que MacDonald lo detuvo poniéndole una mano en el hombro.

—Señor Soutar —dijo—, la mente humana se apoya en la razón, y lo que está más allá de la razón, ésta no puede comprenderlo. Quizá

en el otro mundo ya no necesitaremos la razón, como un bebé deja de necesitar sus pañales a medida que crece.

Soutar se desasió y siguió su ronda. No volvió a hablar hasta que se toparon de nuevo, y, entonces, sus palabras brotaron con pasión.

—¡El Todopoderoso nos otorgó la razón para que fuera la única parte de divinidad que poseemos, no para que la despreciáramos! ¡Señor, habla usted como un inglés!

Una vez más, los dos hombres intercambiaron una mirada de furibundo odio; luego prosiguieron su interminable ronda.

II

En cuanto clareó, el capitán Edwardes vio, aliviado, que volvían a estar en aguas profundas. El color del agua lo delataba, así como la forma más natural de las olas. Pese a ello, consideró prudente seguir echando aceite, pues estimaba que hasta el momento, por las escotillas rotas, habían entrado al menos mil toneladas de agua y, haciendo cálculos, le parecía probable que el barco no podría albergar en su interior más de mil doscientas toneladas. El margen de que disponían era, pues, cada vez menor.

Además, esas aguas profundas quizá no durarían mucho. Los bancos de Serrana y Serranilla era tan solo la avanzadilla del sureste (con Quitasueño y Baxo Nuevo) de una larga línea de bajíos y cayos que se extendían desde cabo Gracias a Dios, en América Central, en línea recta hasta las costas de Jamaica: el arrecife de la Media Luna y el Punta Gorda, Thunder Knoll y el banco Rosalinda, y el gran banco de Pedro con Roca Portland. Si lo que habían pasado era Serranilla, el banco Rosalinda debía de quedar a sotavento. E incluso cuando hubieran dejado atrás todos los bajíos, ¿qué rumbo tomaría su deriva? El canal de Yucatán no tiene más de cien millas de ancho, desde cabo Catoche a cabo San Antonio. ¿Qué posibilidad tenían de dar con él y de ganar así las aguas abiertas del golfo de México, en lugar de verse arrastrados a las costas de Yucatán o Cuba?

No obstante se estaba adelantando demasiado a los acontecimientos. Ni siquiera sabía muy bien dónde se encontraban, quizá a unas doscientas cincuenta millas al oeste de cabo Gracias, en dirección a aguas con más bajíos. Y mientras, la tormenta no remitía. Ya llevaban cuatro días inmersos en ella.

Del mismo modo que los maquinistas se habían retirado a la sala de máquinas, el capitán Edwardes y el señor Buxton se encontraron en el puente.

El señor Buxton repasó mentalmente las cifras que le había dicho el capitán Edwardes: que el barco había tragado mil toneladas de agua, y que mil doscientas era todo lo que podía tragar; y estuvo de acuerdo. Además reflexionó sobre un hecho bastante curioso. La escora era un tanto menor que antes, eso se debía a que el peso del agua, en el fondo de las bodegas, tendía a equilibrar el peso de la carga empapada en agua de encima. Pero ¿qué habría sucedido de haber funcionado las bombas desde el principio? Lo primero que hubieran bombeado habría sido el agua de la sentina del barco, y, sin nada que contrarrestara el peso apilado más arriba, la embarcación habría volcado con facilidad. ¡Menudo desastre de haber utilizado las bombas demasiado alegremente! Pero, por otra parte, qué error tan fácil de cometer.

El capitán Edwardes, con los dedos embutidos entre su cinturón y su vientre, conseguía incluso pasear por el puente. Una pelusilla gris le cubría la barbilla, y tenía los carrillos caídos; pero sus ojos brillaban como los de un pájaro. Buxton se fijó en los pantalones del capitán: era prácticamente el único de toda la tripulación que no se los había cortado hasta las rodillas, y cuando recordó que había sido por culpa suya por lo que todos los hombres de a bordo se habían lanzado a recortarse estúpidamente los pantalones, volvió a sonrojarse.

¿Dónde residía la seguridad del capitán? Eso era lo que desconcertaba a Buxton.

Pocas son las facultades del hombre que permanecen impasibles ante el peligro. Una de las raras particularidades del señor Buxton era precisamente ésa. Era un oficial que no se arredraba ante el peligro, como tampoco cuando no lo había, tan disciplinado en su profesión que nada alteraba sus facultades. Pero el capitán Edwardes no era así.

El peligro debilita a la mayoría de los hombres. Bajo su tensión, son como corredores que acarrean con un peso, se cansan con mayor facilidad. Por el contrario, hay algunos que se crecen con el peligro. Su mente y su cuerpo dan lo máximo de sí cuando se hallan en apuros. Casi todos los hombres, si se vieran en la tesitura de tener que contar una mentira mientras se les apuntara con un arma cargada, mentirían de manera titubeante y menos convincente de lo que lo harían en un salón de fumar. Pero hay unos pocos que son capaces de mentir brillantemente, con una inventiva que, en circunstancias normales, no poseen. Así era el capitán. Era un buen capitán casi siempre, pero espoleado por el peligro era aún mejor.

Buxton siempre había apreciado al capitán Edwardes; pero hasta el momento ignoraba que en su interior hubiera un gigante.

Por un momento pareció que el afecto del segundo oficial estaba justificado, pues el capitán se detuvo frente a él, dispensó a su mano derecha de la tarea de sustentar su fatigado abdomen, que se combaba

de manera incómoda sobre la cintura de sus pantalones, agarró la mano de Buxton y se la estrechó.

—Dígales que continúen echando aceite durante un rato más —ordenó el capitán, y siguió con la mirada al señor Buxton mientras éste se marchaba. Era un excelente primer oficial: impasible, sereno, intrépido… (pues Edwardes ya cavilaba acerca del informe que presentaría a los armadores).

Mientras se dirigía a popa, el señor Buxton se hizo la siguiente pregunta: ¿Y si la chimenea no hubiera sido arrancada? Supongamos que los cables hubiesen aguantado, una proeza que superaba su fuerza teórica. Se sabe de casos en que un barco de vela ha acabado tumbado sobre las cabezas de los baos cuando no llevaba más que los palos desnudos. La resistencia de esa enorme chimenea habría sido proporcionalmente mucho mayor. Si la chimenea no hubiera caído por la borda, aminorando así la resistencia al viento, ¿no habría acabado volcando el barco?

El señor Buxton había comprobado hasta ahora con horror cómo cada nuevo intento de salvarse engendraba un nuevo peligro. En cambio, parecía que de momento sólo los peores desastres los habían salvado.

III

Feliz, feliz, feliz. ¡Caramba, el capitán Edwardes era feliz como un recién nacido! De haber sabido lo que le esperaba, ¿se habría sentido desde el principio tan dichoso y confiado como ahora? Tal vez no. Tal vez, de haberlo sabido de antemano, no lo habría soportado. Pero como había ido pasando de un momento conocido a uno desconocido, la felicidad le había acompañado.

El valor del barco, y el cargamento que tenía a su cargo, era aproximadamente de un millón de libras, sin contar las vidas de los ochenta hombres que iban a bordo. Y había muchas probabilidades de que los perdiera. Era el enorme peso de esa responsabilidad lo que le otorgaba aquel aplomo.

IV

A mediodía se hallaban de nuevo en el corazón de la tormenta. Pero

esta vez no había pájaros.

También el cielo era distinto. Aquella negrura tormentosa se había transformado en un color gris uniforme y luminoso, un gris reluciente. Pero el aire, caliente y enrarecido, resultaba tan lúgubre como siempre.

A uno le entraban ganas de sentarse y echarse a llorar, pero todos tenían los ojos demasiado secos para eso. Tampoco se veía ninguna criatura viviente. Ni pájaros. Ni tiburones. El agua recubierta de aceite palpitaba como la laguna Estigia. A Buxton, con la mirada puesta en la ondulante oscuridad de fina capa irisada, le habría reconfortado ver incluso la sonrisa de un tiburón como una prueba de que el mundo aún no se había acabado.

Todos los tripulantes se habían reunido en la cubierta, incluso los muchachos que vertían aceite se tomaban por fin un descanso. Hicieron lo que pudieron con las escotillas, sin mucho empeño; con ese aire enrarecido les faltaba la voluntad, y además también iban cortos de madera.

Era curioso que, con la cantidad de cosas que habían caído por la borda, los botes salvavidas siguieran allí. Los botes salvavidas estaban provistos de unas raciones de emergencia, como galletas y agua, o deberían llevarlas al menos, razón por la que el capitán Edwardes mandó a algunos hombres a por ellas; y encontraron lo que buscaban: barriles de galletas y recipientes con agua.

Los recipientes del agua se cerraban con unos tapones de madera, que tendían a contraerse hasta aflojarse. Y con los embates del mar podían soltarse. Esto era lo que había ocurrido, así que encontraron muchos recipientes, pero muy poca agua, y la poca que quedaba había terminado por mezclarse con el agua de mar, por lo que en su mayor parte no se podía beber. Compartieron la poca que podía beberse y luego se dedicaron a las galletas.

La mayoría de toneles estaban agujereados o habían reventado. Pero al menos quedaban algunas galletas.

El señor MacDonald, chamuscado y con expresión indignada, se paseaba por cubierta con una galleta incomible en cada mano. ¿Incomible?

—Esas galletas están muy bien para vosotros, que sois jóvenes —graznaba, como loco—, pero ¿alguna vez habéis intentado comer una galleta de barco con dentadura postiza?

Y su estómago vacío parecía golpear al ritmo de un martillo.

Abajo, en la nevera, había montones de comida. Carne, huevos, mantequilla, ensaladas, cuanto uno quisiera. Todo estaba allí abajo, en la nevera.

—¿Abro el frigorífico, señor? —le preguntó el cocinero al capitán.

Pero el capitán dijo que no, pues una vez se abriera, todo lo que había en su interior se echaría a perder. Mientras el agua de mar llegara hasta la puerta del frigorífico, éste no debía abrirse.

Aunque, de todos modos, como se habían quedado sin electricidad, lo que hubiera dentro no tardaría demasiado en estropearse.

Así que por enésima vez el cocinero rebuscó en la despensa, hasta el último recoveco. Y en esta ocasión encontró algo: una manzana y una naranja. Y se las llevó al capitán.

El capitán Edwardes se puso a comer la mitad de la naranja con la intención de guardar la otra mitad para el segundo oficial. Pero nada más probarla sus mandíbulas tomaron el mando. No pudo parar y se la comió toda entera. En cuanto reparó en lo que había hecho, buscó al segundo oficial.

Lo encontró, le entregó la manzana y le dijo:

—Señor Buxton, le he hecho una jugarreta. También había una naranja, pero me la he comido toda.

CAPÍTULO 10

I

Mientras se comía su manzana en el puente, El señor Buxton, comprendió, por primera vez, por qué se había embarcado (ya llevaba en el mar veinticinco años). Era porque le gustaba la virtud: él no era un *Homo oeconomicus.*

El *Homo oeconomicus* vende su trabajo por dinero. Está dispuesto a trabajar por el dinero que recibe a cambio. Su jornada laboral se compone del número de horas que está dispuesto a perder con tal de tener lo suficiente para vivir y poder disfrutar de su tiempo libre.

El hombre que tiene una profesión también llama «trabajo» a lo que hace, pero su significado es exactamente lo contrario. Son las horas que no trabaja el tiempo que considera perdido. ¿La paga? Naturalmente espera que le paguen, pues un hombre no puede vivir del aire. Pero mientras que el *Homo oeconomicus* considera el trabajo una manera de ganar dinero, el profesional considera el dinero una manera de trabajar.

Simplificando, ésta es la esencia de las conclusiones a las que había llegado el señor Buxton. Sólo la esencia, pues como tenía tanta hambre pensaba de forma espasmódica, destellos de intuición mucho más inconexos que lo que yo acabo de exponer.

Ésa era la razón por la que se había embarcado. El mar es prácticamente la única profesión a la que puede acceder un hombre pobre. De todos modos, como profesión, el mar parece una suerte de aberración, pues ¿no es el comercio su motivación principal? Sí, como el coloso de Rodas, cada uno de sus pies se apoya sobre una categoría de valores distinta. Quiero decir que su razón de ser es económica, y, sin embargo, su práctica se juzga por criterios que no son en absoluto mercantiles, y que sólo pueden calificarse de morales, por ser propios de esa profesión. Pues trabajar en un barco exige poseer ciertas cualidades, virtudes si queréis, que hoy en día no parecen ser las apropiadas para poder establecer una relación entre patrono y

empleado en tierra firme. En tierra, la responsabilidad del trabajador es limitada, mientras que la del marino es ilimitada. El marino puede verse en la tesitura de tener que darlo todo, incluso poniendo en riesgo su propia vida. No es algo que se le imponga, no se trata de una artimaña por parte de sus patronos, sino que es algo inherente a la tarea que desempeña. ¿Una limitación importante? Por extraño que parezca, es la razón por la que algunos hombres, como el señor Buxton, abrazan esa profesión.

Mi teoría es que la virtud —y utilizo la palabra en el sentido romano y no victoriano— es intrínseca a algunos hombres que no pueden ser felices si no encuentran una manera de darle salida.

Además, esta profesionalidad no se limita al propio marino, pues es una plaga que se extiende a todo el sector de la navegación y aparece en los lugares más insospechados, incluso en las salas de juntas. ¿O acaso os habéis creído que los armadores pertenecen a la categoría del *Homo oeconomicus*, interesados tan solo en lucrarse? Sin duda, entre ellos hay muchos que buscan el enriquecimiento personal a toda costa. Sin embargo, algunos armadores no son así. Todos ganan un sueldo sustancioso con su negocio, es cierto, y viven de manera holgada y sin preocupaciones, pero a menudo sus beneficios no representan ni la décima parte de los que podrían conseguir si realmente quisieran sacarle partido, ni para obtener incluso el título de lord, alcalde o cualquier otro cargo que hubiese podido recaer sobre ellos: y todo lo demás lo invierten en sus barcos. Da la impresión de que prefieren tener buenos barcos a tener buenas esposas, buenos placeres… buenos lo que sea.

Esta profesionalidad, común al sector marítimo, a ambos lados de la ventanilla de pago, tiene un resultado curioso. Los marinos suponen que los armadores poseen un código ético tan rígido como el que esperan de sus compañeros en el mar. Cualquier actuación por parte de los armadores es evaluada por toda la flota y juzgada con rigor. Tampoco se oculta el veredicto, por conveniencia. Si la virtud de un armador (de nuevo en el sentido romano) no da la talla, puede que los oficiales se avergüencen tanto de ello que querrían esconderse, pero nunca fingirán que no han reparado en ese defecto.

Bueno, me he desviado un poco del curso de las meditaciones de Buxton, mientras estaba de pie agarrado a la barandilla del puente, con el viento y el ruido incesante azotándolo por fuera, y el hambre y el cansancio azotándolo por dentro. Y sin embargo una especie de satisfacción impregnaba la fina y vacía concha que separaba el exterior del interior.

II

El viento aullaba, y el gigantesco mar encrespado se precipitaba desde el cielo, pero refugiado en el castillo de proa, un chino menudo, joven y aterido se agarraba a los restos de una grúa. En ocasiones, la espuma le llegaba hasta la cintura, pero su rostro, marcado de viruela, mostraba una expresión grave, concentrada e indiferente a todo cuanto le rodeaba. Intentaba encender bengalas.

Las dirigía a la Consorte Celestial, a la dama Tien Fei. Pues de toda la corte celestial (salvo quizá la propia Kuan-yin) sólo ella posee el poder de controlar a ese viejo, jadeante y enorme Dragón de los Vientos, amarillo y blanco.

Tien Fei fue antaño una niña, precoz y devota, que padecía extraños ataques. Nació en la isla de Meichow, en Fujian, en el año 742 de nuestra era. A los cinco años era capaz de recitar las oraciones de Kuan-yin-pu-sa, y a los once de bailar la danza llamada Ngan-chieh-lo-shen. En uno de sus trances, su espíritu acudió en ayuda de sus cuatro hermanos, que en unos pequeños botes, lejos de su hogar, se habían visto sorprendidos por una tormenta. De pronto divisaron a su hermana caminando sobre las aguas que iba hacia ellos, pero entonces desapareció. En aquel preciso momento, los padres de Tien Fei, preocupados por su hija, habían conseguido, mediante golpes de gong, que su espíritu regresara a su cuerpo. Tien Fei les dijo que la habían hecho volver demasiado pronto, pues sus hermanos estaban en peligro, y sólo había podido salvar a tres (de hecho, el cuarto nunca regresó a su hogar).

Tien Fei era todavía una niña cuando murió.

Pero su misión no había terminado. A partir de entonces ningún gong podía obligar a su espíritu a regresar cuando ella caminaba sobre las aguas. De modo que, cada vez que se desataba una tormenta y las fuerzas de los desdichados marineros desfallecían, la veían caminando hacia ellos sobre las aguas, que se calmaban a su paso. De manera no oficial, Tien Fei se convirtió en la santa patrona de los marineros, y en las costas más peligrosas se erigieron numerosas capillas dedicadas a ella. A principios del siglo xii, Tien Fei le salvó la vida a un embajador imperial, y así fue como su santidad, popular desde mucho tiempo atrás, acabó oficializándose. El emperador, que era el papa de su religión, la canonizó (posteriormente, cualquier Grace Darling[4] china acababa identificándose con Tien Fei).

Ahora, en el año 1929, el joven Ping Tiao, originario también de las verdes orillas de Fujian, pueblo natal de la diosa, lidiaba con una pólvora mojada para invocar su ayuda.

Su amigo, Ao Ling, que no profesaba tales creencias, lo

contemplaba desde la puerta del castillo central con actitud despectiva.

Aquello era demasiado para Ao Ling. En un arrebato de furia saltó sobre la cubierta de sollado, cogió aquella fina porquería de la mano de Ping Tiao y, a empellones, lo obligó a volver al castillo central.

En aquel lugar, iluminado por una linterna, reinaba la confusión. Los marineros de cubierta estaban en cuclillas, pues, tras el respiro del mediodía, no se habían desplomado de nuevo. El personal de la sala de máquinas estaba de pie, y eran los que más hablaban: la irregular modulación, el alegre gruñido y el gangueo de la lengua china.

Ao Ling escuchaba sin meter baza, con su pelo negro y lacio pegado a su cara ancha y pequeña.

El más vehemente era el metodista Henry Tung. Daba la impresión de estar pronunciando un acalorado discurso, pero, de hecho, era una divertida perorata sobre el vacío que sentía. Hay mucho viento fuera, decía, pero hay más aire en mi barriga. Tenía tanta hambre que se habría comido el barco entero. Pero si lo hacía, no se quedarían sin chimenea solamente, pues tenía tanto aire dentro que igual era capaz de arrancar todas las planchas de la embarcación.

—¡Ah, el viento! —dijo el joven Ping Tiao—. ¿Es que no sabes hablar de otra cosa?

El cristiano, como toda respuesta, emitió un gran y forzado eructo, que parecía no tener fin. Luego, con un repentino cambio de humor, añadió:

—¡Ah, jovenzuelos! ¿Qué sabéis vosotros del viento? ¿Creéis que esto es una gran tormenta? ¡Pues yo os digo que he estado en situaciones peores que ésta sobre un junco diminuto! Una vez capeé un temporal con todas las velas desplegadas. Al poco vimos una vaca nadando en el mar. Entonces sopló una racha terrible, y mientras yo la observaba, lo creáis o no, ¡el propio viento arrancó los cuernos de la cabeza de la vaca! Así que llamé a mi sobrino Ah-Fêng, que era mi segundo. «Ah-Fêng —le dije—, ¿has visto esa vaca? ¿Deberíamos acortar las velas?» «Tú sabrás, anciano tío», dijo Ah-Fêng. «¡Entonces! —exclamé—. ¡No acotaré las velas por ningún viento del mundo!» Y así fue como resistimos. Y de repente Ah-Fêng gritó que divisaba una isla, justo delante de nosotros: «¡Todo a barlovento!», gritó. «¡A barlovento vamos!», lo secundé. «¡Ven a popa, tortuga, y deja que se levante la proa!» Así que vino a popa, y ya lo creo que se levantó la proa, pues estaba tan gordo como un recaudador de impuestos. Eso le dio al viento la oportunidad de levantar el junco. Y con la proa levantada, sorteó la isla como una golondrina. Ni un árbol rozó la quilla. «Y ahora vuelve a proa —dije en cuanto la hubimos cruzado—, ¡no queremos ir al cielo todavía!». Así que Ah-Fêng se desplazó hacia delante, con suavidad y cautela; y el junco se posó sobre el agua sin ni

siquiera salpicar.

El señor Soutar, oculto en la penumbra, escuchaba y observaba.

Nadie que haya vivido un amotinamiento de los chinos —y el señor Soutar había vivido uno— desea que vuelva a repetirse. Los motines chinos tardan un poco en gestarse, pero cuando estallan, el cambio que se produce en los hombres es extraordinario… y también horrible. Es algo colectivo, impersonal, como el cambio que se produce en el agua cuando hierve. Personas que antes habían sido amables, despreocupadas, decentes y con sentido del humor, se convierten en brutalmente crueles: son la cara del diablo. Y no dejan de gritar de manera espantosa. Si tienen un cuchillo en la mano no pueden evitar cortarte, incluso cuando hablas con ellos. Y si no son capaces de llegar a tus órganos vitales, cortarán cualquier parte pequeña y poco relevante de tu cuerpo que puedan alcanzar.

Lo único que se puede hacer es intentar frenar los problemas a tiempo.

El señor Soutar no hablaba ni una palabra de chino, pero sostenía que, en ocasiones, podía adivinarse con mayor exactitud lo que estaban diciendo los hombres sin entender una palabra que teniendo nociones del idioma. En ese caso te fijas tan solo en los ojos, observas la expresión de sus rostros, y, por qué negarlo, los tonos de voz también te ayudan.

Nunca había confiado en ese engrasador gordo y cristiano de Hong Kong, Henry Tung. Le desagradaban todos los alumnos de las misiones, por principio: nunca confíes en ellos. Fíjate en ese tipo, por ejemplo: estaba más claro que el agua lo que pretendía. Un demagogo y un agitador nato. No hacía falta ser sinólogo para darse cuenta de que instigaba a los hombres a cometer alguna maldad: destrozar la maquinaria, amotinarse, matar… ¡podías ver perfectamente qué era lo que los exhortaba a hacer!

Pues Henry, con una expresión muy solemne, y mirada convincente, estaba contando una mentira tras otras, mientras el grupo de hombres lo escuchaba fascinado, con ojos resplandecientes y abiertos como platos.

—¿Alguna vez os he contado —decía Henry— cómo desafié a beber a un tigre?

«¡Dios mío! —se dijo Soutar—, si yo fuera el capitán le pegaría un tiro a ese hombre ahí mismo: hay que erradicar el cáncer de raíz. ¡Dios mío! —se dijo Soutar—, si supiera chino, lo desenmascararía. Pero si ahora me enfrento a él, negará que estaba incitando a los hombres a amotinarse.»

Entonces, con la misma cautela con que había llegado, el señor Soutar volvió a marcharse en busca del capitán.

III

Las poderosas fuerzas que albergamos en nuestro interior, los pocos motores que nos son comunes a todos, poseen un carácter plástico y camaleónico. La forma y el color que presentan cuando se manifiestan en la superficie de la mente tienen muy poco que ver con las raíces de las que proceden; su aspecto depende más bien del medio a través del cual han conseguido salir a la luz.

Cuando el entorno y la educación de los hombres difieren en lo fundamental, las flores de la misma raíz parecen no guardar ninguna similitud: también difieren «en lo fundamental».

Observemos esa curiosa oposición, y tensión (o al menos vínculo) que existe en los hombres, y, de hecho, también en los animales, entre padre e hijo. La forma en que aflora es, por lo general, una cuestión del entorno cultural. Hoy en día, entre los anglosajones, emerge normalmente como una rebelión: un desprecio desmesurado del adolescente hacia el padre, un desprecio mucho mayor que el que sentiría por cualquier otro ser humano con el mismo peso que la figura paterna. Entre los chinos, esta misma raíz emerge en forma de obediencia, de veneración hacia el padre. En ambos casos, la raíz es la misma: un vínculo realmente fuerte y potencialmente muy doloroso. Así, nosotros tiramos de esa atadura con desesperación para intentar romperla, mientras que ellos caminan hacia el nudo de esa tensión más deprisa de lo que ésta tira, con lo que la cuerda queda floja.

Así como el inglés, cuando es adulto, no tiene por qué obedecer a sus padres, y por eso a menudo los odia, el chino debe obedecerlos de manera implícita, por eso casi nunca siente odio hacia ellos.

A veces el inglés intenta buscar remedio en la igualdad, y convertir a su padre en un amigo. Sin embargo, esa amistad no es libre, y el vínculo sigue irritándolo. El chino, por el contrario, convierte a su padre en un dios, y esa relación, alimentada por la propia formalidad que entraña, probablemente no desagrada a ninguno de los dos.

La veneración es la capa tersa y nacarada con que la ostra cubre el molesto grano de arena. Cuando una relación humana —padre e hijo, gobernante y gobernado, hombre y mujer— resulta intolerablemente irritante, convertirla en una relación sobrehumana puede resultar muy beneficioso.

Por supuesto, ninguna generalización es universal. No es imposible que un chino odie a su padre, aunque eso sólo ocurre en raras ocasiones. Cuando sucede, como es algo muy poco frecuente, resulta aún más extraño, y condiciona su vida de manera mucho más poderosa que entre nosotros. Es algo que no puede decirse en voz alta: un crimen sagrado, como el incesto. Como no ve el chino otros

ejemplos en la sociedad que le rodea, ese odio se disimula, se interioriza: se comprime.

Algunas de las flores de esa raíz oculta serán tremendamente singulares, y otras, incluso hermosas.

Ese fogonero, Ao Ling, era un muchacho de la misma edad que Dick Watchett, aunque había tenido una existencia más ajetreada. No había sido la típica de un chino, quiero decir. Se había caracterizado por su ánimo viajero, por estar siempre en movimiento, yendo de un lugar a otro, recorriendo largas distancias. Y, en los últimos tiempos, un propósito firme, nada de tomarse las cosas a la ligera. Se apreciaba en él severidad, e incluso impaciencia.

Además, cuando un hombre se identifica con una causa, parece olvidarse de sí mismo, es capaz de explicar el abecé de esa causa hasta el menor detalle, pero apenas podrá decir si tiene dos piernas o tres.

Ao Ling se hallaba ahora en ese estado. Guardaba un recuerdo preciso de lo que le había ocurrido hasta el momento de su conversión; sin embargo poco recordaba de lo sucedido a partir de entonces. Desde su conversión, al menos hasta el momento en que consiguió salir de Chingkangshan, se quedó con la mente en blanco, sobre todo por lo que atañía a sus cosas personales: en ella sólo cabía el progreso de la causa. En pleno éxtasis religioso, no era de extrañar que ni la tormenta, ni el hambre, ni siquiera el fuego del horno que no habían conseguido destruirlo, pudieran impresionarlo demasiado. No era de extrañar que las triviales creencias de Ping Tiao lo hubiesen enfurecido tanto.

Estaba sentado en una postura que parecía adaptarse a los huesos del cuerpo y al ángulo de las orejas en lugar de, como casi todas las posturas europeas, a la forma de la estructura corporal. Una línea recta recorría la columna vertebral hasta el cuello, hasta la nuca. El pelo negro, corto, áspero y tupido, brotaba de manera radial de una coronilla alta; tenía un aspecto mortecino, que contrastaba enormemente con su rostro pequeño, que podía ser en extremo vivaz y móvil (aunque ahora era inexpresivo como un muro).

¿Hambre? Había pasado días sin comer. Pero ¿qué significan días sin comer para un hombre que vivió el largo y extenuante asedio de Chingkangshan sin apenas darse cuenta de que tenía hambre?

El hambre no era nada nuevo para él, ni siquiera entonces. De niño había pasado un año de hambruna, y no lo había olvidado. Tenía siete años. A medida que sus miembros se entumecían, la barriga se hinchaba hasta que, como un anciano, ya no podía verse las rodillas. De beber inmensas cantidades de agua para llenarla, la barriga se le endureció, y el ombligo fue engrosándose hasta sobresalirle, como el de un recién nacido. En cinco meses no había metido en aquella barriga nada más sólido que corteza de árbol y tierra, salvo un día en

que la familia encontró un tesoro que consistía en nueve judías secas.

Durante los primeros meses de aquel invierno había habido comida en la casa, es cierto. Pero, como cabe imaginar, no era para los niños. Se reservaba para la abuela, así que los pequeños muertos de hambre debían llevarle su cuenco de gachas una vez al día, respetuosamente, hasta que les costaba tanto caminar que, por precaución, se decidió dispensarlos de dicha tarea. Pues una de las secuelas del hambre era que habían perdido la capacidad de dormir y despertarse con normalidad. Ni de noche dormían más que unos pocos minutos seguidos, y de día solían echar una cabezada en cualquier parte, no importa lo que estuvieran haciendo.

La familia sólo tenía dos hijos: Ling y su hermana.

Un día, al final del periodo de hambruna, la familia se dirigió a la capital del distrito para vender a su hermana. En aquella época, la mayoría de las familias intentaba vender o regalar a sus hijas pequeñas, aunque no todas lo conseguían, pues había tanto que elegir, que los compradores se habían vuelto exigentes. No les parecía rentable aceptar niñas de menos de nueve años, ya que no soportaban el trabajo duro. Por el contrario, las mayores de once o doce años empezaban a tener criterio propio y podían ocasionar quebraderos de cabeza en su nuevo hogar, razón por la que también eran rechazadas. Pero la hermana de Ling tuvo suerte: tenía diez años, la edad perfecta, capaz de trabajar con tesón, si bien mentalmente todavía era dependiente. Así que Ling, que, cosa rara en un varón, le tenía cariño a su *chieh-chieh*, vio por última vez el escuálido cráneo de su hermana, con sus ojillos tristes de mono, sus codos huesudos y sus dedos agrietados. Presenció cómo su padre la vendía; el comprador, un hombre bastante amable, se la llevó.

Con tantos muertos, un olor repulsivo impregnaba toda la población, y al principio tampoco parecía que hubiese muchos vivos. Pero cuando la familia Ao merodeada por las calles de vuelta a su casa, se toparon de repente con una gran multitud. Ocupaban la calle, ante la puerta de la casa de un rico. No la puerta principal, sino la trasera, una puerta de madera oscura y lustrosa empotrada en una pared completamente lisa. La gente sabía que el rico tenía comida en casa, y aquella multitud se había concentrado de manera fortuita frente a su casa, gente que había llegado en grupos de dos o tres, hasta abarrotar la calle por completo. No decían gran cosa, sólo murmuraban; aunque se escucharon también unos cuantos gritos, imprecaciones subidas de tono o súplicas pidiendo comida. Muchos iban casi desnudos. Los Ao se vieron pronto atrapados por la multitud, que seguía aumentando: debía de haber más de mil personas. Hombres tan consumidos por el hambre que cada movimiento suyo parecía un aspaviento.

El leve murmullo fue subiendo de tono, como una tormenta a punto de estallar. Cualquier persona ajena habría temido por aquel rico, rodeado de sus cursis patios de celosía y sus estanques con peces, con aquellos lobos hambrientos frente a su puerta.

La puerta se abrió desde el interior y apareció el portero. Era un hombre menudo con los dientes muy separados, pero bien alimentado. Estaba solo, y la muchedumbre avanzó hacia él, pero no parecía que le tuviese miedo. No dijo nada. Sólo levantó la mano y le dio un empellón en el pecho al hombre que estaba más próximo.

Todos cayeron, como un castillo de naipes, y al poco, yacían en el suelo. Muchos se sentían tan débiles que, después del impacto de la caída, tardaron en ponerse en pie: se incorporaron ligeramente, llorando de rabia ante su propia debilidad.

El pequeño Ling observó maravillado, y con un extraño sentimiento, aquel derrumbe de hombres aparentemente fuertes ante el rostro mágico de la Riqueza.

Entonces el portero cerró la puerta sin molestarse en echar el pestillo. ¡Soldados de Yamen! No hacen falta soldados para enfrentarse a esas hojas marchitas.

Cuando llegaron a casa, Ao Ling se encaminó al pequeño santuario donde residían los dioses del campo, entre las tierras de cultivo. Normalmente se los trata con gran respeto: se les ofrecen vestidos de papel y se quema incienso en su honor, igual que a los dioses domésticos (a los que, durante el Año Nuevo, cuando se retiran al cielo para llevar a cabo su informe anual, se les untan los labios con miel para que el informe sea dulce). Pero ahora esos dioses tenían un aspecto tan harapiento como sus fieles, y sus cuerpos de arcilla estaban igual de resquebrajados y descuidados.

En la tarde se oía el zumbido agudo de las cigarras, y el croar de las ranas, así como el cuac cuac de toda una bandada de patos.

Con gran osadía, Ling se apoderó de los dioses del santuario y, por un instante, tuvo la impresión de que éstos lo rechazarían. Pero no ocurrió nada: ¡allí no había ningún portero!

Los sacó del santuario y, con la poca fuerza que le quedaba, los hizo añicos. Allí se quedaron, incapaces de oponer resistencia, como incapaces habían sido de prestar ninguna ayuda. Y regresó a la casa.

De pronto, oyó un susurro en medio de una mata seca de bambúes. Al pasar, en la semioscuridad, algo salió a su paso, pegando un salto detrás de él. Era el dios, que le mostraba todas sus roturas como terribles costuras en la carne, su rostro verde, colérico y feroz. El pequeño Ling entró a trompicones y gritando en la cocina. Y se derrumbó en el suelo.

Toda la noche escuchó los pasos del dios caminando por la casa, o

resoplando, clamando por su sangre en la puerta.

Después de la hambruna, la familia decidió trasladarse al sur, a las colinas del este de Hunan, lo más lejos posible del río.

IV

¿Por qué Ling, entre todos los hijos chinos, había acabado odiando a su padre? Al rostro arrugado, con su barba de cuatro ásperos pelos negros… ¿Por qué, en las escasas ocasiones en que Ling se topaba con él, siempre se apartaba, como si temiera recibir un sopapo?

Pero sus coincidencias eran muy pocas. Incluso en la casa china más pobre, construida de arcilla, el patio de las mujeres (donde viven los niños) está separado de la habitación del padre, que es un aposento interior. El único contacto que mantienen los niños con su padre es puramente formal, tan solo cuando se ha de llevar a cabo algún acto ritual. Por mucho que los chinos amen a sus hijos, no manifiestan ninguna muestra de afecto, por temor a que su naturalidad pueda despertar repugnancia en el pequeño. No está permitido que sientan las emociones de ese vínculo primigenio; así, la envoltura de la perla no se desgasta.

Normalmente, el padre de Ling era amable con él, pero, a su manera, distante. Y hacía lo correcto por su hijo: lo vestía, por supuesto, todo de rojo.

Sin embargo, cuando, por fin, su padre lo mandó a la escuela, Ling no quiso aprender nada, sólo por el mero hecho de que su padre lo había ordenado.

No obstante, es difícil no aprender en una escuela china. Un muchacho inglés es capaz de quedarse mirando un libro hasta ver doble sin leer una sola palabra, o de darle vueltas a las cifras de una suma como si fuera un caleidoscopio sin ni siquiera aproximarse a la solución. Pero el método chino es más útil. Allí se aprende todo de memoria. Lo dices una vez, y otra, y otra; lo dices a coro, durante horas y horas. Da igual que tu atención esté puesta en la ciudad de Tashkent; lo dices una y otra vez, con tu voz aguda y aflautada, y lo que dices se te va colando por detrás de tu atención, y cuando tu atención regresa a lo que aprendiste, funciona como una tapadera, no como un escudo, pues lo que deseabas no aprender ya ha quedado permanentemente grabado en tu interior. Así que Ao Ling también aprendió de memoria y a base de palos, pero sobre todo de memoria.

Sin embargo, el pobre estudiante que se ocupaba de aquella pequeña escuela no tenía demasiadas expectativas puestas en Ling. Era

un muchacho cortés pero enfurruñado, no muy apreciado por sus compañeros, como si mostrase una cierta resistencia interior a la autoridad, lo que significaba que para él no había esperanza, pues la aquiescente obediencia a la autoridad es la primera de las virtudes, sin la cual no puede añadirse ya ninguna otra.

Por supuesto, el odio que sentía Ling hacia su padre era algo que el tutor nunca sospechó. ¿Cómo iba a sospecharlo? Era un hombre decente, y jamás habría imaginado que alguno de sus alumnos pudiera albergar dicha maldad. Además, cualquier niño procuraría ocultar con todas sus fuerzas un sentimiento tan antinatural y vergonzoso como aquél.

De lo que sí se percató el maestro fue de su temor exacerbado, que rozaba un odio atávico, hacia los ricos. Aunque nunca logró explicárselo.

Sólo en una ocasión el maestro observó una expresión de auténtica felicidad en la cara de Ling. Fue durante la estación de la mosca de la judía, unos grandes insectos verdes con ojo rojos e iridiscentes. Ling cazaba esos preciosos y estúpidos insectos por docenas, y los colocaba en cajas de papel. Observaba a sus cautivos con un rictus de felicidad, y, cuando los cogía, lo hacía con gran delicadeza. El maestro, que era un amable budista, sonrió satisfecho al observar el manifiesto amor que su alumno sentía por los insectos. Pero entonces vio cómo, de pronto, Ling cogía las cajas, llenas de moscas vivas, y las arrojaba a la estufa.

V

Sin embargo, los primeros recuerdos de Ling se remontaban a mucho más atrás, a antes de la escuela, a antes de la hambruna, y cuanto más antiguos eran, con mayor claridad los evocaba. Imágenes vivas y aisladas, registradas no por su importancia sino de forma azarosa, o eso parecía. Ling casi podía recordar el día en que, de recién nacido, lo envolvieron, como dictaba la tradición, en los viejos pantalones de su padre.

Naturalmente no era posible que lo recordase, pero algunos de sus recuerdos sin duda se remontaban a muy atrás en el tiempo.

En uno de ellos aparecía su hermana, por la que tanto cariño había sentido. Era de la época en que Ling había aprendido a andar. Había visto a *chieh-chieh* salir con paso vacilante al exterior, y a gatas se apresuró a ir detrás de ella. Una vez en el patio se sentó sobre su pegajoso trasero para poder mirar a su alrededor. De pronto, un viejo

cerdo grande y arrugado, cubierto de pelos negros, que intentaba apoderarse de un trozo de corteza de melón, lo derribó.

Sólo en uno de sus recuerdos aparecía su padre. He dicho que había poco contacto personal entre ellos, aunque en la otra imagen que me propongo describir se producía ese contacto.

Toda la familia estaba sentada a horcajadas sobre el tejado de paja de su casa. El agua amarilla de una inundación se arremolinaba en torno a ellos, y las paredes de adobe se estaban deshaciendo. Imagino que corrían un gran peligro. Ling estaba en brazos de su madre, debía de ser muy pequeño, pues la verdad es que en ese momento le estaba dando el pecho.

Pero en cuanto comenzó a mamar, su padre lo separó del pecho y, vociferando furiosamente, lo arrojó al bote de rescate que acababa de llegar.

CAPÍTULO 11

I

Después de la hambruna, la familia Ao se trasladó al sur, a las colinas del este de Hunan, cerca de la frontera de Kiangsi. Para entonces, el padre de Ling se había vuelto muy severo con él, y el odio del muchacho se había acrecentado, si bien seguía sin manifestarlo. No era sólo una cuestión de autocontrol, sino una curiosa particularidad del propio odio. Cuando estaba a solas, a veces lo asaltaba un impulso parricida; pero cada vez que se encontraba ante su padre, cualquier mirada, o palabra suya, pinchaba su rabia como si fuera un globo, y lo dejaba humillado, sin nada que lo sostuviera (de manera parecida al empellón que el portero le dio a la multitud).

Cuando tenía doce años, sin previo aviso y sin haber mediado disputa alguna, Ling se escapó de su casa.

Trabajó aquí y allá, ahora en esto, ahora en lo otro, instigado por un espíritu inquieto que lo mantenía siempre en movimiento, de Hunan a Kiangsi, hacia el este, desde las colinas salvajes y cubiertas de bosques hasta la región de tierra roja y arcillosa, cerca de Nanchang.

Fue en la carretera que llevaba hasta allí donde vio por primera vez un autobús. No pertenecía al servicio regular, sino que era un vehículo solitario, sin compañía, que sólo funcionaba cuando había suficientes pasajeros. Éstos iban tan hacinados que parecía que iban a salirse por la parte de arriba como un ramo de flores, pero por sus semblantes te dabas cuenta de lo orgullosos que se sentían de viajar en autobús.

Lo cierto es que no avanzaba demasiado rápido, porque el propietario, para ahorrar gasolina, le había uncido un par de bueyes en lugar de utilizar el motor.

Durante un tiempo, Ling trabajó en una posada, en esa misma carretera, que sólo contaba con unas cuantas habitaciones

ennegrecidas por el humo de una lámpara humeante, y la cama de los huéspedes, una plataforma de madera, de uso comunitario. Allí los pocos viajeros fumaban tranquilamente sus pequeñas pipas o combatían el aburrimiento escribiendo o dibujando en las paredes. Los estridentes mosquitos, el canto de los gallos, las pisadas a medianoche del ganado y, al alba, el sonido de la cadena con la que él sacaba agua del pozo.

¡Menuda diferencia con el hotel urbano —donde al poco tiempo había conseguido otro empleo— de Nanchang! Nanchang, la primera capital que vieron sus ojos y que representaba para él la metrópolis del mundo. El vocerío de los vendedores ambulantes en las calles, el estrépito, el barullo, la estridente algarabía, el ruido confuso y permanente, el olor a aceite de habas, las voces irritables de los hombres que se pasaban la noche jugándose las bebidas. Los soldados que se despertaban al son de la corneta, y las máquinas de coser.

Sentado en el castillo central del *Archimedes*, Ao Ling hizo oídos sordos a aquel bufón cristiano y dio rienda suelta a su imaginación para adentrarse en el escabroso terreno de sus recuerdos.

Durante un tiempo trabajó de peón, reparando los diques que separaban el amarillo Yangtsé de las verdes tierras que tenía detrás.

También trabajó en un teatro de Shanghái. No de actor, ni de encargado del *atrezzo*, ni tampoco de músico, ni en ningún otro trabajo de los que suele evocar la palabra «teatro». En medio de un calor sofocante, su trabajo consistía en repartir entre el público toallas calientes para que pudieran aliviar sus congestionadas glándulas sudoríparas.

Posteriormente pasó una temporada en Nankín, donde habían comenzado a levantar un nuevo y estrecho edificio del gobierno entre arcillosas ruinas de barro.

También estuvo a punto de ser ajusticiado, llegó a estar con los brazos atados a la espalda, esperando turno para arrodillarse ante el verdugo. Fue en una especie de descampado de arena, como un campo de fútbol, frente a las murallas de la ciudad y rodeado por una multitud de espectadores. Pero mientras esperaba, alguien apareció al galope voceando una noticia. La expresión petulante y vanidosa del verdugo —uno de los últimos que quedaban— adquirió de pronto un rictus de pánico, dejó caer su hacha de cocinero al suelo y echó a correr con el delantal amarillo golpeándole las rodillas. El puntilloso magistrado, que presidía el espectáculo bajo un toldo de esteras, desapareció en un santiamén. También los soldados echaron a correr; la muchedumbre se dispersó. De pronto se quedó solo, pero vivo, en medio de cuatro cuerpos decapitados mientras un sudor frío se deslizaba por su rostro tenso y angustiado.

Aún seguía con las manos atadas a la espalda cuando entró en

aquella población, que iba quedándose desierta. Reinaba el silencio, ni un solo grito, sólo se oía un rumor parecido al de la lluvia: era el rumor de los pies que corrían. Cuando encontró algo con que cortar la cuerda, también él echó a correr.

No mucho después, fue, durante tres felices meses, revisor en un autobús de Hangzhou: una época en la que pudo disfrutar del desenfreno de la juventud. Aquellos autobuses eran autobuses de verdad, propulsados por su propia energía. Durante tres meses, hizo el viaje de ida y vuelta a Nankín, atravesando siempre el mismo paisaje. Es una región suave, intrincada, verde: todas las tonalidades posibles de verde, arrozales verdes, maizales verde oscuro, árboles verdes, campos de bambúes verdes y ligeros. Un campo de caminos de barro y puentes elevados sobre canales donde se concentra un tráfico denso y silencioso de vehículos tirados por niños. Por esos caminos, los voluminosos y bamboleantes autobuses rugían y pasaban a toda velocidad; cada uno llevaba su propio remolque para el equipaje, que iba pegando violentos saltos, como una lata atada a la cola de un terrier enloquecido.

Mientras trabajó de revisor, Ling se apasionó por los motores, y, con el tiempo, tal vez hubiese podido llegar a ser conductor, si un día, mientras atravesaban bamboleándose un puente con las ruedas al aire, no hubiese divisado a una hermosa muchacha sentada sobre un sampán, que estaba bordando unas zapatillas. La suya era una belleza tal que habría hecho detenerse incluso a un ganso salvaje. Sin vacilar, Ling se bajó del autobús en marcha.

Cuando volvió al puente, el sampán había desaparecido.

En la época de su conversión, Ao Ling había regresado a Hunan y era soldado del ejército del general Ho Chien.

Eso fue en 1927. Tanto Hunan como Kiangsi estaban sumidas en el caos. Las tropas del norte habían llegado y se habían ido, pero ahora había estallado un nuevo tipo de guerra. Pues en cuanto el Kuomitang progresó, se dividió de arriba abajo: la derecha se separó de la izquierda. Echaron a Borodin y a los rusos. Los comunistas, fuesen importantes o no, fueron masacrados allí donde los pillaron, pues nadie es tan inmisericorde con la izquierda como los viejos revolucionarios; y cronológicamente corresponde al gobierno de Chiang Kai-shek de Nankín, no al gobierno nazi de Hitler, el honor de ser el segundo de los movimientos fascistas del mundo (Stalin, claro, sólo ocupa el cuarto lugar).

Sin embargo, los principales comunistas escaparon de la proscripción, y haciendo proselitismo aquí y allí, descubrieron que no les faltaban adeptos. Mao Tse-Tung por ejemplo: un desaliñado político campesino de treinta años, culto y con sentido del humor. Y Chu Teh: un general de brigada, acomodado, aristocrático, de mediana

edad y fumador de opio, que había renunciado a todo para besar la hoz y el martillo, y que, además, era un estratega de primera clase.

Mao, desde Changsha, la capital de provincia, convenció a los campesinos de Hunan para que se sublevaran; y seguidamente inició la marcha hacia el sur con ellos, a las montañas de la frontera de Kiangsi. El reformado Chu Teh, que había salido con sus tropas de Nanchang, se dirigió al oeste, en dirección a esas mismas montañas.

De modo que esa brillante y dispar pareja unió sus fuerzas, y se establecieron, primero, en Chingkangshan.

Sin embargo, en aquella época, como cabe imaginar, Ao Ling apenas estaba al corriente de lo que sucedía. Sólo que ese viejo pillo, su excelencia Ho Chien, enviaba la patrulla, de la que él formaba parte, a las montañas para luchar contra los «bandidos»,[5] esas montañas que conocía tan bien. El viejo pillo era un comandante eficiente, y sus tropas iban allí donde él ordenaba. Y así fue como, echándose al hombro sus paraguas, con sus enormes sombreros de paja golpeándoles la espalda, algunos transportando pájaros cantores en jaulas y otros pocos armados con rifles, las fuerzas del gobierno pasaron al ataque.

Ese fue el momento en que, por lo que respecta a sus propias experiencias, la mente de Ao Ling se quedó en blanco. ¿Cómo había podido acabar en las filas del Ejército Rojo, contra el que le habían ordenado combatir? No lo sabía. Muchos desertores, como él, constituían pequeños grupos, como era habitual en las guerras locales. Ling debía de haber formado parte de un grupo como ése, puede incluso que lo hubiera encabezado.

Mientras se dirigía hacia las líneas enemigas, no tenía ni idea de que aquello era el comienzo de una nueva vida, de que representaba algo más que un cambio de líder: para él significaría lo que el camino de Damasco significó para san Pablo.

Pero eso fue lo que sucedió. Asimiló la doctrina marxista como un animal hambriento. Aplacó cada rincón de su alma, a la que liberó de sus tres grandes temores: su padre, lo sobrenatural, y los ricos. Además sacó partido de los tres odios engendrados de esos miedos, indicándole que eran buenos y correctos: no las cicatrices secretas de un paria errante, sino las insignias honorables de una fraternidad. Al luchar contra el gobierno, convirtió a su padre en una hidra de múltiples cabezas y le dio una espada para combatir con cada una.

Recordaba con claridad su antigua vida, pero ésa ya no significaba nada para él, como si lo acontecido le hubiese ocurrido a otro. Igual que esos recuerdos de una vida anterior que conservan los que se reencarnan, los que han evitado, de algún modo, la poción del olvido de la Madre Meng.

Ling, que nunca había sido capaz de trabajar ni para sí mismo más

que unos cuantos meses seguidos, estaba preparado para entregar su vida a la Nueva China, para luchar por el alma de la Estrella Roja. Poseía aptitudes naturales para el aprendizaje que jamás habría sospechado, y se tragaba libros y conferencias con una voracidad pasmosa. Y al cabo de poco tiempo, él mismo impartía conferencias pasables.

Pero no fue tanto su aprendizaje libresco lo que hizo que se fijaran en él sino una habilidad innata para jugar al ping-pong; una moda que por entonces ya se extendía por todo el alto mando rojo como una fiebre.

II

Todo el invierno estuvieron sitiados en Chingkangshan, y de nuevo Ao Ling volvió a tomar la sopa de corteza de árbol. Pero durante la primavera de 1929, el Ejército Rojo rompió el asedio, logró salir del cerco que lo rodeaba y se marchó a luchar y a predicar al sur de Kiangsi. No obstante, en aquella salida, la patrulla que mandaba Ao Ling se separó del grueso del ejército, y, al poco, también él se separó de su patrulla. De repente estaba solo.

El impacto que aquello provocó en él fue inmediato y aterrador: sintió que se empequeñecía y se arrugaba. Durante el invierno no había sido propiamente una persona sino una unidad dentro de una gran fraternidad: todos eran miembros de un solo cuerpo. Ahora, sin embargo, estaba solo. Ya no era un jefe de patrulla, se había convertido en un hombre solitario, con un dedo del pie maltrecho, que bajaba cojeando por un camino empinado y pedregoso. A través de un bosquecillo de abetos llegó a un pequeño templo taoísta, de cuyas paredes colgaban enormes carteles anticomunistas. Ante la puerta estaba sentado el abad, tocando la cítara.

En las montañas había disfrutado durante seis meses de la vida del espíritu, en comunión. Pero ahora la ilusión del polvo rojo se cernía de nuevo sobre él: una vez más existía el mundo visible. De nuevo cobró una clara conciencia del paisaje familiar que le rodeaba: los peñascos de tres puntas, los pequeños valles verdeantes. El humo que surgía de los poblachos grises. Las confortables casas de campo, construidas en madera y yeso negro y blanco, con sus aleros curvos. El ganado de color rojizo, con su mugido grave. Un patético burro con un peso atado a su cola para que no pudiera levantarlo, y, de este modo, no rebuznara.

El Ejército Rojo estaba Dios sabe dónde, pero desde luego no había

pasado por allí. Ya se les uniría más adelante. Lo primero que tenía que hacer Ao Ling, comunista y desertor del ejército de Ho Chien, era salir de la provincia de Hunan.

Como si el abad pudiera leer los pensamientos de aquel desconocido, dejó su cítara y le comentó plácidamente:

—Cuando se espera a un tigre en el sendero, es de necios aguardarlo para cosquillearle el hocico con una paja.

—Me dispongo a escucharte, anciano inmortal, y lo hago con devoción —le respondió Ao Ling—, dejando de lado por un momento su anticlericalismo.

Por la posición del sol supo dónde se hallaba el sur; y a paso rápido y decidido, a pesar del pie maltrecho, se dirigió a las fronteras de Guangdong. Tardó cinco días en alcanzar una escarpadura desde la que poder divisar el río Bei a sus pies, discurriendo entre los peñascos rematados por hierba que bordean su lecho. En cuanto llegó al río Bei cruzó a Cantón, de incógnito, en un bote.

Sin embargo, ni siquiera Cantón era un lugar adecuado para un conocido comunista: la proscripción todavía estaba en vigor. Era imposible volver a incorporarse al Ejército Rojo, su paradero era del todo incierto. Así que Ao Ling se puso a disposición del partido, y éste le proporcionó una documentación falsa de marino que parecía auténtica. Con ayuda del partido se enroló en el *Archimedes*, que, en aquel entonces, estaba atracado en el puerto de Hong Kong.

III

Cuando el partido convirtió de un plumazo a Ao Ling en fogonero con tres años de experiencia, no formaba parte del plan que éste divulgase el comunismo entre la tripulación del *Archimedes*. No había llegado aún el momento para una acción de ese tipo, pues poco provecho habrían sacado de unos cuantos motines frustrados. Ya tenían suficiente entre manos, debían resistir las fuerzas del Kuomitang sin exacerbar a las potencias occidentales, ya que de lo contrario éstas le prestarían mayor ayuda al enemigo de la que ya le prestaban.

Ao Ling ni siquiera llevaba consigo textos marxistas para su uso privado: el riesgo de que lo descubrieran era demasiado grande. En consecuencia, aplicó sus recién descubiertas dotes de aprendizaje a su antigua pasión por la maquinaria. Sabía que, algún día, la Nueva China, necesitaría hombres capaces de manejar máquinas con destreza. Escasea más la materia prima para formar ingenieros que la materia prima para formar mártires políticos.

Y sin embargo, en aquel momento se sintió enormemente tentado. Era consciente de que a aquellos marineros que escuchaban con ingenuidad a aquel cuentista, no sería difícil hacerles pensar en cosas más serias. En circunstancias normales habría resultado arduo instigarlos a que se rebelaran contra el imperialismo, pero eran esclavos por naturaleza, y aquélla era un ocasión especial que no volvería a repetirse. El hambre y el terror espoleaban sus mentes apesadumbradas: sin duda eran fácilmente influenciables.

De repente se sintió imbuido de un poder que le recorría todo el cuerpo. Era capaz de ponerse en pie, comenzar a hablar y conseguir que esos hombres lo siguieran. Juntos podrían reducir a los oficiales y tomar el mando del barco. La tentación era realmente grande para un hombre que nunca había sido capaz de hacer nada por su cuenta. Ante la idea de poder ver a ese Dios-Padre, que era el capitán, reducido a la categoría de un hombre corriente, desprovisto de todo menos de su ropa, Ao Ling sintió que le temblaban las piernas, y un momentáneo destello de luz roja pareció brotar del farol.

Sí, podía hacerlo.

Pero no tenía derecho. Actuar por su cuenta era algo contrario a las normas expresas del partido, constituía la peor de las traiciones. El deber lo prohibía por completo.

Pero ¿fue sólo el deber lo que le hizo abrir el puño, por así decir, y dejar que aquella ocasión se le escapara entre los dedos? ¿O fue una fuerza más antigua? En cualquier caso, esa sensación de desmoronamiento, que le asaltó al mismo tiempo que el firme poder que había en él, se desvanecía y parecía escurrírsele por las plantas de los pies, no era una sensación nueva para Ao Ling.

Henry Tung explicaba ahora la ocasión en que cenó con unos taoístas. Oscurecía, y no tenían farol, de modo que el sacerdote más anciano recortó una luna de papel blanco y la pegó en la pared. De pronto, toda la habitación quedó inundada de luz. Sin duda era la luna real, pues si se observaba atentamente podía verse a la propia Chang'e: el Hada-Luna, sentada entre los árboles de la canela, junto a su liebre blanca de jade. Al poco, todo el grupo había entrado en la luna —Henry y todos los demás, según dijo— para tomar una copa con la diosa. Pero en aquellos horizontes helados hacía demasiado frío para quedarse mucho rato.

—¡Yo tengo algo mejor! —le interrumpió de repente Ao Ling, y empezó a relatar una historia extraordinaria que, según contó, había ocurrido en la posada en la que había trabajado.

Era ya tarde y los viajeros se habían quedado a charlar después de la cena, cuando vieron que una muchacha asomaba la cabeza por la pared y se reía de ellos. Uno de los viajeros dio un respingo, la cabeza desapareció y la pared recuperó su aspecto anterior. Aquello ocurrió

varias veces, hasta que el viajero se enfadó. Sacó un cuchillo, se colocó a cuatro patas, junto a la pared, y aguardó. La cabeza no tardó en volver a asomarse, y entonces el hombre rebanó aquel cuello blanco con el cuchillo, y la cabeza se separó del cuerpo y cayó rodando al suelo, ensangrentada. ¡La gente empezó a vociferar! El propietario de la posada llegó corriendo y vio el cuchillo. Los ojos de aquella cabeza ensangrentada aún parpadeaban. ¡Pero era realmente asombroso! ¡No había ningún agujero en la pared! ¡Ni una sola marca en ella! ¡Ni un cuerpo! Los hombres fueron arrestados, pero jamás se encontró el cuerpo…

—¡Que todos escuchen lo que debo decir! —afirmó, de pronto, una voz nítida que los pilló a todos por sorpresa.

Todas las miradas se volvieron hacia el haz de luz de una linterna eléctrica que los alumbraba. Tras ella pudieron ver al capitán, acompañado del señor Soutar y del señor Watchett. Dio un paso adelante y quedó iluminado por la luz de la linterna, con un oficial a cada lado. El señor Soutar hacía gestos para intentar llamar la atención de Henry Toung.

—¿Mar demasiado movido? ¿No suficiente comida? —comenzó a decir, y tomó la callada por respuesta. Luego soltó la moraleja—. ¡Yo a lo mío, usted a lo suyo, yo buen nombre! ¡El barco puede llegar a puerto! ¡Si todos los hombres trabajan duro cobrarán *cumshaw*!

Cumshaw significa prima. De inmediato, en la despierta imaginación de cada uno de ellos, unas monedas de plata tintinearon sobre una mesa de madera.

El capitán hizo una breve pausa antes de proseguir con la segunda parte de su explicación, y se metió las manos en los bolsillos.

—Supongamos que causan problemas. Tengo grilletes. ¡No olvide que tengo esto! —Levantó la mano de repente, y en ella llevaba un revólver—. ¡No quiero problemas!

Hizo otra pausa para que todos comprendieran la situación, antes de pasar a la tercera cuestión. Entonces, de pronto, soltó en un tono grave:

—¡Sé de buena tinta que aquí hay un hombre malo! ¡No es marinero de verdad, es un traidor! ¡Hombre muy malo! ¡Un mal tipo!

De pronto se dio la vuelta y con el revólver apuntó a Ao Ling.

—Arreste a ese hombre, señor Watchett.

Dick se abalanzó sobre él con presteza, quizá con demasiada, pues no estaba habituado a arrestar a nadie, y prácticamente cayó sobre Ao Ling. Los rostros de la tripulación estaban fijos en ellos, como lunas sorprendidas, y el señor Soutar balbució:

—Pero… pero…

Dick lo agarró de la muñeca, buscó las esposas, que se le cayeron

al suelo. Ao Ling, aterrado, levantó la otra mano para protegerse el rostro. Dick, sorprendido ante la enérgica fuerza de la muñeca que sujetaba, y creyendo que éste le iba a dar un golpe, cerró el puño y le asestó un puñetazo en la mejilla a Ao Ling. La enérgica muñeca se relajó, y quedó tan floja como la de una mujer. Ao Ling cayó hacia atrás, y Dick lo esposó mientras se hallaba en el suelo.

—Hace mucho que sé lo de este hombre, señor Soutar —le dijo el capitán en un aparte—. Embarcó en Hong Kong con documentos falsos. Recibí un cable de la policía de Hong Kong solicitándome que lo arrestara. Por lo que dicen, es un conocido bandido.

—¿Y lo sabe desde hace tiempo, señor?

—Sí, aunque no tenía intención de arrestarlo hasta que no llegáramos a puerto. Pero al decirme usted que podrían surgir dificultades, me ha parecido una buena ocasión para ello. Habrá podido comprobar por usted mismo que es un auténtico cabecilla, estaba instigando a los hombres. No creo que después de esto haya ningún problema… el señor Henry cerrará el pico.

Se volvió hacia el chino.

—¡Ese hombre muy malo! Ya ha visto lo que hago con los hombres malos: los cojo y los encierro. Usted buen hombre, usted no tiene miedo. ¡Se dedica a sus asuntos, acata las órdenes deprisa, buen hombre! ¡Cuando lleguemos a puerto, mucha prima para cobrar: pago a todos los hombres dos dólares!

La mayoría de los que lo escuchaban sonrieron. Ao Ling no les preocupaba demasiado: para ellos lo importante era que se les hiciera justicia. Bueno, iban a conseguir una *cumshaw* (prima), era lo justo al fin y al cabo. Dos dólares por ese desastre: eso sí que era justicia.

No obstante, el capitán Edwardes no tenía la conciencia demasiado tranquila. Consideraba que su comportamiento para con los chinos no había sido tan ejemplar como le habría gustado. Y sin embargo, si el señor Soutar estaba en lo cierto, sin duda el golpe de efecto estaba justificado. En cuanto a la violencia y torpeza del joven Watchett, el capitán Edwardes sintió una profunda vergüenza.

Ao Ling estaba esposado, y seguía fuera de combate. No debían esperar a que recuperara la conciencia: sería un anticlímax excesivo. De modo que Dick, ruborizado y avergonzado por la fuerza innecesaria que había empleado con Ao Ling, se inclinó para levantarlo del suelo. Le sorprendió la lasitud del cuerpo inerte en sus brazos, la tersura de la piel, y sintió una mayor desazón. Ao Ling, exánime en sus brazos, era casi tan ligero como Sukie.

Con la ayuda del señor Soutar, llevó a Ao Ling a la enfermería (que por el momento resultaba adecuada como celda) y lo metió en la cama con mucho más cuidado del que hubiese tenido la policía. Luego lo



encerró.

CAPÍTULO 12

I

Parecía que el capitán sabía juzgar a los hombres, o quizás era que había mirado el barómetro. En cualquier caso, el barómetro ya había subido cuando arrestaron a Ao Ling, y siguió subiendo durante toda la noche, y al alba el viento había amainado de manera notable. A las nueve de la mañana era evidente que la tormenta no los arrastraba ya con la misma fuerza que antes; por fin, los había expulsado. No pretendo decir con eso que la tormenta hubiese cesado, seguía su curso con la misma furia, sólo que el *Archimedes* ya no estaba en ella. Se había escabullido por la parte de atrás.

El viento ya no era más que una fuerte brisa: una tormenta insignificante. El barco tenía la proa encarada al noreste, y la dirección del viento oscilaba de suroeste a oeste… casi directamente a popa.

Todo el mundo sabe que un barco de vela no se mueve tanto como uno de motor. El viento se agarra a las velas y estabiliza la embarcación, sea cual sea el tamaño de las olas. Sin embargo, si cuando el mar está todavía embravecido llega una calma repentina, entonces se mueve tanto que te castañetean los dientes. Algo parecido ocurría en ese momento. Mientras duró el huracán, el *Archimedes* había permanecido firme como si sus costados fueran velas desplegadas: las olas no podían moverlo a su antojo. Pero ahora que el huracán había amainado, nada había que controlase el movimiento del barco, que se bamboleaba frenéticamente como un corcho, y se movía como no se había movido desde que se desató la tormenta. Todo lo que a bordo no se había roto, se rompió entonces. Los pocos botes salvavidas que quedaban se soltaron de sus calzos, y con el dorso roto cayeron del revés. La mesa del comedor, atornillada al suelo, se desprendió de sus patas. Por todas partes se oía un estruendo metálico, nada musical, como unas campanas malditas. Los cables de la radio se rompieron; o, los que conservaban algún resto pesado en

un extremo, restallaban como látigos. En pleno caos, el estado de la nave era peor que antes.

Además, ahora las olas rompían de popa. Y ya nadie podía verter aceite desde las letrinas de popa, que expulsaban agua como un géiser. Los mamparos del castillo de popa se rompieron, uno tras otro, mientras el agua se esparcía sobre el motor de gobierno. El oleaje se abalanzaba sobre el castillo de popa, y tanto era su peso que levantaba la proa de la embarcación, que a veces salía incluso fuera del agua. Naturalmente, cuando eso ocurría, gran cantidad de agua se colaba por el hueco de la escotilla número 6, reduciendo aquel peligroso margen muy deprisa.

Dick Watchett apenas podía creerse lo que le indicaban sus sentidos cuando reparó en que el viento había cesado y el ascenso del barómetro demostraba que no estaban en el «vórtice» sino en los bordes de la tormenta. Acudió corriendo al puente para que le confirmaran la buena noticia. Halló al capitán y al señor Buxton en la sala de derrota, ambos sujetando una carta náutica enrollada.

—¿Es cierto, señor? —exclamó—. ¿Hemos salido de la tormenta?

El capitán Edwardes asintió. Y Dick, al observar su rostro, vio algo asombroso. Por primera vez desde que estalló la tormenta, el capitán Edwardes estaba asustado.

Dick volvió la mirada a la parte del barco que había a su espalda, y comprendió por qué. Vio desaparecer la popa en una rápida acometida de espuma que se desplazaba hacia delante, hacia el mismísimo castillo central. El barco se estremeció a causa del impacto; la proa, vista incluso desde la altura del puente, se levantaba casi hasta el horizonte. La ola pasó, pero la popa siguió muy baja. Indudablemente, el barco estaba escorado hacia popa.

En ese preciso momento apareció Chispas en el puente para informar de que su radio de emergencia funcionaba de nuevo.

—Envíe una llamada a todas las embarcaciones —dijo el capitán Edwardes—. «Posición estimada tal y cual, solicitamos ayuda inmediata.» Envíela sin dilación.

Chispas, lívido, se fue para cumplir con su ominoso deber.

No obstante, no sirve de mucho solicitar ayuda urgente, a menos que uno conozca su posición con bastante certeza. Existe una serie de métodos mediante los cuales los otros barcos pueden hacerse una idea aproximada de tu dirección, pero, incluso entonces, deben emprender una larga búsqueda antes de encontrarte.

La posición estimada que envió el capitán Edwardes era del todo errónea, como luego demostraron los mensajes que recibió al poco rato, de barcos que, hallándose cerca de esa posición, no encontraban al *Archimedes*, ni siquiera la situación atmosférica que detallaban.

Si tenían que emprender una búsqueda prolongada, la ayuda llegaría demasiado tarde. Pues en el caso de que el *Archimedes* se hundiera, lo haría deprisa. Pero si no se hundía en la siguiente hora, ahora que no había viento, el mar no tardaría en aplacarse, y entonces estaría relativamente a salvo.

No obstante, el cielo seguía encapotado, y no había ninguna posibilidad de poder ver el sol para saber dónde se encontraban.

Uno de los mensajes que les llegaron provenía de Boston. Procedía originariamente de sus armadores, en Bristol:

«Capitán del *Archimedes* la embarcación de salvamento *Patricia* lleva tres días buscándolos. Stop. Se están hundiendo interrogante. Procuren por todos los medios determinar su posición real. Stop. Sage.»

El capitán Edwardes, con una mirada atenta en sus ojos castaños y el labio inferior retraído sobre los dientes, parecía, de repente, haber sido asaltado por una determinación y una especie de cólera. Extrajo un formulario empapado del bolsillo y escribió aplicadamente con un corto lapicero: «Sage. Bristol. Huracán moderándose. Confío en que la carga llegará segura a Kingston. Edwardes.»

Puso el telegrama original y la respuesta bajo la nariz del señor Buxton.

Éste soltó un silbido no muy fuerte a través de una oquedad entre los dientes.

—¿Llegará? —preguntó.

—Llegará —replicó el capitán.

El capitán Edwardes sopló dos veces su silbato, y un oficial menudo llegó sin hacer ruido.

—Dígale al señor MacDonald que suba al puente.

Al poco se presentó el maquinista jefe. Tenía los ojos enrojecidos y trastornados. Y llevaba en la mano la dentadura postiza.

—Señor MacDonald, ¿qué impide que se forme vapor en la caldera auxiliar?

—La falta de chimenea.

—Bueno, el viento ha amainado ahora. ¿Qué le impide aparejar una chimenea provisional? Quiero que haya suficiente vapor para las bombas en dos horas. ¿Puede conseguirlo?

—No —dijo el señor MacDonald—. Pero puedo intentarlo.

De manera que los maquinistas desmontaron uno de los pocos ventiladores, altos y encapirotados, que todavía no se habían roto, y con la ayuda de un poco de cemento lo colocaron sobre el tocón de la antigua chimenea auxiliar. La sujetaron firmemente con cables (una idea muy inteligente con aquel movimiento) y, a continuación, bajaron de nuevo para intentar encender el horno auxiliar.

Cuatro horas, no dos, habían transcurrido cuando tuvieron que admitir, a regañadientes, que seguía sin funcionar. Incluso con una chimenea provisional, el fuel caliente seguía saliendo por la puerta del horno.

El capitán Edwardes apretó los dientes, y sus ojos vivos parecieron concentrarse en el problema que tenía entre manos: en la realidad su mente viajó al pasado. A su propio pasado, antes de incorporarse a la *Sage Line*, cuando aún navegaba a vela. Porque, al igual que cualquier otro oficial veterano de la flota, su aprendizaje en la navegación había sido a vela, no a vapor. Sólo últimamente, cuando los oficiales que habían sido instruidos a vela escaseaban, la mayoría de las líneas de vapor de primera clase había empezado a aceptar oficiales instruidos sólo en barcos de vapor, y ellos mismos habían comenzado a aleccionarlos en esta modalidad.

A los hombres de tierra firme les parece bastante insólito el que las compañías de barcos de vapor exijan a sus oficiales haber sido instruidos a vela. Los hombres de tierra firme suelen sonreír, como si les pareciera un absurdo conservadurismo, como si a los conductores de autobuses de Londres se les exigiera trabajar durante siete años de mozos de cuadra o de palafreneros antes de que se les permitiera conducir un autobús a motor. Con tantos conocimientos técnicos como hay que adquirir, ¿por qué perder el tiempo aprendiendo una técnica inútil y anticuada?

En realidad, la respuesta tiene que ver con la virtud. Pues la inclinación por la virtud —como la que impulsó al señor Buxton a embarcarse— no basta; requiere entrenamiento, como cualquier otra aptitud. Ahora bien, existe una diferencia cualitativa fundamental entre el trabajo cotidiano en un barco de vela y el de un vapor. Este último no difiere especialmente de cualquier otro trabajo en tierra firme, pues sólo de manera ocasional, raras veces, surgen situaciones de emergencia en un barco de vapor. Sin embargo, cada acción en el manejo de un barco de vela comporta siempre algo de emergencia. Para cualquier tarea es preciso poner el alma, además de toda la fuerza posible. De ese modo, la inclinación natural hacia la virtud se fortalece con la práctica cotidiana. Cambiar un foque con fuerte viento es toda una proeza, por decirlo de algún modo, cuando se trata de salvar el barco en una tormenta.

Así, el oficial de vela se alecciona de tal modo en la virtud que, posteriormente, cuando navega en un barco a vapor, eso puede suponer la salvación de cientos de vidas, y de millones de dólares en bienes materiales.

El capitán Edwardes pensó que de haber estado en un barco de vela, algo podría haberse hecho. Con unos mástiles provisionales aparejados y unas velas provisionales aseguradas, la nave habría

podido escapar de ese caldo infernal. Pero ¿qué puede hacerse a bordo de un barco de vapor?

Recordó entonces uno de sus primeros viajes, en una pequeña goleta Portmadoc de ciento cincuenta toneladas. Perdieron los mástiles en una galerna del mar del Norte, se amarraron bajo cubierta y quedaron a merced de las olas, igual que el *Archimedes* en aquel momento. Regresaban a su país con un cargamento de madera; las bodegas iban llenas, y en cubierta se amontonaba la carga a gran altura, hasta que la tormenta dejó aquellas cubiertas tan pulidas como la placa de latón de una puerta. Al poco, el barco volcó y luego volvió a enderezarse. Sé que parece increíble, pero eso es lo que realmente ocurrió. Como prueba, podían verse las quemaduras en el techo de la cabina, donde habían caído las brasas ardientes de la estufa. (Pero si el *Archimedesvolcaba* de aquella manera, no volvería a enderezarse hasta el día del Juicio Final.)

En cuanto hubo amainado la tormenta, el capitán y la tripulación de la goleta reaparecieron, igual que del caparazón de una tortuga salen la cabeza y las patas, una vez que ésta se siente segura. Los mástiles habían desaparecido, pero disponían de gran cantidad de madera debajo de la cubierta con la que construir pequeños mástiles que podían unir a los tocones. Con ese improvisado aparejo, la embarcación no podía navegar a barlovento, pero pudo poner el babor a sotavento sin demasiada dificultad. Ninguna embarcación se lanzó a peinar el mar en su busca.

Y entonces el capitán Edwardes recordó su primer viaje como oficial de un barco de vapor. De guardia en el puente vio cómo se aproximaba una borrasca. En un barco de vela, el oficial de guardia habría tenido mucho que hacer. Pero ¿qué haces en un barco de vapor cuando llega una borrasca? Nada, salvo meterte en la timonera para resguardarte de la lluvia.

Tiene sus ventajas e inconvenientes. El caballero con armadura podía reírse de las hondas y de las piedras que le arrojaban los soldados. Pero en cuanto se caía del caballo, ahí se quedaba, ni siquiera podía volver a ponerse en pie sin ayuda. El oficial de un barco de vapor puede reírse de las borrascas y los vientos adversos. Pero si entra en un auténtico vórtice, ahí se queda.

Y pese a ello, seguramente habría algo que se pudiese hacer. Por un instante, Edwardes tuvo la descabellada idea de aparejar velas provisionales en el *Archimedes*, sacarlo así de aquel aprieto. Asegurar unos toldos a las pocas grúas que quedaban. Sin embargo, ya habían cortado todos los toldos para cubrir las escotillas. Y además, ¿cómo se las apañaría para mover el maldito timón sin vapor? De nada sirve izar las velas si no puedes manejar la nave.

Bueno, podían colocar unas poleas en la cabeza del timón y, tal

vez, si tirarán todos a la vez podrían acabar moviéndolo. Pero eso no es gobernar un barco: uno tardaría diez minutos en mover el timón tan solo unos pocos grados.

Y sin embargo, quizá sería factible…, al menos las velas impedirían que el barco cabeceara tanto…

Volvió a recordar que todos los toldos se habían cortado para cubrir las escotillas: no les quedaba nada con qué poder hacer las velas.

Si conseguían moverse, desde luego sería con vapor. Y el fuel no ardía.

Después de todo, aquel barco era un *vapor*: todo dependía del vapor. Era inútil remontarse a la época de los veleros, no le servía de nada además. Si improvisaba algo, había de ser para formar vapor. En definitiva, si el fuel no se encendía, tendrían que quemar otra cosa.

El capitán Edwardes buscó al señor MacDonald y lo sorprendió mirando fijamente la caldera auxiliar, que seguía goteando.

—Señor MacDonald, ¿y si probáramos con combustible sólido? —le preguntó.

—Sí, si tuviéramos carbón y barras de encendido. Pero no tenemos carbón, y aún menos barras de encendido.

—¿Madera?

El señor MacDonald se quedó mirando al capitán unos segundos, como si éste se hubiese vuelto loco; luego se dio una gran palmada en el muslo.

A primera vista, podría parecer tan dificultoso quemar combustible sólido en un horno de fuel como encender un fogón de gas con trozos de carbón. Pero la verdad es que no es tan difícil. Lo que necesitas principalmente son barras de encendido sobre las que colocar el combustible. Algunos barcos —hoy en día ya no muchos— llevan, de hecho, hornos convertibles, y transportan barras de encendido para poder cambiar de fuel a carbón siempre que sea necesario o conveniente. No era el caso del *Archimedes*, pero de todos modos, no tenía por qué ser tan arduo improvisar barras de encendido.

Así que el señor MacDonald impuso a los maquinistas una nueva tarea: reunir algunas piezas del supercalentador, formado por haces de tubos delgados, cuatro o cinco juntos, y con sierras de arco cortarlos a la misma longitud de los hornos, sustentándolos sobre ladrillos refractarios. Los pedazos más cortos los colocaron encima, en diagonal. Luego llenaron los hornos de maderos de estibar y muebles rotos, y los encendieron.

Sin duda, cuando llegó el momento de colocar las barras, el movimiento del barco había disminuido notablemente: de otro modo no lo hubieran conseguido jamás.

II

De hecho, aquella tarde, el barco se movía menos, y el capitán Edwardes empezó a pensar que la confianza que había expresado, pero no sentido, quedaba, después de todo, justificada. Ahora eran pocas ya las olas que rompían en popa, hasta que por fin pudieron cubrir adecuadamente la escotilla número 6. Después, ya no entró más agua en las bodegas, aunque, en aquel momento, debía de haber por lo menos mil cien toneladas, el barco iba escorado a 35° y estaba hundido por popa, mientras iba levantado por proa y renqueante, por así decirlo. La situación seguía siendo crítica.

Ahora que el peligro parecía haberse relajado un poco, y habían cesado los incesantes embates del mar, el hambre que todos padecían se volvió más apremiante. A Dick le dio por caminar en una posición un tanto inclinada para mitigar la vacuidad de su estómago. Entonces el primer oficial sugirió que, puesto que el movimiento del barco había menguado, podrían intentar sacar algo de comida del almacén inundado. El almacén se hallaba en la parte delantera del barco, bajo el castillo de proa. Hubiera resultado imposible entrar en él mientras el barco se zarandeaba de manera inmisericorde, ni siquiera durante uno de los periodos de calma hubiese sido posible.

La escala que conducía al almacén se había soltado; había ocasionado un agujero en el suelo, y se había roto y desaparecido. Bajo las planchas de cubierta se amontonaban sacos de arroz, que con toda aquella agua de mar se habían hinchado, reventando el pavimento, y luego habían empezado a fermentar de una manera horrible. De haber llevado más tiempo fermentando, habría resultado imposible entrar en el almacén sin una máscara antigás; pero el proceso apenas había comenzado. Así que bajaron a Dick, sentado en el lazo de una cuerda y con un gancho de hierro en la mano. Era para marearse, pues la cuerda se movía en una dirección, y el agua que tenía debajo chapoteaba en la otra. Así que Dick, y las latas y las cajas que intentaba coger, se movían con gran violencia en todas direcciones (como dos parientes que han acordado encontrarse en medio de una gran multitud) y nunca parecían coincidir.

Finalmente, consiguió coger dos cajas y subirlas. Una contenía cerveza Bass y, la otra, melocotones en almíbar. Entonces lo izaron a él, semiinconsciente debido al balanceo y los gases que emanaban del arroz.

El cocinero jefe, naturalmente, estaba allí para recibir las provisiones, y enseguida repartió los melocotones. Pero no permitió que ni una sola botella de cerveza se abriera hasta que no las hubiese anotado en su libreta de cuentas. No deseaba que se produjera

ninguna irregularidad.

Cuando las latas de melocotones se abrieron, aquellos hombres, nada más verlas, comenzaron a salivar ansiosamente. Pues era domingo y, desde el jueves por la mañana, sólo habían picoteado alguna cosa: llevaban casi una semana sin tomar una comida completa.

III

Los maquinistas pedían más madera. Naturalmente, en el barco no podía conseguirse madera seca, aunque, al parecer, en cuanto el horno auxiliar central funcionara, podrían secar suficiente madera para encender los otros dos hornos. El problema era que ahora necesitaban grandes cantidades de madera, pues debían mantener los hornos encendidos si querían conseguir vapor, y la madera se consumía enseguida. De modo que aquellos hombres iban de un lado a otro en busca de madera. Era como intentar hervir agua en un picnic sin nada más que trozos de papel para quemar. En el *Archimedes* había material de todo tipo, desde cajas de embalaje de las bodegas hasta el mobiliario del comedor: lo único que había que hacer era romperlo y llevarlo a la sala de la caldera auxiliar lo más rápidamente posible. Los oficiales se habían provisto de un hacha para partir, astillar y despedazar la madera, y los chinos corrían con haces de leña, ganándose sus bienaventuradas *cumshaws*.

Es asombroso ver con qué facilidad uno se dispone de pronto a destrozar cualquier cosa, sobre todo si es material valioso. Dick sonreía satisfecho mientras reducía las literas a astillas. E incluso el señor Buxton ponía esa misma sonrisa mientras convertía en leña las patas rotas y torneadas de caoba de la mesa del comedor. La sonrisa de los chinos que transportaban todo el material era aún más amplia. El señor Rabb, que ahora trabajaba con el mismo denuedo que los demás, era el único que no sonreía, pero su hacha caía con tajo certero y con la fuerza de la enemistad personal.

La madera no tardó en amontonarse en la sala de la caldera auxiliar y en todos los espacios que la rodeaban, como si fuera un depósito de chatarra. Y los maquinistas no cesaban de alimentar aquel fuego como demonios. Deberían mantenerlo encendido toda la noche si querían que saliera vapor suficiente para producir presión en las condiciones debidas.

IV

Aquella noche Dick estaba de guardia, desde medianoche hasta las cuatro de la madrugada. De camino al puente, percibió un cambio en el aire: una mayor suavidad. El agua seguía cayendo en ráfagas, pero te golpeaba en la cara de una manera delicada, refrescante, en lugar de azotarte la piel como un látigo. Como —al igual que todos los demás— estaba muy sordo, el silencio le parecía antinatural. El mar se había estabilizado en una marejada constante de olas muy alargadas.

Todo estaba a oscuras, excepto el resplandor procedente de la sala de calderas, interrumpido de vez en cuando por una oscura figura que entraba o salía de ella. Los hombres continuaban acarreando madera y avivando el fuego.

La visibilidad no era muy buena. La noche era muy oscura, con nubes bajas y espesas, de modo que no se distinguía la línea del horizonte: era una noche cálida, húmeda y opaca.

De repente los cielos se abrieron y apareció un trozo de firmamento resplandeciente, iluminado por las estrellas. Al mismo tiempo se perfiló el horizonte, nítido y claro. Después de tanto tiempo en la oscuridad, las estrellas parecían brillar con un fuego glacial, deslumbrante. Dick se quedó sin aliento, maravillado, luego se fue corriendo a la sala de derrota a buscar su sextante.

CAPÍTULO 13

I

Después de tanto tiempo sin pegar ojo, a cualquier joven le gusta recuperar el sueño perdido durmiendo catorce horas de un tirón. Pero en un barco, eso es imposible debido a los turnos de guardia.

A los marinos de mayor edad, tras cinco días sin dormir les resultaba muy difícil conciliar el sueño. Al capitán Edwardes no le parecía apropiado irse a la cama, si bien echaba alguna que otra cabezada en el sofá de su cabina. El señor MacDonald, por otro lado, no hizo ningún intento de dormir, sabía que sería inútil. Caminaba sin cesar de un lado a otro, hablando de los chinos y del agua (aunque sin decir nada muy sensato acerca de ambos). A los más jóvenes, por otro lado —como Gaston y Dick Watchett—, en cuanto hubieron tomado el sueño, les resultó un auténtico tormento tener que despertarse al cabo de pocas horas y recobrar la conciencia con un aspecto tan abatido como el de la persona que se recupera después de haber estado a punto de morir ahogada; habrían preferido no haber dormido nada a que tener que despertarse de aquella manera.

Cuando un hombre se halla en ese estado, resulta difícil decir exactamente cuándo está despierto. Desde luego, no lo está la primera vez que te contesta desde su litera, en tono seco, pero con los ojos cerrados e inmóvil. ¿Es cuando se pone en pie de un salto y con los ojos aún cerrados busca sus botas a tientas? ¿O quizá cuando ya lleva un cuarto de hora cumpliendo con sus responsabilidades?

Aquella mañana, Dick, desde luego, no recordaba haberse levantado de la litera. Lo primero que podía recordar era que estaba en cubierta. Era una mañana nítida y hermosa. El mar estaba terso, salvo por un ligero oleaje, muy llano y raudo, tanto que el ojo apenas podía distinguirlo, y a la embarcación no le daba tiempo a subir y bajar. El cielo lucía azul como un campo de gencianas, el aire era transparente como el cristal, pero cálido al mismo tiempo: el mismísimo mar parecía que lo hubiesen lavado, de tan azul, tan

centelleante como el diamante. El humo azul de la madera que salía de la improvisada chimenea se elevaba hasta el aire quieto, y allí se quedaba flotando, la única nube que se veía, perfumando con su dulce olor la espantosa basura que cubría las cubiertas. En una mañana como aquélla resultaba increíble no ver alondras que ascendieran hacia el cielo cristalino con sus cristalinas voces.

Sí, en cambio, se oían con claridad, aunque débiles, las voces de los «leñadores» en la sala de la caldera, y sus contundentes golpes de hacha.

Dick escuchó que impartían una orden con voz autoritaria. Se oyó un siseo al abrirse las llaves de paso del vapor, y luego el sonido metálico de las bombas, primero muy fuerte, hasta que el agua comenzó a subir por ellas, y después de manera lenta y constante. Estaban achicando el agua de la bodega número 6. Un agua amarronada y sucia, de consistencia espesa debido a las burbujas de aire, cayó en cascada a las aguas impolutas del mar.

La mancha marronácea se esparcía sobre el azul transparente. Al poco, Dick observó algo extraño: empezaron a aflorar peces muertos a la superficie, que flotaban con el vientre blanco vuelto hacia arriba. Aquellas aguas estaban tan impregnadas de tabaco que envenenaban a los peces que se arrimaban a la nave. ¡Imaginémonos toda aquella cantidad de nicotina filtrándose a través de sus delicadas branquias!

Las bombas no podían seguir funcionando durante mucho tiempo, pues la presión más alta de vapor que podían alcanzar los hornos alimentados con madera era de 2,7 atmósferas (más o menos la presión de un neumático de coche), y no podían mantenerla durante mucho tiempo. Trabajaron un rato y luego tuvieron que parar, mientras el horno era alimentado de nuevo. Al mismo tiempo, la mancha marrón del mar había adquirido un color amarillo opaco, aunque seguía envenenando a los peces, que flotaban a centenares alrededor del *Archimedes*, con los ojos fijos y salidos de las órbitas, y la boca abierta.

Al cabo de un rato, las bombas comenzaron una vez más su doloroso y ponzoñoso vómito.

Puede que matara muchos peces, pero aquello insufló un nuevo y maravilloso ánimo a los tripulantes del *Archimedes*, pues a medida que el nivel del agua descendía en las bodegas de popa, comenzaron a cantar y trabajar como demonios. Presas de entusiasmo, convertían en madera incluso objetos que no estaban demasiado dañados. Pues quedaban unos pocos de esos, que se había salvado de milagro. La estantería del salón de fumar, por ejemplo: una vitrina de madera endeble. Había caído al suelo sobre la parte de cristal, e inexplicablemente ni siquiera el cristal se había roto. No obstante, como ya he dicho, a una mesa del comedor le habían arrancado las

patas. Nuestra vitrina no contenía ninguna Biblia, así que ni tan solo había ninguna razón supersticiosa para salvarla. Sólo contenía literatura corriente.

Si uno se para a pensarlo, era casi un milagro que nadie hubiese muerto. Todo lo que había ocurrido en el barco era tan letal como un ataque aéreo, y, sin embargo, no se había producido ninguna baja. Ni siquiera un hueso roto. La mayoría de los hombres tenía cortes y magulladuras, pero eso era todo. El que más había sufrido era el señor Soutar, pues en un determinado momento el oficial más robusto cayó sobre el juanete especialmente delicado del oficial, y éste gritó de dolor. Desde entonces cojeaba.

II

Gracias a que había divisado una estrella al alba y, posteriormente, el sol, el capitán Edwardes pudo por fin determinar su posición. Como se hallaban muy alejados de la posición estimada, calibrarla le llevó cierto tiempo. Y cuando la trazó sobre la carta de navegación, se le salieron los ojos de las órbitas. Se encontraba a cien millas al norte del cabo Gracias: habían pasado todos los bancos de arena. En cinco días, la tormenta los había desplazado casi cuatrocientas millas con respecto a la posición inicial, donde los había atrapado. Además, lo más probable es que no los hubiese arrastrado en línea recta, sino formando una trayectoria curva, y que hubiesen ido a la deriva a lo largo de cien millas al día. Por supuesto, mantener una velocidad media de cuatro nudos, de costado, era prácticamente imposible. La tormenta debía de haber arrastrado el mar junto con la embarcación. Y de hecho, cuando examinó la carta de navegación vio que su conjetura anterior tenía que ser cierta: el mar se había levantado, cerca del vórtice de la tormenta, en forma de cono aplastado, con un movimiento circular, sólo que más lento, como el del viento, ¡y gracias a ello habían pasado, sanos y salvos, sobre los bancos de arena, que nunca hubieran podido cruzar de haber estado el mar a su nivel normal!

Como cabe imaginar, lo primero que hizo el capitán cuando averiguó su posición fue comunicarla al *Patricia*, y se sintió aliviado cuando recibió la respuesta. Pues el vapor que estaban produciendo gracias a la madera no era, después de todo, más que una fantasía. Les permitía bombear un poco, o, cuando los remolcaran, quizá hiciera funcionar el aparato de gobierno. Podía poner en marcha los ventiladores, pero el capitán sabía perfectamente que los ventiladores

solos nunca podrían conseguir que los hornos principales funcionaran en frío, sin una chimenea. No les permitiría recuperar el vapor principal.

No obstante, había servido a dos útiles propósitos. Casi todos sabían que el día anterior, el día que la tormenta los había abandonado, había sido el más peligroso de todos. Durante seis horas al menos, el barco pudo hundirse en cualquier momento. De no haber trabajado con denuedo y esperanza, ¿habrían soportado la tensión aquellos hombres? Ésa era una cosa, pero había otra. En breve, el buque de salvamento debería remolcarlos, y el rescate que los armadores tendrían que pagar sería, en cualquier caso, muy oneroso. Pero el rescate es proporcional a lo apurado de la situación de la nave salvada. El capitán Edwardes todavía podría rebajar esa suma considerablemente si el *Archimedes* conseguía disponer, al menos, de vapor auxiliar.

Mientras tanto, los maquinistas seguían bombeando, y en cubierta se impuso una nueva tarea. Tomaron prestado un poco de vapor para un cabrestante con el que subir algunos cabos de amarre a cubierta. Estaban preparando un cabo de remolque, pues en aquel momento se hallaban en constante comunicación con el *Patricia*, y, en gran medida, procedían según sus órdenes. Y, por lo que respecta a todas las demás tentativas de ayuda recibidas, se envío una respuesta generalizada: «gracias, pero no hace falta».

Fue a la una del mediodía cuando avistaron el *Patricia*. Divisaron el humo por encima del horizonte y, puesto que la pequeñísima columna de humo del *Archimedes* apenas les resultaría visible, Edwardes les telegrafió su posición, y éste no tardó en llegar.

Parecía un pequeño vapor negro más que un remolcador. Dio una vuelta en torno al *Archimedes*, como si deseara observarlo atentamente. ¡Y bien que podía hacerlo! Dudo que hubieran visto una embarcación del aspecto del *Archimedes* flotando en el mar. A veces pueden verse barcos como el *Archimedes* abandonados en un arrecife, en alguna parte, pero no flotando en el mar.

El *Patricia* paró sus máquinas y arrió un bote al que se subieron dieciséis hombres, que llegaron al *Archimedes* remando. Era una imagen romántica ver a aquellos hombres al rescate de un barco siniestrado. El capitán Edwardes, que estaba en el puente, los contó: dieciséis. Y Dick también los contó desde la barandilla, a la espera de arriarles una escala de gato (pues las dos pasarelas habían desaparecido). Dieciséis.

¡Dieciséis hombres! El capitán Edwardes estaba demasiado indignado como para hablar.

—Señor Buxton —ordenó—, quédese junto a esa escala y no permita que ningún hombre suba a bordo, sólo el capitán.

Buxton agarró un grueso trozo de madera, y le dio otro a Dick.

—¡Si alguien que no sea el capitán intenta subir a bordo, devuélvalo al mar a golpes!

Los demás oficiales se les unieron.

El capitán Abraham se encontraba en la popa del bote, y el remero de proa agarraba la escala.

—Que sus hombres permanezcan en el bote, capitán —gritó Edwardes desde el puente—. ¡Sólo le permito subir a usted!

—¡Qué demonios, capitán! —exclamó Abraham—: Insisto en…

A continuación levantó la mirada hacia la hilera de rostros que se alineaba en la barandilla del barco, unos rostros tan devastados como la propia embarcación: rostros perturbados. El señor Soutar, con un trozo de tubería de hierro en la mano, parecía echar espuma por la boca: un salivazo escapó de sus labios y aterrizó en el mar, donde se quedó flotando. Dick sintió cómo le invadía la furia de sus compañeros; también él temblaba de ira. ¡Todos aquellos hombres a bordo de *su* barco!

—Quédense donde están —dijo el capitán Abraham a sus hombres, y subió solo por la escala.

Pasó a través de la silenciosa guardia, que apenas se fijó en él, pues no apartaba la mirada ni un instante de los hombres que permanecían en el bote. Sólo el señor Buxton lo secundó y subió al puente inferior.

Cuando los dos capitanes se encontraron, se estrecharon la mano.

—Le felicito, capitán —dijo el recién llegado.

—Gracias —dijo Edwardes—. Venga a mi cabina.

Los tres entraron en el camarote del capitán. El capitán Edwardes sacó una botella de ginebra de un armario e hizo los honores propios de un anfitrión. Todos dieron un sorbo ceremonial.

Después hablaron de negocios y firmaron el contrato de Lloyd’s. El destino sería Belice, en la Honduras Británica.

El capitán Edwardes parecía, de pronto, haber recuperado la serenidad, por lo que Abraham se aventuró a preguntarle:

—¿Por qué no ha permitido que mis hombres subieran a bordo?

Edwardes se ruborizó hasta las orejas, y por un instante pareció que el cuello fuera a reventarle la camisa.

—No permito que ningún hombre suba a bordo sin mi permiso.

—¿Por qué? —preguntó Abraham sin tapujos—. ¿Hay alguna enfermedad infecciosa a bordo?

—¡Si le niego el permiso, ningún hombre sobre la faz de la tierra tiene derecho a preguntarme por mis razones! —gritó Edwardes, dando un golpe en la mesa.

—¡Bueno, pero yo soy el responsable de remolcar este barco, e insisto en que suban mis hombres!

—¡Los hombres pueden trabajar para usted en su propio barco, pero no trabajarán en el mío! —dijo el capitán Edwardes.

Abraham se puso en pie.

—Entonces romperé este contrato —dijo.

—Puede usted romper su copia, si quiere —replicó Edwardes—. Pero no romperá la mía, y ya la ha firmado.

El capitán Abraham estaba perplejo: simplemente no sabía qué hacer. Después de todo, era su responsabilidad fijar el cabo de remolque. Sus hombres eran expertos en realizar esa tarea, era su profesión. ¿Cómo iba a confiar en esos lunáticos espantapájaros? Además, si el instinto no le fallaba, lo que necesitaban aquellos hombres era descanso, no más trabajo.

—Capitán Edwardes —dijo—, ¿acaso se imagina que el hecho de utilizar a mis hombres incrementará la tarifa de salvamento?

Un parpadeo en los ojos de Edwardes delató que había dado en el clavo. Pero Edwardes contestó con una voz ahogada.

—Quiero que sepa, capitán, que cualquier cosa que deba hacerse en este barco pueden hacerla mis propios hombres. No necesitamos la ayuda de forasteros que trabajen en esta embarcación, gracias. ¿Qué cree que son mis hombres? ¿Pasajeros?

Aquélla no era una situación habitual que se pudiera abordar aplicando la pura lógica. Una actitud tan visceral sólo podía responderse del mismo modo. El capitán Abraham se levantó de su silla, avanzó hacia el centro de la cabina y cayó de rodillas. Levantó la mano derecha por encima de su cabeza, e intentó que su rostro, afilado y corriente, adoptara una expresión tan espiritual como fue capaz.

—¡Capitán! —profirió—. ¡Le juro por Dios Todopoderoso que si mis hombres suben a bordo para fijar el cable de remolque, eso no incrementará el pago del rescate en lo más mínimo! ¡Ni le restará un ápice de mérito a su tripulación! ¡Le juro por Dios Todopoderoso que éste es el procedimiento habitual!

—Muy bien —dijo el capitán Edwardes con lágrimas en los ojos—. Señor Buxton, deje que suban.

Hoy en día no es algo que se vea con frecuencia: un capitán uniformado arrodillado en la cabina de otro capitán.

III

Cogieron el cable de remolque del *Archimedes* y, después de pasar el

ojo por encima de una de las bitas y hacer un nudo, llevaron el cable de nuevo a la bita y lo aseguraron. Luego lo arrastraron al otro lado de cubierta y formaron una brida parecida en la otra amura. Con un enorme grillete de hierro aseguraron un grueso cabo a ambas bridas, y comenzó la operación de remolque. El poco vapor que le quedaba al *Archimedes* se utilizó para el aparato de gobierno. Pues si puede gobernarse un barco remolcado, la diferencia es enorme. De lo contrario, lo habitual es que se desvíe, lo que acaba provocando que se rompa el cable de remolque o que la embarcación remolcada pase a ser la remolcadora.

Los hombres del *Patricia* trataron a la tripulación del *Archimedes* con cortesía y respeto. En parte se debía a un sentimiento innato, al hecho de honrar a unos hombres que habían logrado algo increíble, pues haber sobrevivido aquellos cinco días era ya algo increíble de por sí. Y en parte se debía al respeto que sienten los orientales por los locos. No habían olvidado la bienvenida que les habían dispensado: los rostros ceñudos, los palos amenazantes. Había que andarse con ojo con aquellos tipos. ¡Sí, señor!

El capitán Abraham, intuyendo que el suministro de alimentos en el *Archimedes* sería complicado, ordenó que la cena de sus dieciséis hombres se cocinara a bordo de su propio barco, y luego la envió al *Archimedes*. Cuando llegó, los hombres del *Archimedes* no dudaron ni un solo momento de que era para ellos: se congregaron en torno a la comida y la engulleron en dos bocados. Los hombres del *Patricia* se lo tomaron muy bien y no manifestaron ninguna queja cuando vieron que se zampaban su cena. ¡Caramba, cómo comían aquellos hombres! Debían de andar cortos de víveres.

Fue entonces cuando el capitán Abraham preguntó y el capitán Edwardes lo admitió: sí, andaban algo escasos de comida y bebida. El capitán Abraham, avergonzado en su fuero interno por no haber preguntado antes, mandó algunas provisiones y bebidas al *Archimedes*, pero no demasiadas, no fueran a quedarse cortos ellos.

Caía ya la tarde, y no faltaba demasiado para que se pusiera el sol, cuando Dick avistó una isla frente a ellos. Era una de las Islas del Cisne: un archipiélago de islas pequeñas y desiertas que se halla a más de un centenar de millas de la tierra más próxima. Edwardes estaba muy satisfecho de que la tormenta los hubiera dejado allí y no los hubiese desplazado hacia esa isla, pues ninguna marejada ciclónica del mundo podría haber levantado su nave sobre la línea de acantilados de veinte metros que bordean su flanco oriental a lo largo de media milla.

Normalmente, dichos acantilados están coronados de árboles, pues se trata de una isla de guano, apestosa y fértil. Pero a medida que se arrimaban, el capitán Edwardes observó que los árboles habían

desaparecido. La cima del acantilado estaba tan pelada como un pollo desplumado, y mostraba los mismos y esporádicos tocones rotos.

El capitán Edwardes observó la isla con sus prismáticos.

—¡Parece que el huracán también llegó a tierra! —le dijo al capitán Abraham.

—¡Ya lo creo! —respondió éste—. Nosotros tuvimos mucha suerte de estar en alta mar. El huracán tocó Cuba ayer por la noche… sólo la punta occidental. ¿Conoce Santa Lucía? No, me imagino que no: es un pequeño puerto costero en el canal de Guaniguanico. Sólo las pequeñas embarcaciones pueden entrar: es uno de los clásicos escondites de los bucaneros, según me han contado. Esta mañana lo he oído por radio. Un maremoto azotó la población, y se han ahogado dos mil personas. Prácticamente toda la población, calculo. Lo ha arrasado todo.

(¡El mismo maremoto que, al levantarlos sobre los arrecifes, les había salvado la vida!).

—¡Y no hemos perdido ni un solo hombre! —dijo el capitán Edwardes—. ¡Capitán, Dios Nuestro Señor es muy misericordioso!

El capitán Abraham se aclaró la garganta un tanto azorado.

Cuando pasaron junto a las islas, a una marcha lenta, estaba oscuro, demasiado oscuro para ver cómo había quedado la colonia de guano que había en la isla occidental. Pero no se veía luz alguna.

IV

Los oficiales tomaron su ración de cena en el comedor, como siempre, pero tuvieron que apiñarse en dos mesas, porque la tercera la habían hecho trizas. Finalmente los oficiales de cubierta y los oficiales de máquinas estaban juntos.

Dick no podía dejar de pensar en aquel chino que había arrestado, y se aventuró a preguntarle al capitán:

—El chino que ordenó apresar, señor: ¿qué va a ser de él?

—Lo mandarán de vuelta a Hong Kong. Luego espero que las autoridades chinas lo extraditen a Cantón.

—¿Y después, señor?

El capitán Edwardes accionó con la mano un gatillo imaginario en el aire.

—¡Dios bendito! —Dick dejó caer el tenedor, de repente se sintió incapaz de comer.

El capitán Edwardes suspiró.

—Tampoco a mí me hace gracia —dijo—, pero tenemos que cumplir con nuestro deber. Y creo que es mejor que no derroche su compasión por un tipo así. Es un bandido, eso significa que probablemente ha asesinado y torturado a personas inocentes.

Dick se quedó sentado en silencio, y todas aquellas historias de misioneros acerca de torturas chinas que había leído se agolparon en su mente. ¿Era posible que aquel fogonero de aspecto respetable hubiera cometido aquellas atrocidades? ¿Había asado bebés? ¿Le había cortado los párpados a alguien y lo había enterrado en la arena hasta el cuello? ¿Y aquella tortura de las hormigas? (No recordaba exactamente en qué consistía.)

Quizá sí. Uno no puede saber si un oriental es malvado o no con sólo mirarle a la cara, tal como ocurre con un inglés.

Pero era un hombre tan menudo, no debía de pesar más de cuarenta kilos.

—No le dé más vueltas al asunto, señor Watchett —intervino el señor MacDonald—. Para un chino, que le disparen no es nada. No les importa morir, no como si le dispararan a un blanco. Es un hecho científico que un chino tiene menos nervios en el cuerpo que nosotros los blancos; no sienten dolor. ¡Están más cerca de los animales que de los hombres!

MacDonald se puso en pie y salió a cubierta en dirección a la destrozada popa.

El bombeo de la sentina de popa había contribuido a que la proa se levantara ligeramente, pero por el costado el mar todavía parecía muy próximo. Apoyándose en lo que quedaba de barandilla, MacDonald se puso a contemplar el mar. El cielo estaba cuajado de estrellas, que resplandecían en sus distintas intensidades. El agua era fosforescente, una tenue réplica líquida del cielo. A popa, por fin parpadeó una luz blanca en la isla que habían dejado atrás.

El agua fluía luminosa como un río.

¡Cómo odiaba el agua el señor MacDonald! La odiaba como se odia a un hombre. Pero se había salvado: esta vez no se ahogaría. En ese momento el señor MacDonald se prometió a sí mismo que no volvería a correr ese riesgo. Se retiraría. Era cierto que su intención había sido esperar un año o dos. Pero en aquellos pocos días, había envejecido un par de años. Y tenía un poco de dinero ahorrado en el banco: el suficiente para vivir. Era cierto también que los niños no habían terminado aún la escuela. Bueno, si Jean quería estudiar la secundaria tendría que pedir alguna beca, como había hecho él. Se había ganado un descanso.

Le dio la espalda al odiado mar, se subió a la barandilla y se quedó allí sentado, como un muchacho. Comenzó a pensar en la vida

paradisíaca que llevaría cuando se retirara. Unos arbustos bien podados y un perfecto caminito entre ellos. ¿En Gloucestershire? Ya lo creo, estaba lejos del mar. Pero quizá regresaría al pueblo donde había nacido, en Dumbartonshire.

Ahora que estaba resuelto a dejar el mar, aquel pequeño nudo duro y febril que se había formado en su mente, y que con sus intrincadas vueltas le había impedido pegar ojo durante cinco días con sus correspondientes cinco noches, pareció disiparse. En su mente se formó un pozo de sueño que no tardó en disolverse. De repente, sin previo aviso, el sueño se apoderó de él, y se cayó al mar de espaldas.

La impresión del agua, naturalmente, lo despertó, y estuvo nadando durante un buen rato.

CAPÍTULO 14

I

Dick se encontraba profundamente afectado por el arresto de Ao Ling, y ni las palabras del capitán ni las del señor MacDonald habían servido para aliviarle lo más mínimo. Como la mayoría de los jóvenes de raza blanca, nunca había considerado que los chinos fuesen humanos hasta que no hubo tocado a uno. Como consecuencia, el efecto de dicho roce había sido mucho mayor que si hubiera tocado a un hombre blanco. De haber forcejeado con un hombre blanco, habría sabido qué esperar del roce, mientras que el contacto con Ao Ling lo había cogido por sorpresa.

Además, Ao Ling era el primer hombre que había dejado fuera de combate, y la satisfacción que le había provocado también lo había pillado desprevenido.

Pero lo que realmente lo desconcertaba era el extraño estado de ánimo que le invadió tras aquel satisfactorio instante. ¿Por qué la sensación que le produjo el cuerpo de Ao Ling, mientras lo llevaba al hospital, le recordaba tanto a la de Sukie, cuando la llevó en brazos hasta el sofá? ¿Se debía tan solo a que pesaban lo mismo y los dos tenían la piel tersa?

Fuera cual fuera el motivo, no podía sacarse de la cabeza la suerte que había corrido aquel hombre, sobre la que él no dejaba de darle vueltas: le preocupaba en exceso. A la mañana siguiente tuvo que acompañar al capitán y al doctor en su inspección de rutina. El corazón se le desbocó ante la idea de volver a encontrarse con Ao Ling cara a cara. ¿Qué aspecto tendría un hombre al que iban a ejecutar? Probablemente no se parecería a los demás: la certeza de la muerte, sin duda, le habría dejado su huella impresa en el rostro. ¿Y qué sentiría Ao Ling al ver al hombre que lo había apresado? ¿Aquel que había colocado las ruedas, por así decirlo, en los raíles que le conducían directamente a la muerte?

Ao Ling estaba sentado en la cama, con los codos sobre las rodillas

y la barbilla sobre las manos esposadas. El pelo negro y lacio le caía sobre la frente. Sólo se le veía la nariz aplastada, los labios entreabiertos. Levantó la vista y reparó en la mirada inquisitiva de Dick. Lo cierto es que no recordaba quién le había asestado el golpe que lo había derribado. Le devolvió la mirada, sorprendido.

Por más que Dick lo atravesara con la mirada, no conseguía leer la expresión que había adquirido el rostro del chino. Miraba, miraba. Pero ¿qué podían ver aquellos dos jóvenes más allá de sus ojos? Eran de la misma edad, y, en cierto modo, muy parecidos, aunque su educación había sido distinta. Y, ahora, al parecer, también su perspectiva de futuro era muy distinta.

II

Aquella misma mañana, después de la visita, mientras Dick intentaba poner algo de orden en sus pertenencias, le invadió una enorme sensación de orgullo, como la que había sentido al arrojar aceite desde la letrina de proa. No todos los jóvenes pueden decir que han reducido a un famoso bandido chino sin otra arma más que sus propias manos, capaces de derribarlo, esposarlo y meterlo entre rejas. Pues eso, al fin y al cabo, era lo que había hecho, dicho con palabras sencillas y sin embozos (¿y para qué tantos embozos?).

En cierto modo, era una lástima que no pudiera conservar ningún recuerdo de aquel momento. Un coronel tiene una piel de tigre en el suelo del vestíbulo, y si, por casualidad, tropiezas con ella, le falta tiempo para contarte cómo cazó al animal. Es una lástima que cuando arrestas a un asesino no puedas conservar una cornamenta que te sirva de excusa para contar la historia (estoy seguro de que nuestra policía llevaría a cabo más arrestos si supiera que el juez, cuando todo ha terminado, le mandaría, perfectamente arreglada, la «cabeza» del detenido).

Y sin embargo no dejaba de ser curioso que si Ao Ling era realmente un bandido y un asesino, no se reflejara en su rostro una mayor maldad. Naturalmente, los villanos son capaces de disimular su maldad con una expresión de absoluta candidez, aunque no siempre, desde luego. Según se desprendía de las lecturas de Dick, en el arresto era cuando esa máscara de inocencia debería haber caído para ser sustituida por un gesto de diabólica crueldad, capaz de deformar los rasgos de aquel hombre. Sin embargo, no fue eso lo que Dick recordaba haber visto, sino una expresión bobalicona, de perplejidad.

Dick fue a buscar al doctor Frangcon y lo interrogó. ¿De verdad Ao

Ling era un bandido? El doctor conocía a los chinos mejor que a nadie de a bordo.

El doctor Frangcon lo escuchó, muy serio y bastante apenado.

—¿Cómo puedo saberlo? —dijo—. Además, no es asunto mío, ni tampoco tuyo. Lo cierto es que subió a bordo con documentos falsos, y sólo por eso nuestro deber era arrestarlo y entregarlo a la policía. Lo que haya hecho es asunto de las autoridades, no nuestro.

Aquello parecía lógico. Pero una voz irracional en su interior parecía querer decirle a Dick que, si uno entrega a un hombre para que lo fusilen, tiene al menos cierta responsabilidad en el asunto.

De repente se acordó de aquella niña de su pueblo que llevaban en un carrito.

III

El capitán Abraham dejó su barco a cargo de su primer oficial, pues mientras algunos de sus dieciséis hombres permanecieran a bordo del *Archimedes*, su intención era acompañarlos. Confiaba en sus hombres, pero hasta cierto punto; de momento habían mostrado una enorme paciencia. Pero sabía que bastaría una chispa para que estallara una pelea. Y cuando unos hombres se hallan en la situación del *Archimedes*, combaten a muerte y sin pararse a pensar en si están o no jugando limpio.

El capitán Abraham observó atentamente a los hombres del *Archimedes*: era parte de su trabajo, lo más probable es que tuviera que redactar un informe sobre ellos estrictamente confidencial. El capitán Edwardes, tras el incidente de la subida a bordo de los dieciséis hombres, no parecía demasiado resentido. Se le veía preocupado, cada vez más preocupado, no por algo que hubiera ocurrido, sino más bien por la dura prueba que le esperaba. Al capitán Abraham no le costó intuir de qué se trataba. En cuanto llegaran a puerto se abriría una investigación que debería dar cuenta de todos sus actos e intenciones durante la tormenta, y eso era motivo de preocupación para cualquier capitán. El propio capitán Abraham había sido testigo en numerosas investigaciones. Sabía que los expertos, una vez expuestos los hechos, y conociendo todo lo sucedido, solían declarar de manera injusta, pero con total honestidad, que un hombre había actuado erróneamente. Cuando se dirige una investigación de ese tipo, nada es tan difícil como tener en cuenta los limitados datos de que dispone el capitán a la hora de tomar cada una de sus decisiones, prescindir de aquellas indicaciones que

probablemente él conociera más tarde, aunque fuese sólo unos minutos.

Abraham llegó a la conclusión de que Edwardes era un hombre afortunado con sus oficiales, sobre todo con el señor Buxton y el señor Rabb. Formaban un buen tándem, competente, eficiente, y que no se dejaba llevar por las emociones. Eran hombres en los que uno podía confiar. De los dos, Rabb era quien mostraba menos signos de desgaste. Y sin embargo, había algo muy extraño en él. Cumplía con todas sus responsabilidades con escrupulosa eficacia, pero evitaba a los demás oficiales, como si estuviera ofendido con ellos. El capitán Abraham se preguntó cuál sería el motivo.

Cuando todos se reunieron en el comedor para almorzar, el capitán Abraham prosiguió con sus observaciones, aunque, por su modo de comportarse, no levantó sospechas. Contaba historias, pero no historias de tormentas en el mar.

Naturalmente, la silla del señor MacDonald estaba vacía, aunque solamente los dos capitanes, el médico y el señor Soutar sabían por qué no estaba allí. Dijeron que había sufrido una crisis nerviosa y que lo habían trasladado al *Patricia*, pues no les cabía en la cabeza que se hubiera caído por la borda: creían que había saltado. Y en cuanto salta uno, es probable que otros lo sigan. Así que, de momento, más valía no divulgarlo.

Las historias del capitán Abraham se entremezclaban unas con otras, aunque nadie lo escuchaba con atención.

Las cosas parecían haber vuelto a la normalidad. Los carpinteros habían sustituido la mesa que faltaba, y los oficiales de cubierta y los de máquinas volvían a estar separados. El cocinero jefe se ocupaba de la despensa; y dos camareros amarillos, con chaquetas limpias, servían los platos ceremoniosamente.

En el comedor de un barco nunca reina una gran locuacidad, pero aquél era más silencioso de lo normal, y tal vez ésa era la diferencia más evidente. Mientras, las historias del capitán Abraham seguían y seguían, aunque no tardaron en acabársele, pero como nadie tomaba la palabra, y a falta de nada mejor que decir, comenzó a describir Belice, donde ninguno de los tripulantes del *Archimedes* había estado jamás, ni siquiera Edwardes.

—¿Nunca ha hecho escala allí, capitán? ¿No? Bueno, no es un mal sitio en la estación seca. No es Shanghái, ya se lo digo; es un lugar pequeño y tranquilo. La vista es hermosa cuando llegas a puerto…, si le gustan, claro está, los lugares un poco anticuados, como a mí. Los pájaros cantan en las adelfas y en las palmeras, las montañas difusas por la niebla a lo lejos, y el mar salpicado de pequeños cayos e islas como… como…

Su voz se perdió. No sabía cómo acabar aquella comparación, que

se quedó con los cayos y las islas. Y a nadie parecía importarle.

Ésa era una idea, se dijo Dick: ¿y si liberaba al chino cuando llegaran a Belice? Quizá el hombre no tendría muchas opciones, pero *quizá* conseguiría escapar. Al menos tendría una posibilidad. Cuando se imaginó aproximándose furtivamente a la celda, de noche, y dejando escapar a aquel hombre, un placentero estado de ánimo se apoderó de él: la idea de la tácita gratitud de Ao Ling. A lo mejor se lo volvía a encontrar años más tarde, en algún grave altercado en China Central, cuando todo pareciera perdido, y entonces Ao Ling lo reconocería y sería él quien le salvaría la vida (pues un chino nunca olvida).

—Es un terreno un tanto pantanoso —proseguía el capitán Abraham, implacable—, la mayoría de las casas se sustentan sobre pilares de caoba. Son todas de madera, claro, las casas, quiero decir, con celosías: se apoyan sobre unos cortos pilotes de caoba. Hubo una época en que, en aquel lugar, el comercio de caoba era muy próspero, era un puerto pequeño pero rico… porque la caoba es lo que se produce principalmente. La cortan los negros en el bosque, donde ningún blanco es capaz de vivir, y la bajan por el río formando balsas. Pero he oído decir que la caoba está pasada de moda, o algo parecido. Hoy en día, el comercio de caoba representa una décima parte de lo que era. Hay una pobreza terrible. Ahora son los negros los que bajan flotando por el río, en lugar de la madera. ¡Es curioso! En Europa, algún petimetre espabilado dice: «Ya estoy harto de esa caoba tan pesada», sin mala intención. ¿Y cuál es el resultado? ¡Que los negros comienzan a bajar flotando por el río! Bueno, a mí me gusta comer sobre una superficie de caoba.

Dick se imaginó al chino escabulléndose sigilosamente en la noche, y el revuelo que se armaría al día siguiente. Negros demacrados con sus tam-tams, acechándolo para cobrar la recompensa. El chino chapoteando desesperadamente en los pantanos, atacado por las serpientes, tropezando con las plantas trepadoras, adentrándose cada vez más en la jungla, mientras la policía iría estrechando el cerco de manera inexorable… Era una imagen tan fascinante como la anterior.

—Belice es la capital, sabe. Tienen un hospital. Y una cárcel y barracones en el lado norte, al otro lado del río, delante de la residencia del gobernador.

De pronto, uno de los maquinistas empujó la silla hacia atrás y hundió la cabeza entre las manos.

—¡Se hunde! ¡Sé que se hunde! —gritó a pleno pulmón.

Se hizo un silencio aterrador, interrumpido sólo por sus sollozos. Luego, Soutar y el tercer oficial se lo llevaron, cada uno de un brazo, seguidos del doctor Frangcon.

—Los únicos edificios de ladrillo están en la orilla sur, que yo sepa

—prosiguió el capitán Abraham alzando un poco la voz—, y son la iglesia de San Juan y la capilla Wesley. También hay algunos en la orilla norte, por supuesto.

Pero entonces reparó en la mesa de los aprendices, y de nuevo titubeó y se quedó callado. Los tres aprendices lloraban en silencio, y las lágrimas se deslizaban por sus rostros. Ninguno pareció darse cuenta de que estaba llorando, pues señalaba a los otros dos, e invitaba a los demás a que vieran en qué estado se encontraban para que hicieran algo por ellos. Cada uno se creía que estaba perfectamente.

Cuando el señor Buxton observó esto, también se echó a llorar.

En ese momento regresó el doctor Frangcon y les suministró a todos una dosis de bromuro, tanto a los sanos como a los enfermos. A todos los que se hallaban en el comedor.

Pero lo que más había sorprendido al capitán Abraham no habían sido las lágrimas de Bennett, ni las de Phillips, sino las del tercer muchacho, pues llevaba su reloj de oro.

El capitán Abraham se llevó la mano al bolsillo del chaleco. Hasta ese instante no había reparado en que le había desaparecido el reloj.

IV

Cayó la noche, y los hombres que no estaban de guardia se retiraron a sus literas con una segunda dosis de bromuro.

El capitán Edwardes se desvistió completamente por primera vez y se puso el pijama. Encendió una pipa y se metió en su litera. Naturalmente, el barco seguía escorado; menos mal que la cabecera de la cama estaba contra la pared, pues de lo contrario hubiera acabado cayéndose.

Tal como el capitán Abraham había supuesto, Edwardes estaba realmente preocupado por su futuro. Aunque, no se preocupaba tanto por él como por los armadores. Confiaba en que no hicieran el ridículo. Durante veinte años se había creado una relación muy cordial entre la oficina central y la flota, y Edwardes confiaba en que aquello no la comprometiese. Si la investigación mostraba, de forma evidente y fundamentada, que no había dado la talla como capitán… bueno, entonces lo despedirían. Pero de despedirlo, que lo hicieran rápidamente: eso era algo que los demás oficiales respetaban. Por el contrario, si la investigación demostraba que no había cometido ningún error grave, que lo admitieran y lo restituyeran en el cargo.

Nada de darle vueltas al asunto. Nada de tenerlo seis meses navegando por la costa, con la excusa de que era bueno para su salud, mientras tomaban una decisión. Mejor un despido injusto que eso.

El capitán Edwardes sabía perfectamente qué tipo de veredicto puede comportar una justicia desmesurada. A lo mejor lo obligaban a pagar una multa por haber puesto su barco en peligro, y le regalaban un reloj de oro por sacarlo de él. Bueno, quizá era eso lo que se merecía, aunque no causaría buena impresión… no al resto de la flota, ni al mundo.

¿Y si realmente le regalaban un reloj de oro? Se imaginaba la escena. Tendría que pronunciar un discurso. La sangre galesa del capitán Edwardes le produjo un hormigueo de satisfacción ante la idea de pronunciar un discurso delante de todos aquellos peces gordos. Pero en ese momento sólo se le ocurrió decir:

«Caballeros —se imaginaba diciendo mientras levantaba su trofeo —. Alcalde, caballeros. Este reloj será para mí un recuerdo perdurable de la cólera del cielo.»

A través de la puerta de su camarote oyó el sonido de un movimiento furtivo que procedía del camarote de al lado. ¡Alguien estaba donde no debería! Edwardes permaneció inmóvil, en silencio, escuchando con atención.

Se oyó un crujido de papeles, y luego un vaso cayó al suelo. El capitán tensó los músculos, estaba dispuesto a saltar de la cama en cualquier momento. Se escuchó un *plaf* en el suelo… y *Thomas* asomó su inquisitivo hocico por la puerta, inquiriendo si podía entrar. No se le veía más delgado de lo habitual, pero tenía los pelos de punta, como si necesitara realmente que alguien cuidara de él.

El capitán Edwardes extendió un brazo, metió a aquella pequeña criatura en la cama y lo acarició.

Rabb. Aquél era un asunto espinoso. Si el capitán contaba toda la verdad en su informe, Rabb acabaría de patitas en la calle. Era un oficial serio, que gozaba de popularidad, una persona de carácter intachable. Se había venido abajo con la tormenta, era cierto, pero había sido mala suerte. Un hombre no tiene por qué enfrentarse a una tormenta como ésa. Su carrera podría haberse desarrollado de forma intachable si no hubiese tenido la mala fortuna de toparse con la tormenta. Además, las probabilidades de que tuviera que volver a medirse con una borrasca como aquélla eran mínimas. Quizá, de haber estado en su propio barco, con sus propias obligaciones, ese simple incremento de la responsabilidad le habría ayudado a mantener la serenidad.

Un oficial muy válido, que se había desmoronado debido a la mala suerte.

El capitán Edwardes se planteó no decir nada de Rabb en su informe… pero, en su fuero interno, sabía que no podía callarse.

Soutar, ahora jefe en funciones, también se metió en cama, dispuesto a dormir muchas horas, pues sus nuevas responsabilidades lo eximían de hacer guardia. Y además había poco que hacer en la sala de máquinas. Casi todo el desbarajuste se había arreglado. Tampoco había graves daños. Lo cierto es que era una suerte que los motores se hubieran parado antes de que algo pudiera romperse.

Soutar apagó la luz y se dispuso dormir, pero no durmió demasiado. Oyó que alguien lo llamaba, y se encontró con la mirada furiosa del señor MacDonald.

—¡En el Más Allá, el hombre rechaza la razón, señor Soutar, como ya le dije! —afirmó.

Eso debía de ser cierto, pues su expresión era absolutamente la de un orate, y en lugar de su bigote gris llevaba un largo mostacho negro, de mandarín.

Soutar emitió un grito ahogado. Se incorporó y encendió la luz. Pero MacDonald había desaparecido, y Soutar no tenía ganas de volver a dormirse. Se sentó en la cama y comenzó a leer un libro. Era un libro de Ethel M. Dell.[6]

El señor Rabb, antes de acostarse, abrió un estuche de manicura, y con un pequeño cortaúñas comenzó a cortarse las cutículas. Nunca podía cortarse las uñas porque las llevaba mordidas siempre hasta la carne. Sin embargo, tenía la costumbre de cortarse las cutículas y de sacarles brillo a las uñas con una pequeña lima. A un caballero se le reconoce por las manos.

Después de darle muchas vueltas había llegado a la conclusión de que el capitán y el segundo oficial habían conspirado contra él. Desde que les reprochara que bailasen en Norfolk, se dio cuenta, por pequeñas indicios, de que pretendían perjudicarlo. Así son los malvados: nunca se enfrentan a un cristiano abiertamente, sino que lo denigran a sus espaldas.

Ahora tenían su oportunidad. Porque, en aquella terrible tormenta, él había obrado con responsabilidad y se había negado a caer en las trampas que le habían tendido para matarlo. Y ahora redactarían un informe que haría que lo despidieran, cuando ellos habían estado tan asustados como él. Por ejemplo: ¿no había visto al propio capitán Edwardes presa de un ataque de pánico en el puente de mando cuando creyó que aquel puente se iba al agua? Pero si informaba de ello, ¿quién le creería, cuando no podía aportar más prueba que su palabra?

¡Las órdenes que David le dio al marido de Betsabé no eran nada comparadas con las órdenes que le habían dado a él! De haber

obedecido alguna de aquellas órdenes, ahora sería hombre muerto, que es lo que ellos pretendían en realidad. Bueno, pues las cosas no habían sido así, y estaba vivo, aunque de todos modos, lo tenían cogido.

Tal vez podía escribir al presidente de la Junta de Accionistas y ponerle al corriente de aquella conspiración, aunque era bastante improbable que su palabra pesara tanto como la de sus enemigos.

En fin, pues no les daría ninguna oportunidad. Cuando llegaran a Belice abandonaría el barco. Pero no se incorporaría al *Descartes*. ¡Entonces no podrían hacerle nada! Y no estaría demasiado tiempo sin empleo. Muchas empresas estarían encantadas de beneficiarse de la experiencia de un hombre que había servido en la famosa *Sage Line*.

Dick Watchett tampoco podía dormir. Le ardía el rostro y su mente no paraba. No dejaba de darle vueltas al episodio que había ocurrido en el comedor. Aquel maquinista se había derrumbado. Los otros chicos también se habían derrumbado. ¡Incluso había visto llorar al señor Buxton! ¡Al propio señor Buxton! Sin embargo, él no tenía la menor intención de derrumbarse. Era más fuerte que ellos.

Aquel episodio le impresionó, pero al mismo tiempo le proporcionó una gran seguridad en sí mismo con respecto al futuro. La tormenta lo había sorprendido cuando era un muchacho, y ahora, sin embargo, era un hombre. Un marinero, un tipo duro. Por primera vez en su vida se había enfrentado durante largo tiempo a un peligro de muerte, y lo había soportado, se había familiarizado con él. Para ser franco, ya no le importaba qué futuros peligros le aguardaban.

En cuanto al chino, ¡qué extraño que se hubiera preocupado tanto por él! Que se muriera. Hay muchos chinos en el mundo: uno menos no tiene importancia. Sí, era mejor que se muriera, pues así redondeaba mejor la historia. Por otro lado, si lo ayudaba a escapar en Belice, si dejaba que se le escabullera al capitán entre los dedos… bueno, eso también sería emocionante…

Se imaginó que se encontraba a Sukie: ¿qué pensaría de él ahora? No le contaría sus aventuras, desde luego; seguramente ya lo habría hecho otro. Lo más probable es que ya hubiera salido publicado en los periódicos, y ella habría devorado cada párrafo, y luego algún colega de a bordo se la encontraría y le contaría lo del bandido chino: que Dick lo había reducido con sus propias manos, y que al poco el hombre había sido ejecutado por sus atroces crímenes… O algún compañero le hablaría del joven chino, que Dick lo había arrestado obedeciendo las órdenes del capitán, y, luego, sabiendo que era inocente, había tenido la osadía de dejarlo escapar… Bueno, todavía le costaba decidirse por una u otra opción.

Pero, mientras se imaginaba a Sukie —una Sukie más dulce y amorosa— ensalzando su actitud heroica, algo le acuciaba

insistentemente, como un hilillo de agua fría que le cayera por el cuello. Y entonces de repente lo comprendió: ¡todo aquello le daba igual, porque ya no estaba enamorado de Sukie! Después de todo, no era más que una adolescente que iba al instituto, y él un hombre hecho y derecho. ¡Y aparte de ser flaca, su cerebro no era mayor que el de un mosquito! ¿Qué más le daba que lo adulara?

Y así fue como Dick Watchett, el hombre, el tipo duro, se dio la vuelta en el lecho y se durmió plácidamente; aunque sin dejar de pensar en todo momento en que había perdido algo que lamentaría.

Pero así debía ser. Un hombre no puede alargar la escala de sus emociones, tan solo desplazarla. Si la estiras por un extremo, para afrontar la emoción del peligro de muerte hasta conseguir sobrellevarlo, no puedes pretender mantener una delicada sensibilidad en el otro extremo. En el caso de las voces, tenemos barítonos, tenores o sopranos, pero nadie es capaz de cantar todas las octavas del piano. De hecho, era como si a Dick le hubiera cambiado la voz. Ahora poseía algunas nuevas y espléndidas notas viriles, pero las más agudas habían desaparecido.

Quizá no para siempre, pues el desplazamiento había sido artificial. Con el tiempo, puede que la seguridad le devolviera a su registro natural. Y también puede que el tiempo mitigara su reavivada fe en Dios, una fe que en aquel momento era un tanto embarazosa. Pero ya no diré nada más acerca de Dick Watchett: quizá haya contado demasiado sobre alguien que, al fin y al cabo, era un joven muy corriente.

V

Sólo un hombre en todo el barco dormía como un tronco: Ao Ling. No había luz en su celda, así que se había quedado dormido poco después del crepúsculo; y ahí estaba, tendido de lado sobre el camastro de la enfermería, con las manos esposadas entre las rodillas.

Le sorprendió encontrar una chica de Fujian a su lado. Se apoyó sobre un codo para abrazarla, pero la fina pelusa de su rostro y sus manos le advirtió que, en realidad, se trataba de un zorro con forma humana.

Además, para mayor perplejidad, descubrió que estaba embarazada y que, en aquel instante, comenzó con los dolores de parto. Profundamente abochornado, habría abandonado el camastro, pero se percató de que no podía levantarse. Así que se dio la vuelta y apartó la cara de ella.

Entonces una voz dijo: «¡Mira!».

La habitación se inundó de una luz roja y un olor peculiar, y una bola de carne blanca rodaba por el suelo como una rueda. Ao Ling se inclinó por el costado del camastro (pues la chica-zorro había desaparecido) con el cuchillo en la mano, y cuando la bola pasó junto a él, le asestó un tajo. De la bola salió un hombrecillo envuelto en una aureola de luz roja. Era el capitán Edwardes, enfundado en unos pantalones de seda china, de los que emergían unos cegadores rayos de luz dorada. Se pavoneaba de un lado a otro, haciéndose cada vez más grande.

En aquel profundo silencio se oyó una especie de cántico, y Ao Ling giró la cabeza a tiempo para ver una marsopa de barba negra que colgaba de una caña de pescar y cantaba de forma enloquecida. Entonces el sedal se tensó y la marsopa ascendió, zumbando, hacia al cielo.

Ao Ling alzó la mirada y observó una inmensa figura montada sobre un unicornio negro, una figura de cara verde y esponjosos cabellos color carmesí, y un ojo de cíclope que emitía un rayo de luz purísima, blanca. En la mano llevaba una caña de pescar, y del sedal todavía colgaba el padre-marsopa, que no había dejado de cantar.

A su alrededor, el mar bramaba y se agitaba, pero de él surgió un solitario árbol cuyas hojas eran de jade blanco. El tronco era de un grosor que los brazos de un hombre podían abarcar, y por su centro ascendía un tubo transparente de amarillo pálido. El follaje era denso, y tintineaba cuando caía una hoja. Pero en aquel instante lo partió un rayo, y atrapado en la hendidura había un general de rostro azul y alas de murciélago, aullando de dolor con su enorme boca de mono y golpeando incesantemente los tambores que colgaban a su alrededor.

Al capitán Edwardes le había salido una barba como la de la marsopa. Sacó un dardo de su cinturón y se lo arrojó a la figura que iba montada sobre el unicornio. La figura se apoderó del demonio aullante del árbol, y aullando también desapareció entre las nubes.

Una gran boca surgió del agua, tan ancha y profunda como un pozo, contra la cual se oían romper las olas. El capitán Edwardes sacó otro dardo de su cinturón y lo arrojó hacia la boca, que también desapareció emitiendo un violento soplido, que hizo volar la nave de costado sobre el agua.

Pero el mar, ¿dónde estaba el mar? Ya no había agua, sólo la agitación de innumerables dragones. ¡Qué bienvenidos eran! Cada uno poseía, además de sus cuatro patas, una quinta que le salía del ombligo, y bajo sus largos hocicos no tenían ninguna barba negra. Agitaban sus patas lanudas, y su cola peluda restallaba como un látigo.

Entonces uno de los dragones, con una hermosa armadura de

escamas que emitía un resplandor dorado, se lanzó contra la embarcación y reptó por la empinada cubierta. Mientras avanzaba, la cubierta se hundía con su peso, como el techo de una tienda de campaña cuando un gato lo recorre por encima. La frente se proyectaba sobre sus ojos en llamas; tenía las orejas pequeñas y gruesas; la lengua era alargada y los dientes afilados.

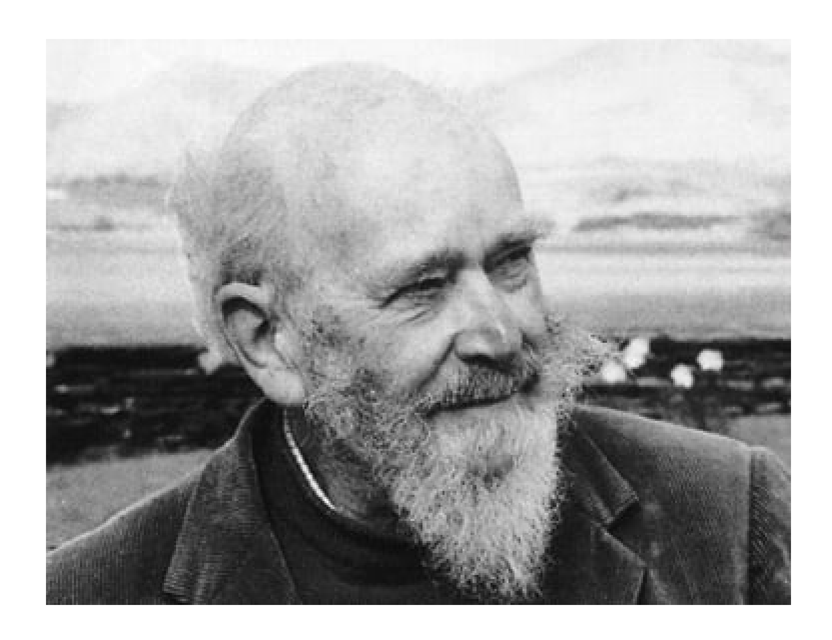
Pero el capitán Edwardes extrajo de sus pantalones miles de bolas de fuego, que salían volando de sus manos e impactaban en el dragón, que acabó, por fin, arredrándose. Entonces el capitán montó encima de él, y con crueldad le arrancó las escamas una a una, mientras el animal gritaba de dolor e iba empequeñeciéndose para terminar llorando de impotencia, con sollozos entrecortados que parecían los de un niño desesperado.

Era su propia voz infantil, que lloraba desde los lejanos años del pasado.

VI

Ahora estaban en mar abierto, rumbo al golfo de Honduras, a más de cien millas de tierra firme. Frente a ellos se divisaba la pequeña silueta negra del *Patricia*, y el humo de su chimenea no era más que una manchita oscura en medio de miles de estrellas, con sus tres luces verticales en la cabeza del mástil. También se avistaba el cable de remolque, que de vez en cuando se hundía en el agua para resurgír luego en toda su extensión, dejando caer un hilillo de gotas fosforescentes.

Más cerca estaba la proa deteriorada del *Archimedes*, todavía inclinada hacia un costado. En lo más alto de la amura se veía al vigía, que de vez en cuando se desplazaba de un lado a otro, para dirigirse después a popa y hacer sonar seis campanas: las únicas campanas que llegaron a repicar sobre la tumba del señor Ramsay MacDonald, antaño maquinista jefe del *Archimedes*.



RICHARD HUGHES

(1900-1976) nació en Surrey y se educó en Oriel College, (Oxford). En sus años de estudiante, editó con Robert Graves la revista de poesía, *Oxford Poetry*. Trabajó luego como periodista y realizó varios viajes. En 1932 se casó con la pintora Frances Bazley.

Hughes escribió solamente cuatro novelas, entre las que destaca sobre todo la primera de ellas, *Huracán en Jamaica*, publicada de 1929, y que fue llevada al cine por Alexander Mackendrick en 1965. En 1938 apareció su segunda novela, *En peligro*.

A pesar de que su obra más ambiciosa es la trilogía *The Human Predicament*, Hughes sólo publicó los dos primeros volúmenes, *The Fox in the Attic* (1961) y *The Wooden Shepherdess* (1973). El tercer volumen quedó inconcluso tras su muerte.

Richard Hughes escribió también poesía, varias obras de teatro y libros para niños, así como el volumen de relatos *A Moment of Time* (1926).

Como *Huracán en Jamaica*, su primera novela, y a la que Richard Hughes debe su fama, *En peligro*, publicada en 1938, cuenta la apasionante aventura del barco de vapor *Archimedes*, que en 1929 zarpa de Norfolk (Virginia), a través del canal de Panamá, hacia el lejano Oriente. El barco, que transporta una serie de mercancías desde la Costa Este de Estados Unidos hasta China, se ve inmerso, de pronto,

en una terrible tormenta. Las condiciones climatológicas cambian de forma repentina y, durante varios días, el *Archimedes* se halla en el vórtice de un inmenso huracán y debe enfrentarse sin tregua a un fuerte vendaval y unas olas inmensas.

En peligro es una historia extraordinaria, de unos hombres que son puestos a prueba por la fuerza de la naturaleza. Una metáfora de la condición humana, que pone en juego los límites y capacidades de resistencia del individuo. Una obra de estilo conradiano, una espléndida e inolvidable aventura moderna que, hoy en día, está considerada un clásico de la literatura de tema marino.

NOTAS

[1] La *Sage Line* significaría literalmente la «Línea de los Sabios». (*N. del T.*).

[2] La Tierra es una bola que gira sobre su eje, por lo que un punto de su superficie cercano al ecuador se mueve más deprisa que un punto alejado del ecuador. Por tanto, el borde del frente que está más cerca del ecuador tendrá tendencia a quedar rezagado con respecto al borde que se halla sobre la parte de la superficie de la Tierra que se mueve más lentamente, y, si el frente se ve constreñido, lo hará girar.

[3] El *snapdragon* fue un juego de salón muy popular entre los siglos xvi y xix. Se vertía coñac en un recipiente, con pasas en el interior. Se flambeaba el licor y se apagaban las luces, y el objetivo era extraer las pasas del licor encendido y comérselas, a riesgo de quemarse. (*N. del T.*)

[4] Grace Darling (1825-1842) fue la hija de un farero inglés que logró una notable fama al participar en el rescate de los supervivientes del naufragio del *Forfashire*. (*N. del T.*)

[5] El gobierno solía referirse a los comunistas como «bandidos». Pero la palabra no posee exactamente la misma connotación que en inglés. El bandido chino no actúa solo por provecho: si sólo fuera eso, el juego no merecería la pena. A menudo se mueve por un fuerte impulso moral. El bandidaje (antes de la aparición del comunismo en China) solía absorber lo que en Europa habrían sido elementos revolucionarios. Pero si el revolucionario europeo pretende derrocar el sistema social, el bandido chino sólo lo repara. Desde el punto de vista económico, el bandido contribuye a que el dinero circule. Aunque cuando lo atrapan, naturalmente, es ejecutado.

[6] Ethel M. Dell (1881-1939) fue una popular autora de novelas románticas de la época. (*N. del T.*)